

6226

~~39)~~
~~16.883~~

19624

VIII
32

W

D

4
9

EX

VIS MA CABELLO LAPIEDRA

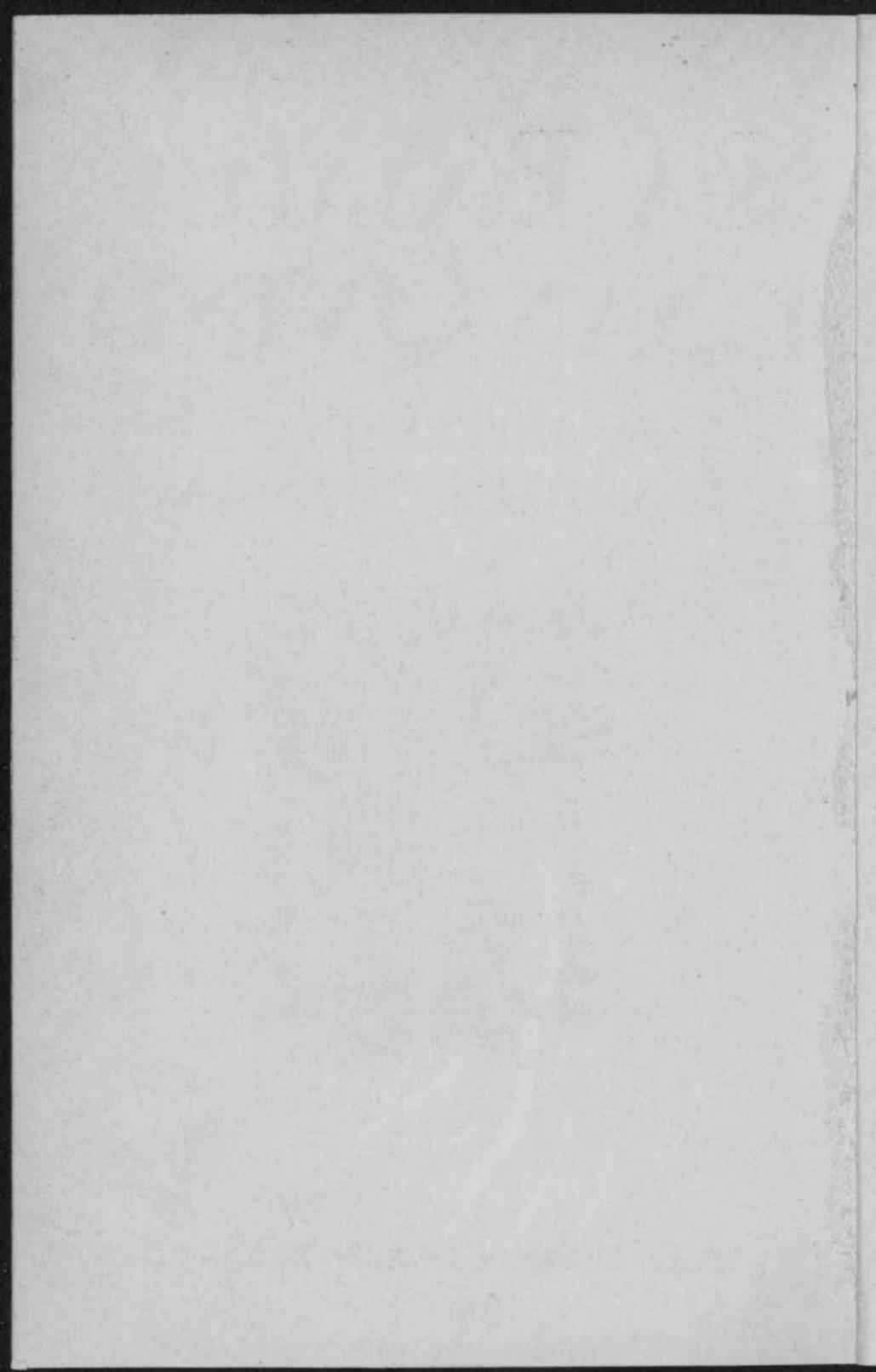
LA BATALLA DE SAN QVINTÍN

Y SV INFLVENCIA EN
LAS ARTES ESPAÑOLAS



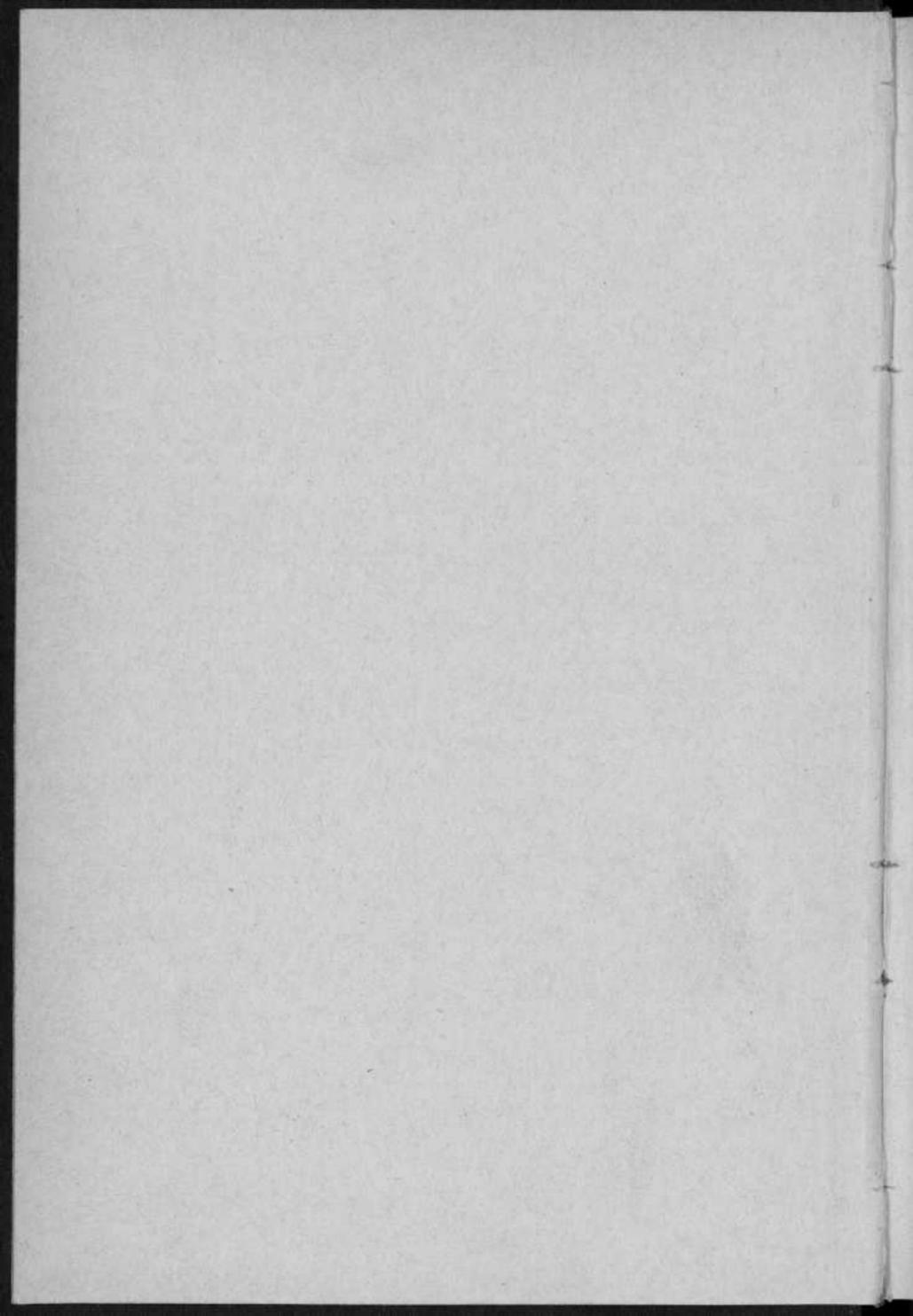
EXCLUSIVAS DE VENTA DE EDITORIAL VOLVNTAD, S.
MADRID

Año MCMXXVII



~~X~~
49

LA BATALLA DE SAN QUINTIN
Y SU INFLUENCIA
EN LAS ARTES ESPAÑOLAS



LA BATALLA
DE SAN QUINTIN
Y SU INFLUENCIA
EN LAS ARTES ESPAÑOLAS

POR

LUIS M.^a CABELLO LAPIEDRA

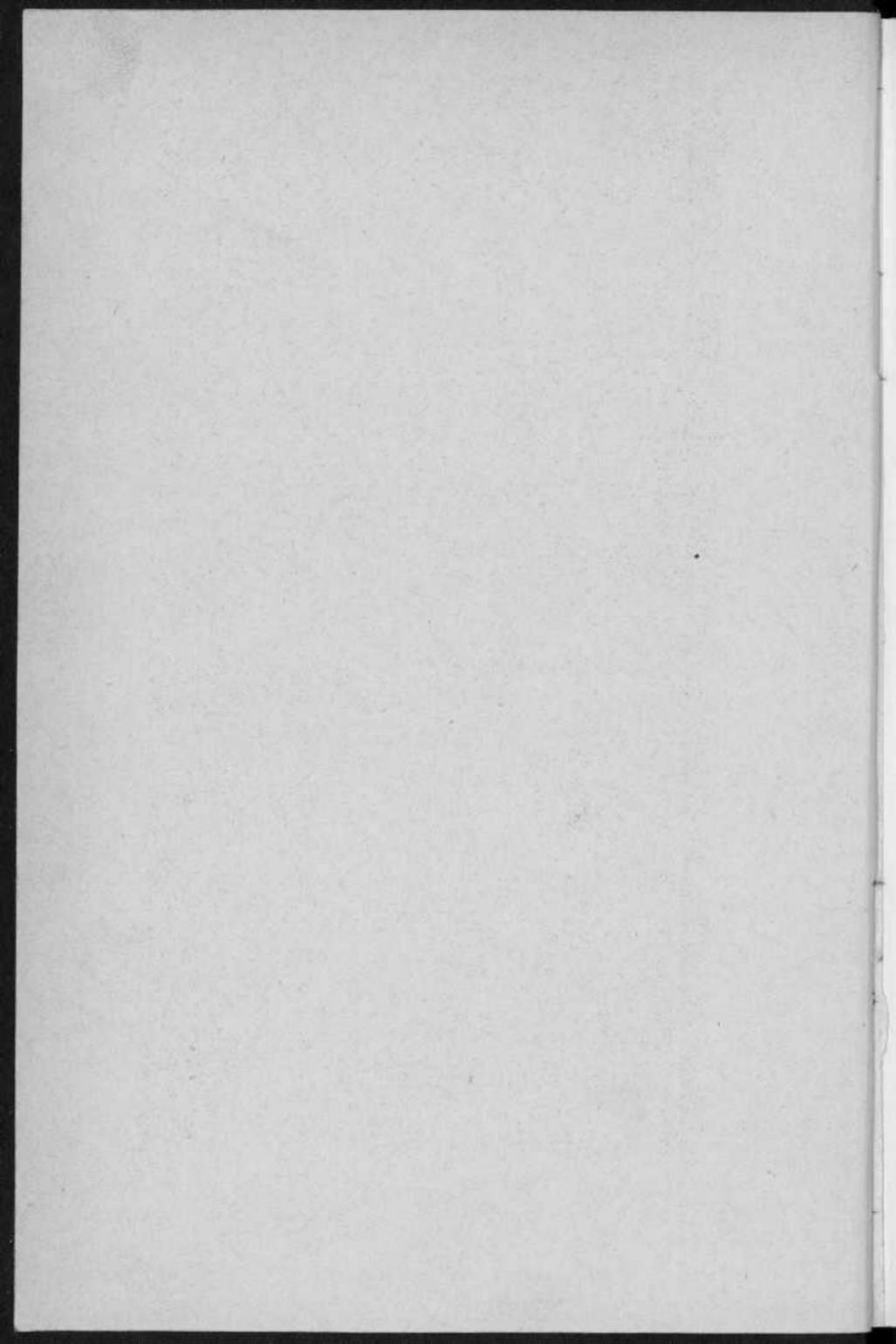
De la Real Academia de Ciencias Históricas
y Bellas Artes de Toledo
Corresponsal de las de San Carlos y San Luis
de Valencia y Zaragoza.

"IAM ILUSTRABIT OMNIA"
(Moto de la Empresa del Rey Prudente.)



MADRID
EDITORIAL VOLUNTAD, S. A.
1927

B.P. BURGOS
N.R.
N.T. 125602
G.B.
20363

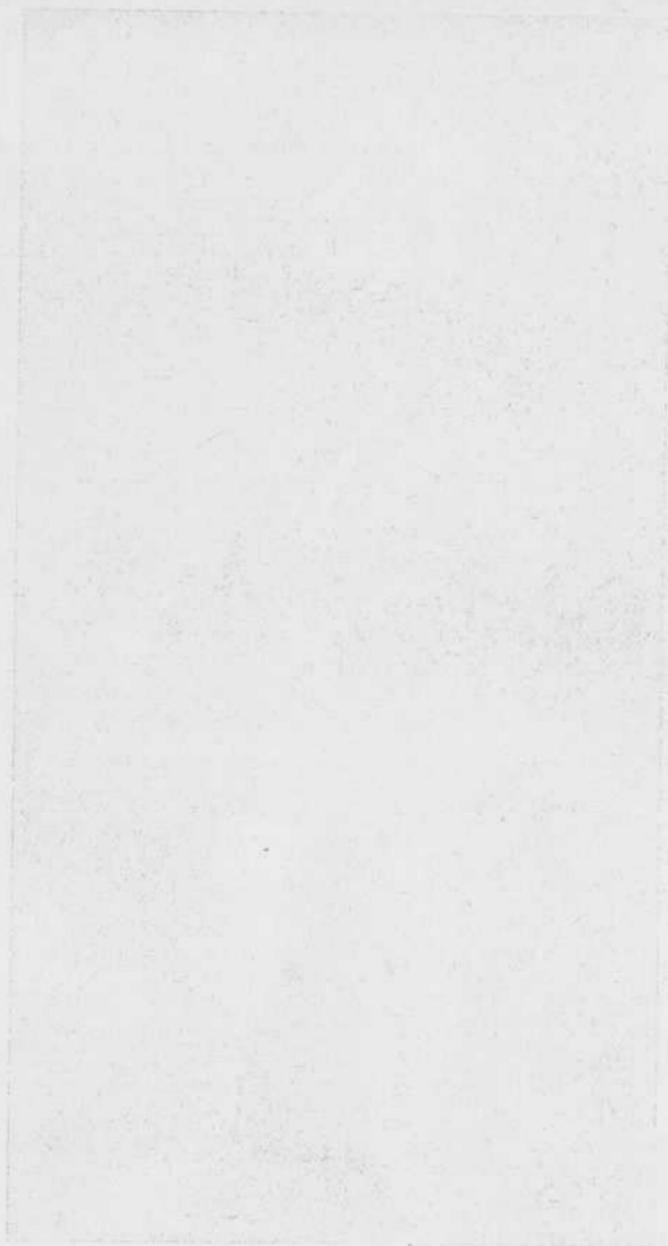




Monasterio de El Escorial

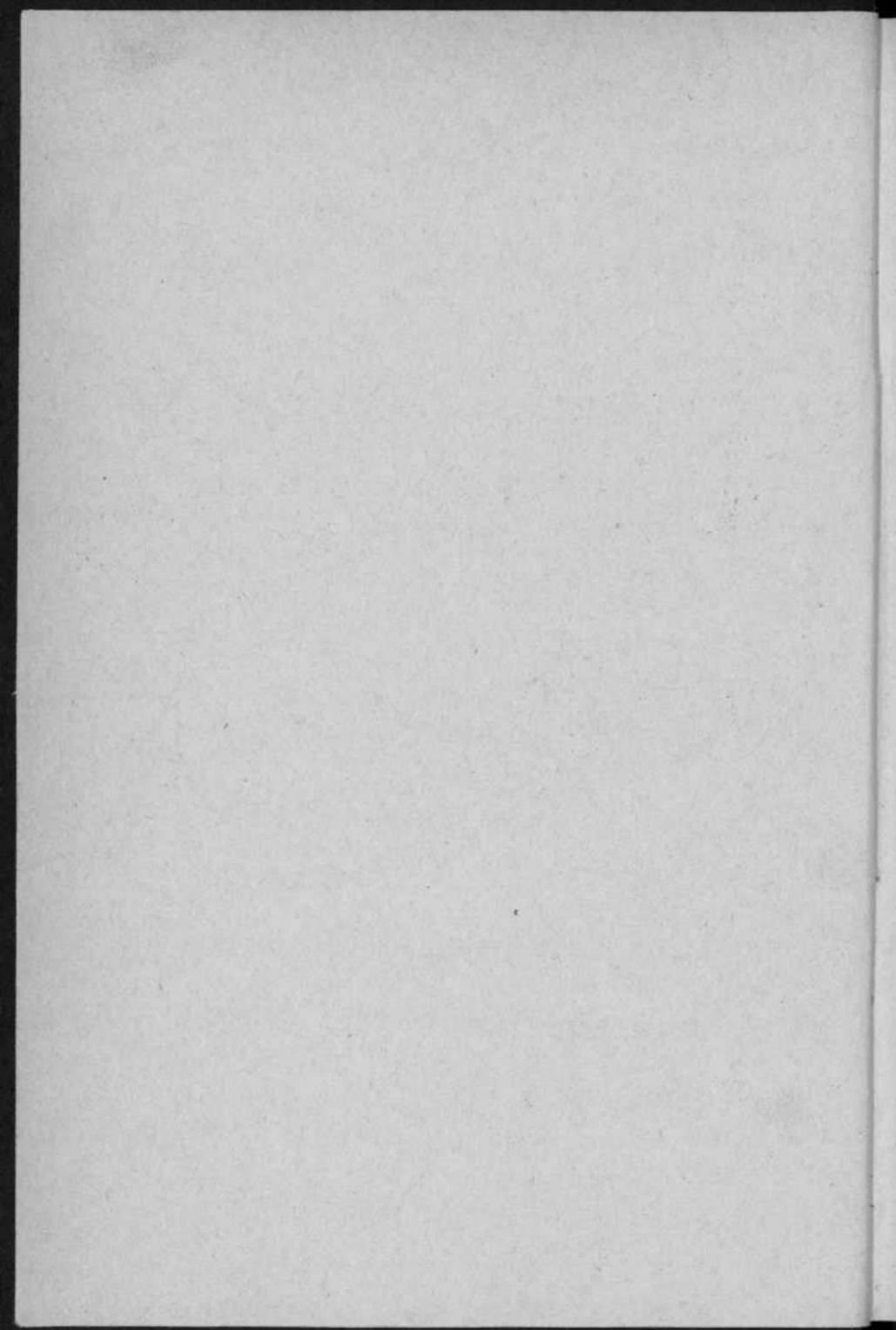
(A. Moro)

Retrato de Felipe II



1

PROEMIO





PROEMIO

Con varios motivos, y en ocasiones por completo diferentes, se reproduce el nombre de S. Quintín.

Nada más conocido ni usual que oír «Se armó la de S. Quintín», «Habrà la de S. Quintín», etc., etc., locuciones que claramente evidencian que debió ser mucho y muy grande lo que allí ocurrió.

Y el nombre de S. Quintín aparece siempre rodeado de circunstancias tan gloriosas y adquiriendo proporciones tan considerables, que es asunto muy digno y a propósito para ser tratado históricamente, aprovechando los

muchos datos y documentos que relativos al mismo se conservan en nuestros Archivos y Bibliotecas, supuesto que ningún libro español—por lo menos de los que se han hojeado, y han sido muchos—habla de S. Quintín más que como episodio histórico, prescindiendo, no ya de su aspecto militar, bajo el cual merece ser tratado desde luego, dadas las grandes proporciones que como hecho de armas adquirió, sino que ni se ocupan de su trascendencia para las Artes españolas, puesto que, como consecuencia de aquel memorable suceso histórico, se fundó el Monasterio de S. Lorenzo el Real de El Escorial, centro y emporio de cuanto por el mundo existió en aquella décimosexta centuria, que tan gigantesca fama logró para la Nación española y había de perdurar en los siglos venideros.

Además, concurren en esta página de la Historia hispana circunstancias cual ninguna que la hacen acreedora a nuestra predilección, porque se halla rodeada precisamente de una aureola poco común a los demás hechos de armas y acontecimientos que han

ocupado y ocupan la atención de sus cronistas y escritores.

Los extranjeros y cuantos viajan por España y van a El Escorial, al visitar el soberbio Monumento que le dió nombre, antes de admirar la obra de Herrera y aquel tesoro de las Bellas Artes, saben de antemano que se erigió en memoria de la famosa Batalla de S. Quintín, cuyas peripecias y situaciones refieren a su antojo los intérpretes y guías que acompañan al turista o viajero, falseando la Historia, no pocas veces, con detalles y pormenores que rayan en lo pintoresco al describir aquella mansión sublime—Templo y Palacio, Panteón y Cenobio—que Felipe II mandó edificar.

Los mejores y más celebrados como notables artistas de la época, sin distinción de escuelas ni nacionalidad, contribuyeron con su fama al ornato y magnificencia de El Escorial. Por toda Europa consiguió Felipe que los más eximios pintores, escultores y artifices de todo género, vinieran al Real Sitio de S. Lorenzo, donde el Rey—según sus aptitudes—les confiaba sus encargos, recompen-

sándolos espléndidamente, fijando la mayor parte de ellos su residencia en España y ejerciendo marcadamente; considerablemente, una influencia directa en el Arte y en la Industria artística española.

Y el Monasterio subsiste y subsistirá por generaciones sin cuento; pero el hecho de armas pasó y éste es el que debe recordarse y vulgarizarse, no sólo para glorificar al Rey Prudente, tan combatido y discutido, sino para levantar el corazón de la España presente, honrando la memoria de los caudillos que entonces la regían y gobernaban.

No se pretende con este trabajo el estudio detenido, psicológico, histórico y político, del gran Monarca, aunque alguna opinión se emite, en vista de las investigaciones ya realizadas al presente, que acusa la neutralidad y sereno juicio que deben presidir al historiar la vida de los hombres y de los pueblos sin prejuicios ni apasionamientos.

Para adquirir un conocimiento exacto y detallado de tan notable Monarca, que mereció del Pontífice Pío V el dictado de *Brazo derecho de la Cristiandad*, al propio tiempo que

por los secuaces de Lutero se le denominaba *El Demonio del Mediodía*, es necesario estudiar cuanto le rodea, penetrar en su vida privada, conocer sus hábitos y compulsar cuantos documentos existen, no sólo en España, sino en el Extranjero, que dan el recuerdo de sus actos o que hablan de sus trabajos y de sus obras, retratando su manera de ser, único modo de poder apreciarla y de sentirla.

Por eso debe condenarse al ataque violento de Ch. Weis (*L'Espagne depuis le regne de Philippe II jusque a l'avenement des Bourbons*. París, 1844; 2 vol. Existe una edición española en un tomo traducida. Madrid, 1846. Edit. Mellado, s. n. de autor), que, entregado por completo a investigar las causas de la decadencia de España, las encuentra en un despotismo ambicioso de que supone poseído a Felipe II y sus sucesores, y a la influencia, de la Inquisición y los Jesuítas.

No deben aplaudirse tampoco los optimismos, un tanto apasionados, del sapientísimo y docto escritor filipense, Fernández Montaña, cuyas obras (que se citan en el texto), llenas de admiración y devoción por el egre-

gio Monarca son, una refutación total de cuanto se ha dicho y fantaseado en contra del Rey Prudente, tomando para ella, como fuentes de información y bases de argumentación sólida, los escritos y frases de los sabios y santos del siglo XVI, avalorados con documentos históricos del propio Luis Cabrera de Córdoba y de la *Historia de la Orden Jerónima en España*, del P. Sigüenza, de cuyos ambos autores transcribe párrafos enteros.

Pero no es el objeto de este trabajo dar a conocer nuevos estudios relacionados con la historia política y la personalidad de Felipe II, hartamente depurada aunque no sabida. La idea que se persigue no alcanza tamañas pretensiones.

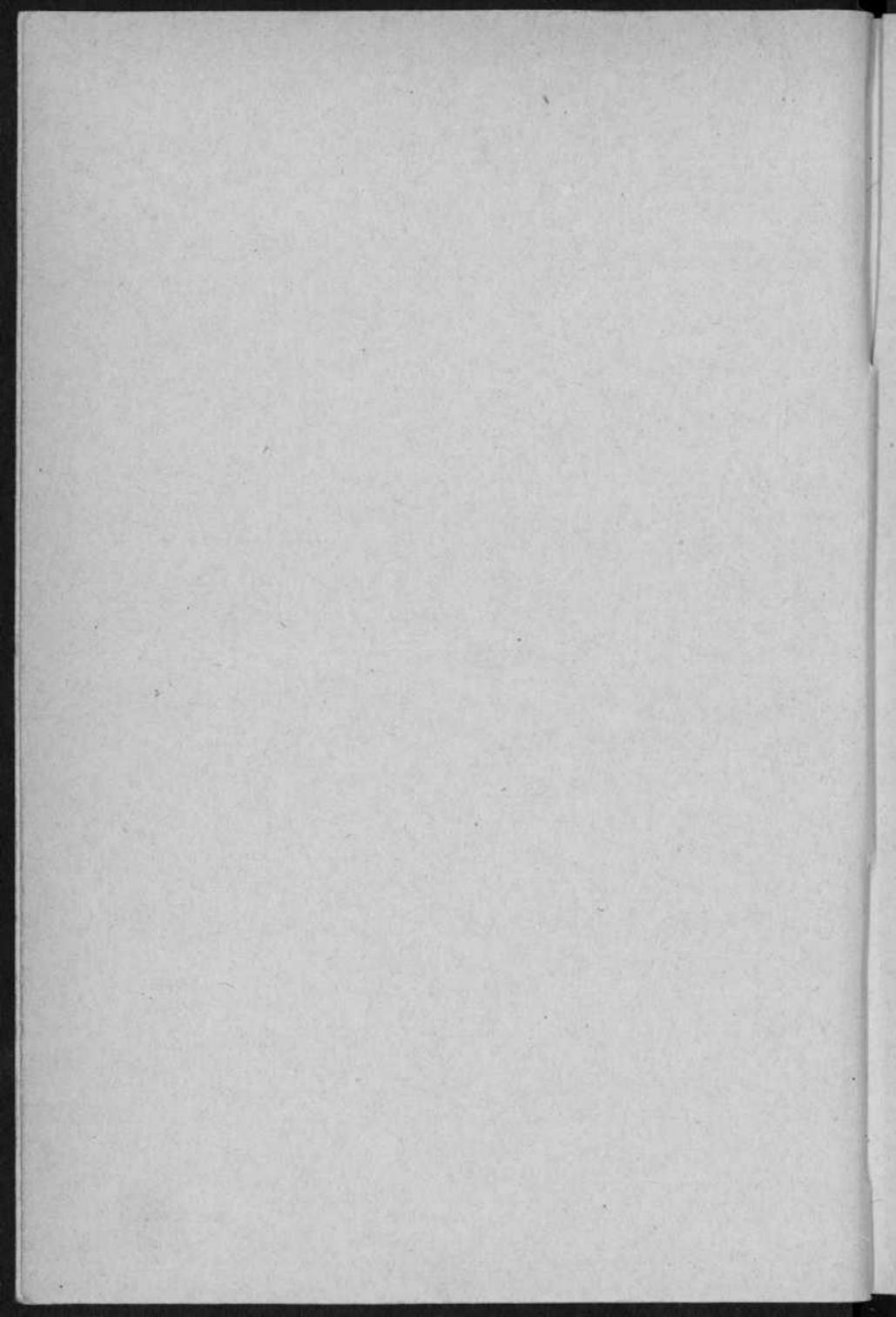
El estudio del Reinado de Felipe II, grande en la Historia y transcendental en la vida de España por sus hechos, y que ha dado lugar a la lucha de ideas por el protagonista, con buena fe por parte de unos y deliberada intención por parte de otros, falseando textos o exagerando lisonjas, es de aquellos que mejor se pueden reconstruir con el auxilio de monografías, no sólo por ser demasiado

extenso el campo que alcanza, estando como están en los Archivos y sin desentrañar infinidad de materiales que pueden servir para la reconstrucción histórica, sino porque lo heterogéneo de los sucesos que constituyen este período de la Casa de Austria, en España, se presta a la narración histórica por partes.

Por otro lado, el hecho de armas de S. Quintín inaugura el Reinado del segundo de los Austrias y pone de relieve la personalidad de un Mecenas de las Artes Españolas.

Epoca esplendente en que brillan famosos capitanes y hombres de Estado, nobles y esforzados varones, nada más oportuno que armonizar todos estos aspectos de un período de la Civilización española, tratando de contribuir con su publicación a la cultura general, con motivo del IV Centenario del nacimiento del egregio Monarca que ha dado nombre a una época de la Historia de España.

Tal es mi modesto propósito, admirador como el que más de nuestras pasadas grandezas y ferviente devoto de las Artes, como tendrá ocasión de ver el que benévolamente me leyere.



LA BATALLA DE SAN QUINTIN Y SU INFLUENCIA EN LAS ARTES ESPAÑOLAS

SUMARIO:

- I. Abdicación de Carlos V.
- II. Poderío de Felipe II y circunstancias de su reinado.
- III. Relaciones con Francia e Italia.
- IV. La Batalla de San Quintín.
- V. El Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, su valor artístico y su expresión histórica.
- VI. Las artes en España como consecuencia del suceso de San Quintín.



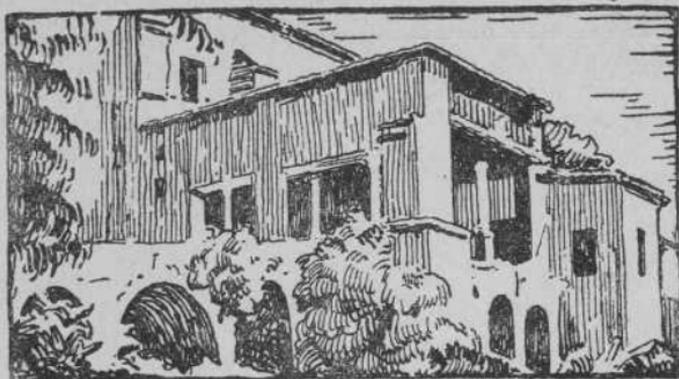
MAPA DE EUROPA DEL SIGLO XVI

COPIA FOTOGRAFICA DE UN GRABADO DE LA ÉPOCA, EXISTENTE EN LAS HABITACIONES DE FELIPE II, EN EL ESCORIAL



El grabado original es un facsímile o, por lo menos, es coetáneo del que figura en la obra de Abrahami-Orteli *Teatrum Orbis Terrarum*, anno M.D.C.I. (01), sin más diferencia que el escudete.





I

Abdicación de Carlos V

A los cincuenta y seis años se alejaba del trono Carlos V—de aquel trono cuyo esplendor alcanzó dos hemisferios—, cambiando la púrpura de los Césares por los hábitos del monje, trocando la ruidosa gloria de los combates y del conquistador por la del penitente (1) al servicio de Dios, ¡quién sabe si por espíritu de una última vanidad mundana, ocasionando así la admiración del orbe, o por temer que la fortuna, como dijo en Metz, *le fuera adversa, porque era cortesana que no favorecía más que a la juventud!*; fuese, en fin,

porque, como aseguran los historiadores, los crueles padecimientos de la gota, anticipando su vejez, le obligaron a tomar tal determinación, es lo cierto e innegable que aquella figura gigante de la historia, intrépido guerrero, agitador de su siglo, que pretendió hacer de toda Europa una sola Monarquía con una sola Religión, apesar de los planes que a tal propósito opusieron Francia y el Pontificado, fué grande en su apogeo, como esplendente en su ocaso, y que filósofo o cristiano, hábil o desengañado, o todo junto a la vez, Carlos I de España y Emperador invicto de Alemania abandonó el trono que heredara de los Reyes Católicos para recluirse y morir en el Monasterio de Yuste, lugar de retiro, elegido por propia voluntad ha mucho tiempo.

Obedeciendo al propósito que concibiera veintiún años antes, el Emperador Carlos V abdicó por completo en su hijo Felipe. Este, a la sazón en Inglaterra, acudió solícito al llamamiento de su padre. Casado en segundas nupcias con María Tudor, y de veintiocho años de edad, tuvo desde los quince a su cargo la administración de las provincias

españolas por delegación de su padre, acreditando tales dotes de gobierno, unidas a un claro juicio y tan gran inteligencia, que ya por entonces se le llamaba el *futuro heredero del mundo y la esperanza del siglo*.

No era, por tanto, el futuro monarca un príncipe inexperto ni un político novel, y llegado a Bruselas el 8 de septiembre de 1555, padre e hijo trabajaron juntos, celebrando frecuentes conferencias relativas a los múltiples asuntos de Estado pendientes, entre otros la evitación del conflicto que con el Pontífice Paulo IV se avecinaba, y las negociaciones de la paz con Francia cuya guerra continuaba por aquel entonces, a pesar de las razones de la casa de Habsburgo; de la intervención de los ingleses y del Cardenal Pole. Entonces fué cuando el Emperador, en 21 de octubre, hubo de renunciar al Maestrazgo del Toisón de Oro, cuyos caballeros eligieron a Felipe, y el día 25 del propio mes, el dominio y la soberanía de los Países Bajos, acto que tuvo lugar en el Gran Salón del Palacio de Bruselas, con la misma pompa y solemnidad con que había reinado. Escena grandiosa y

conmovedora, descrita por todos los historiadores (2), y que el Arte del Grabado dejó reproducida (3).

Al día siguiente de la abdicación (4) quedó consagrado Felipe II Rey de aquellos Estados, y más tarde, el 16 de enero de 1556, ciñó la Corona de España, que su padre renunció ante los españoles residentes en Bruselas, retirándose el Emperador a una modesta mansión situada en uno de los extremos de la capital de Bélgica, desde donde fué útil todavía a su hijo en la dirección de los negocios de Estado y en cuya residencia esperó tiempo bonancible para regresar a España.

Y renunciadas una tras otra todas sus coronas, partió el 28 de agosto de 1556 de Bruselas, acompañado de sus dos hermanas, las Reinas de Francia y de Hungría, seguido de ciento cincuenta personas de su servidumbre, entre ellas su mayordomo mayor, Luis Quijada, y su secretario, Martín de Gaztelu, a cuyos dos personajes debe la Historia múltiples y preciosos datos referentes al último período de la vida de aquel Gran Emperador (5),

llegando al deseado retiro del Monasterio de Yuste el 3 de febrero de 1557 (6).

En dicho Monasterio—que recibió este nombre del de un arroyo que se une al Tiétar, afluente del Tajo—, situado en Extremadura, cerca de la Vera de Plasencia, y lugar elegido hacía más de doce años (7), mandó edificar su residencia pegada al Convento, con arreglo a los planos que él mismo remitió (8), semejantes a los de la casa en que naciera en Gante (9), y de cuyas obras se encargó Fr. Antonio Villascastín, profesor de la Fuescsla de Toledo durante dos años y nueve meses, interviniendo también los monjes Fr. Melchor de Pie de Concha y Fr. Juan Ortega, con el propio Juan Vázquez de Molina, quienes le daban cuenta del estado y orden de las obras (10).

Todo el aposento y el de los criados del Emperador estaba unido y separado del Monasterio, abastecido de aguas por existir buenas fuentes dentro de la residencia imperial (11).

Desde aquella vivienda, compuesta de seis piezas bajas y seis altas, contiguas a la Igle-

sia, desde las cuales acudía a los diversos edificios, salía a la espaciosa huerta y a los frondosos jardines divididos por una tapia de los del Monasterio, o se llegaba a una linda Ermita, que, situada a dos tiros de ballesta, era el límite de una cubierta alameda de castaños y arbustos (12).

Y allí, con una vida ejemplar, dedicada en lo esencial a las prácticas de devoción y de piedad, ocupando las horas de recreo en el cultivo de plantas o en obras de mecánica, a la que era muy aficionado; visitado unas veces por el gran artífice de su tiempo, Juanelo Turriano, entretenido otras con la música, divino arte por el que sentía especial predilección, y distraído casi siempre con las cuotidianas conversaciones del prior y los religiosos y con su confesor Fr. Juan de Regla, se ocupó desde su celda—a pesar de cuanto han dicho en sentido contrario historiadores tan notables como Sandoval (13), Leti (14) Robertson (15) y el mismo P. Sigüenza (16), sin contar a D. Juan Antonio Vera y Figueroa, Conde de la Roca, que como tantos otros han tomado sus noticias de Sandoval y de

Sigüenza—, de todos los asuntos públicos, como lo demuestra de una manera fehaciente la copiosa correspondencia que existe en el Archivo de Simancas (17), y que ajena a la índole de este trabajo no sería oportuno reproducir, no siendo del todo exacto las privaciones que le han atribuído, según los documentos auténticos que reproduce Lafuente (18), y hemos tenido ocasión de comprobar, no sólo en el Archivo de Simancas, sino en la lectura del interesante libro relacionado con Carlos V debido a Mr. William Stirling (19), escrito a la vista de aquellos valiosos documentos, y que es la obra más completa y mejor hasta la fecha presente publicada, que ha sido fuente inspiradora de libros tan recomendables como los de Hinojosa (20), Fernández Montaña (21) y Bratli (22). Así acabó sus días aquella gran figura de la Historia, que después de haber consagrado desde los diez y siete años su vida y su inteligencia al engrandecimiento del Imperio, pasando en paz y en guerra nueve veces Alemania, cuatro Francia, seis España, diez a los Pirineos, siete a Italia, dos a Inglaterra y otras dos al

Africa, atravesando once veces el mar, al ceder totalmente sus dominios y con ellos la Corona de España y todos los territorios que de ella dependían, el 16 de enero de 1556, pronunció, al alejarse de los suyos, aquellas palabras con que aparentemente sostuvo su entereza en el acto de la abdicación: *Quedaos a Dios que en el alma os llevo atravesados* (23), y de cuyo poderío en la tierra sólo queda la inscripción que, bajo el heráldico escudo sobre el águila de dos cabezas encastradas entre las columnas de Hércules con la leyenda «Plus Ultra», descubre el viajero en la cerca del Histórico Monasterio de Yuste que existe junto a la Cruz del Humilladero, y que dice así:

En esta santa casa de San Jerónimo se retiró a acabar su vida el que todo lo gastó en defensa de la fe y conservación de la Justicia. Carlos V Emperador, Rey de las Españas, cristianísimo, invictísimo. Murió el 21 de septiembre de 1558.



II

Poderío de Felipe II y circunstancias de su Reinado

Felipe II pudo decir con razón que los Reyes de España lo debieron todo a los Reyes Católicos, al consolidar los fundamentos de una Monarquía absoluta, que murió para siempre en 1833.

Preparado por su padre para la dignidad real después de las Instrucciones que del Emperador recibiera, destinadas a servirle de guía en el arte de gobernar—Instrucciones que constituyen uno de los documentos más notables de la Humanidad y que reflejan todo

un carácter (24)—, aparece el reinado de Felipe II como uno de los períodos de la Historia más célebre, no sólo por los sucesos durante el mismo desarrollados, sino por la controversia a que ha dado lugar la persona del Monarca, harto discutida hasta nuestros días por biógrafos, cronistas e historiadores, y no puesta en claro todavía a pesar de las investigaciones históricas practicadas con sereno juicio por autores, que con recto criterio y sana intención han contribuído al esclarecimiento de todas las sombras y misterios con que ha estado envuelta la figura del austero Monarca (25) de la Casa de Austria.

Fué el hijo de Carlos V el Rey más poderoso de la tierra, porque, sin contar con el Imperio de Alemania, quedaban todavía a Felipe, en Europa, los reinos de Castilla, Aragón y Navarra; los de Nápoles y Sicilia, Milán, Cerdeña, el Rosellón, las Baleares, los Países Bajos y el Franco-Condado; tenía en las Costas Occidentales de Africa, las Canarias, y se reconocía su autoridad en Orán y Túnez; en Asia, las Filipinas y una parte de las Molucas, y en el Nuevo Mundo, los dilatados paí-

ses de Méjico, Perú y Chile, las vastas regiones conquistadas en los últimos años de Carlos V, y además Cuba, La Española y otras islas y posesiones de aquel vasto hemisferio, en tanto que, por su matrimonio con la reina de Inglaterra, poseía en su mano la fuerza y los recursos de aquel reino, todo lo cual hizo célebre en la Historia las frases de que «nunca se ponía el Sol en los dominios españoles», y «al menor movimiento de España temblaba la tierra».

Así se comprenderá que el primogénito del Emperador, después único hijo, fuese educado para ocupar el trono de la España, que con su régimen fuerte de centralización y su vasto poder fué el centro de la política de Carlos V y la que en realidad imprimió el carácter a todos los países sometidos al cetro Imperial de aquel entonces. Mas con todo y con eso, fácil es suponer que tan apartados y diversos países no podían convivir con entera tranquilidad, aun cuando fuese España con semejante régimen centralizador, realmente el núcleo de la herencia de Carlos V y la que diese vitalidad a conjunto tan heterogéneo.

La razón misma de que tan apartados y diferentes pueblos debieran obediencia a un Soberano único, era lo suficiente para que la agitación reinase y el espíritu de rebelión se sucediese, proporcionando a Felipe la valiosa herencia que de su padre recogiera, grandes sinsabores, contrariedades que sólo su apropiada educación para la gobernación del Estado y el tacto exquisito de hábil diplomático, unidos a la constancia y decisión que supo demostrar en todos sus actos, como espíritu fuerte y avisado contra las mudanzas de la fortuna, pudieron contrarrestar.

Además, la situación de Europa era tan compleja y enmarañada, que bien pudo decirse que el joven Monarca entraba a gobernar en circunstancias azarosas, propias más bien para un experto general, conquistador y agresivo, que para un Rey, hábil y político, pensador y filósofo, como lo fué Felipe II, porque a pesar de los buenos deseos de Carlos V de restituir a Europa una paz que constantemente se había alterado durante su reinado, y por la que con insistencia y por modo indirecto trabajó infructuosamente, sin po-

derla conseguir a pesar de sus depresivas condiciones, para la potente España (26) sobresalieron sucesos y tempestades que amenazaron el trono de sus mayores y que, encendiendo los ánimos, produjeron consecuencias sangrientas y deplorables.

Alemania, alerta, por si de nuevo se suscitase la cuestión religiosa que colocó al Emperador en tan poca airosa situación.

Francia, combatiendo desde 1552 en sus fronteras para contener a Flandes, se hallaba dispuesta a su alianza con Roma para expulsar de Italia a los españoles, cobrándose el botín.

La Santa Sede, buscando sutilezas para anatematizar al Rey católico y proporcionarse, por cuantos medios pudiera, todo género de alianzas para recuperar Nápoles y librarse del Duque de Alba.

Los turcos, dispuestos a lanzar su flota sobre las costas del Mediterráneo, instigados por el Pontífice, el Rey francés o por propias ambiciones.

Inglaterra recelosa—por el ascendiente de Felipe, odiado por aquel pueblo desde su ma-

trimonio con la Reina María—, resistiéndose a favorecer los intereses españoles.

Y, por último, España misma, cuyo Gobierno se había resentido, por las prolongadas ausencias de Carlos V, y no alcanzaba todavía la suficiente unidad en sus leyes, intereses y costumbres, exigía del nuevo gobernante cualidades excepcionales y dotes altísimas para el mando, con tanto mayor motivo cuanto que en el Nuevo Mundo, joya inestimable de la Corona de Isabel I, se reclamaban especiales cuidados del novel Monarca.

Felipe II no titubeó ante la pesada carga, y desplegando su manera resuelta, su tacto y energía, ordenó sus ejércitos, a cuyo frente figuraron el Duque de Alba, para imponer la paz al Pontificado, y otros, a las órdenes de Filiberto de Saboya, para lanzarse contra Francia, el enemigo más audaz y temible entonces de los españoles, a pesar de la tregua firmada en la Abadía de Vaucelles, cerca de Cambray, el 5 de enero de 1556, entre el Conde de la Lalaing, en nombre de España, y el Almirante Coligni, en representación de Francia, para presenciar las ratificaciones de

un tratado con el que se pretendió asegurar una tranquilidad de mucho tiempo atrás desconocida.

Preocupaba también el ánimo de Felipe su situación en Inglaterra, ante la eventualidad de que la protestante Isabel heredara el trono por el frustrado embarazo de la Reina María, y el catolicismo no prevaleciera en la Gran Bretaña, único objetivo de su transigido enlace con la Tudor, lo cual solucionó mediante la elección, en octubre de 1554, de un nuevo Parlamento bajo la presión del Gobierno, pero que influído por Felipe (27) aprobó la solución que se deseaba, de someter a Inglaterra a la Autoridad del Pontificado.

Y en efecto, el pueblo inglés, arrepentido y contrito, volvió al seno de la Iglesia Católica el 30 de noviembre de 1554 ante la figura del Cardenal Pole, que mensajero de Paz fue portador de la Bendición Apostólica.

Más aún, a pesar de la enemiga entre las dos hermanas, Felipe, para consolidar el porvenir de la religión católica en Inglaterra, concibió el proyecto de persuadir a Isabel a contraer nupcias con un católico, siendo sus

candidatos el Príncipe Filiberto Emmanuel de Saboya, del ejército del Emperador, y del que se prometían grandes servicios, y su primo el Archiduque Fernando de Hadsburgo, proyectos que resultaron defraudados ante la aversión de Isabel al matrimonio.

No obstante, y a pesar de todas estas contrariedades, en el verano de 1555 y antes de partir Felipe para Bruselas, llamado por el Emperador, Inglaterra había completado su conversión al catolicismo paulatinamente; las cismáticas leyes de Eduardo VIII habían sido derogadas; la conversión de la nación inglesa a la Santa Sede se hizo pública mediante una Embajada extraordinaria que hizo presente al Papa la sumisión de Inglaterra, y el Cardenal Pole, como Arzobispo de Cantorbury, regía los destinos de la Iglesia de la Gran Bretaña, a cuyo clero católico devolvió la Reina María los bienes eclesiásticos que la Corona todavía conservaba a su matrimonio con el hijo del Emperador.

Felipe no podía dilatar por más tiempo la visita a su padre en Bruselas, donde fué llamado, como se ha dicho, y una vez que se

hicieron patentes las infundadas esperanzas del real alumbramiento que se esperaba en abril de 1555, hubo de separarse de su esposa el día 25 de agosto siguiente; más antes dió testimonio de su sagacidad política recomendando con insistente solicitud a la Reina y al Gobierno, al Consejo y al Cardenal Pole circunstanciadas instrucciones escritas, con indicación terminante de las personas a quienes debía encomendarse el despacho de los diferentes asuntos de Estado, confiando en el auxilio y sostén del Cardenal, a quien privadamente arrancó tal promesa antes de su partida (28).

Por otra parte, la tormenta, que pareció desvanecerse con la tregua de Vaucelles, no tardó en descargar de improviso, amenazando gravemente al trono de España, con particularidades y caracteres que enconaron los ánimos, y Felipe, en tanto dictaba leyes para el arreglo de la desordenada administración, se ocupaba de la organización de los cuerpos de Ejército, ya mencionados, no sólo para contrarrestar el efecto moral de las intrigas de todas las Cortes de Europa para debilitar a

España y destruir su formidable poder, sino para triunfar del poderoso adversario francés, consiguiendo así la preponderancia de su cetro.

Una derrota hubiera sido prólogo de grandes infortunios. Era la señal que aguardaban los enemigos encubiertos de España para asestar los rayos de su cólera y de su envidia contra la Nación que a tan desmesurada altura dejó colocada la potente diestra de Carlos I.

El primer choque de los Ejércitos beligerantes era, pues, de importancia suprema; de su resultado dependía para Felipe la salvación o la ruina de los intereses encomendados a su gobierno y su prestigio de Rey, con que acababa de subir al más codicionado trono de la cristiandad.

Pero antes de conocer claramente el hecho histórico del presente estudio, no estará de más recordar la situación y circunstancias en que Francia e Italia se encontraban, y el estado de sus relaciones políticas y guerreras.



III

Relaciones con Francia e Italia

Era Rey de Francia Enrique II, hijo del tristemente célebre Francisco I, cuya corrupción de costumbres y carencia de todas las virtudes influyeron no poco en la catástrofe de 1793.

Educado Enrique en la vida y ambiente de superficialidad de la Corte de su padre, bien pronto sus dotes de gentileza y valentía, unidas a su natural despejo en los negocios de Estado—que inspiraron gran confianza al comienzo de su reinado y que fueron esperanza de sus vasallos—, se trocaron en nulas cualidades como Rey (29).

Sometido a cuatro poderes (30) que debilitando sus energías devoraban a la Nación con guerras imprevistas, alianzas insensatas, con treguas de paz poco favorables o nada ventajosas que arruinaban al país con impuestos injustos y gravámenes odiosos, consiguió desprestigiar su autoridad regia, y débil para contener codicias y ambiciones, perdió la confianza de su pueblo, a pesar de la adhesión del Condestable, soldado viejo, católico fanático, muy celoso del abolengo histórico de sus progenitores, curtido en las lides de la guerra y con dotes muy recomendables (31), aunque de limitado entendimiento, y la casi privanza del Duque de Guisa, fastuoso guerrero, de gentil y noble porte, y cuyas arrogancias y elocuencia militar le presentan como una de las figuras de más relieve de la Corte de Francia en el décimosexta centuria, que no ignoraba la reciente y brillante defensa de Metz.

No obstante, y a pesar de las debilidades de Enrique II, heredó éste de Francisco I el odio a los españoles, como lo demostró al romper en varias ocasiones la paz de Crepy,

firmada en 1554 por Carlos V y su padre; sosteniendo con poca fortuna la guerra hasta la tregua que se firmó en Vaucelles, más por cansancio que por deseos de paz deliberada, y últimamente con el hecho de recibir al Cardenal Carraffa enviado por su tío Paulo IV con plenos poderes para celebrar un nuevo convenio por el que habían de volver las cosas a su estado primitivo; es decir, que el Rey de Francia, renovando el tratado, comenzaría en unión suya las hostilidades.

Y fueron tan halagüeñas las promesas—de la Santa Sede—, que el Monarca francés, de suyo ligero y voluble, accedió a lo que el Pontífice deseaba, contra la opinión del Condestable, asistido del Cardenal de Tournon.

Montmorency y Tournon eran de parecer de desechar las ofertas pontificias y llevar a cabo una avenencia con el Emperador, no sólo para dar tregua y descanso a los pueblos exhaustos y en la más completa inopia después de tantas guerras, sino porque consideraban un desacierto el querer arrojar a los españoles de Italia, donde ya tenían fuertes vínculos y grandes medios de resistencia, al

propio tiempo que no daban crédito a las promesas de los Carraffa, sabiendo que permanecían neutrales los más poderosos príncipes de aquellas tierras, y que la edad avanzada del Pontífice no era garantía de éxito ante la opinión contraria que muy bien pudiera tener su sucesor.

Guisa y el purpurado Lorena, con teorías opuestas, influyeron en la decisión favorable a los deseos del Papa, haciendo ver al Rey un porvenir de grandeza para Francia, a cuyo poder iría unido su gloria y su nombramiento como Monarca, pintándole la situación de España como abatida y sin dinero, y, sobre todo, poniendo de relieve la rivalidad entre las dos naciones, sostenida siempre por su augusto progenitor, y esta opinión, robustecida por la Valentinois, que ejercía sobre el Rey tan mágico poder, fué la que prevaleció al fin, dando por resultado la alianza ofensiva entre ambas naciones, firmada en 15 de diciembre de 1555, para combatir al enemigo común, siendo el Papa el que solicitaba el apoyo del Rey francés, puesto que no ignoraba su escasez de medios para la lucha.

Mas este compromiso no tuvo fuerza de ley para el hijo de Francisco I, puesto que dos meses después, el 5 de febrero de 1556, aceptó y firmó la tregua de Vaucelles, de que se ha hecho mérito, quedando rotas las negociaciones con Roma. Pero el Papa, lejos de desanimarse por tan inesperado y súbito cambio de política, persiste en su propósito, y es cuando envía a Carlos Carraffa, su sobrino el Cardenal, con la misión secreta de consolidar la frustrada alianza; Enrique, consecuente con su mudable carácter, en julio de aquel año ratificó el tratado con la Santa Sede, comprometiéndose a facilitar 12.000 infantes, 500 caballos ligeros, otros tantos hombres de armas y más de 30.000 ducados, aportando Paulo IV por su parte igual fuerza, 150.000 ducados, y obligándose a mantener al ejército francés mientras estuviera en territorio italiano.

Entretanto Enrique II conseguiría, por medio de negociaciones, que Solimán hostilizase con sus galeras la costa cantábrica, y aunque parezca extraño que asuntos tan contradictorios ocupasen la atención del Rey de Francia,

es la verdad exacta, según confiesan los propios historiadores franceses (32) y las negociaciones diplomáticas, ante las ambiciones de cuantos rodeaban a la Corte.

Nada importaba que el territorio francés se desmembrase agregando parte de la zona fronteriza a los Estados de la Iglesia, porque de las conquistas que se hiciesen se formarían patrimonios de suficiente extensión para que pudieran regentarlos los Carraffa, a cambio de otorgar las Coronas de Nápoles y Milán a los hijos del Monarca.

La Reina Catalina de Médicis fomentaba la idea de la guerra para que su pariente Strozzi regresara con buen mando a Nápoles, de donde fué expatriado.

La Poitiers apadrinaba el combate, porque su yerno, el Duque de Aumale, hermano del de Guisa, ambicionaba el mando del ejército, soñando con fantásticas victorias que pudieran llevarle—alegando remotos derechos de familia—á la Corona de Italia, prometiéndose nada menos que su hermano, el Cardenal Lorena, ocupase el solio pontificio a la muerte de Paulo IV.

Tal fué el tratado que buenamente aceptó el flexible y enamorado Rey de Francia, contemporáneo del Gran Felipe II, ante la idea de que el Papa le absolviera del compromiso que con España adquirió por la tregua de Vaucelles, suponiendo que si la muerte sorprendiese al octogenario Pontífice, se crearía el suficiente número de Cardenales adictos a Francia para que eligiesen sucesor que sostuviera el Convenio en todas partes.

Sólo el Condestable Montmorency, desposeído de ambiciones, se mostró siempre opuesto a semejante alianza, siendo inútiles sus esfuerzos para convencer al Monarca del funesto resultado de una guerra que acabaría con el Erario nacional, desmenbraría el ejército y comprometería al Reino de Francia.

Contentos unos y otros, acariciando el rico botín de la conquista de Nápoles, sólo se pensó en precipitar la expedición, sin reparar en los medios; de nada sirvió la cordura y lealtad del veterano Condestable, y desoídos sus sanos consejos, vencieron sus antagonistas, determinándose un rompimiento con España, que trajo para Francia los malos resul-

tados que confirmaron los acontecimientos.

¡Tristes lecciones de la Historia, en que, revolviéndose el cieno de las pasiones, que lo mismo alcanzan a Príncipes de la Iglesia y a Monarcas que a súbditos y vasallos, se ven conculcados los más nobles sentimientos de lealtad, amor patrio, consecuencia y religión!

Italia, una vez que conoció el ambiente y situación de Francia, se prestó contra la gloria y poderío de España con odio pertinaz y ambicioso tesón.

Exaltado al trono pontificio Juan Pedro Carraffa, con el dictado de Paulo IV, por la influencia francesa o despecho de la austriaca, concibió un odio al Emperador que influyó en toda su política para con Felipe II.

Era Paulo IV napolitano y pertenecía a la ilustre familia mencionada. Había permanecido algún tiempo en la Corte de España durante el Reinado de Don Fernando el Católico, que conocedor de sus altas dotes e íntegro carácter, le hizo su Consejero y vice-capellán mayor. A la muerte de este Monarca, Carlos I le separó del Consejo por su desafecto a la casa de Austria y contrario al

dominio extranjero en su patria, nombrándole Arzobispo de Brindis, cargo, que como el Arzobispado de Chieti, rehusó Carraffa, so pretesto de alejarse del mundo y retirarse a una vida contemplativa, idea que ha tiempo acariciaba para poderse consagrar de lleno al estudio de las Sagradas Escrituras.

Refugiado en Venecia cuando el saqueo de Roma, vivió religiosamente con algunos sacerdote, teatinos (33), Orden de la que fué fundador.

Elevado más tarde a la púrpura Cardenalicia, cargo que aceptó con el artificioso desprecio de las pompas mundanas, aparentando violencia al abandonar una vida tranquila por su ambición en alcanzar el capelo, dió continuas pruebas en tan elevado puesto de un carácter severo, áspero e inflexible, a la par que austero y virtuoso, pues, antes de su elevación al pontificado, desempeñó importantes misiones, entre otras la de Inquisidor en Roma, en cuyo Tribunal ejerció su empleo con la mayor rigidez, sin consideraciones de ninguna clase y sin detenerse, en lo que él estimaba su deber, ni a los odios ni a las censuras.

En los consistorios obedecía ciegamente a los dictados de su conciencia y sin guardar respeto a las personas, por elevada que fuese su condición social; solía dar su voto con independencia completa. De aquí provenía su enemistad con Carlos V, pues, cuando fué Arzobispo de Nápoles, el Emperador puso reparos a su posesión, separándolo del Consejo por los trabajos que había realizado cerca de su antecesor en la Silla pontificia, Paulo III, para reivindicar al Pontificado la posesión de dicho reino, que pertenecía a los españoles desde los Reyes Católicos, y cuya obsesión fué la de restituirlo a la Tiara sin reparar en los medios para ello.

Ya elegido Pontífice en 1555, y a pesar de su edad avanzada, nos pintan los historiadores a Paulo IV de temperamento bilioso y desabrido, dando rienda suelta a su altiveces de príncipe. Era solemne y majestuoso en sus actos y resoluciones, que adquirían manifestación casi colérica cuando de la Nación española se trataba, a la que en sus arrebatos calificaba de vil, abyecta, semilla de judíos y hez del mundo.

A ello contribuyeron las persuaciones de su sobrino el Cardenal Carlos Carraffa, cuyas ambiciones personales abrigaban grandes motivos de queja contra España. que no tardaron mucho en exteriorizarse transformándose en hechos lastimosos para el reinado de Felipe II.

Fué, pues, el primer paso del sucesor de Marcelo II solicitar una alianza con la Nación francesa, que entró, como se ha visto, gustosa en los planes, atizando el odio del Papa, que solicitó su auxilio, sin pensar seguramente en las tristes y desastrosas consecuencias de una guerra contra un Rey tan católico ferviente como Felipe II, y que por su política y por lo que era entonces en la Cristiandad el hijo de Carlos V, debió de ser el aliado natural del papa, contra la reforma que amenazaba la autoridad pontificia y la de los príncipes.

¡Fatal circunstancia! Felipe II, tan adicto a la Santa Sede, tan hijo obediente de la Iglesia, tuvo que hacer armas, como primer acto de su reinado, contra el Pontificado en una guerra por éste provocada.

Y de qué manera. Celebrado el pacto, el

impetuoso Paulo IV manda incoar a la Curia romana el proceso del Rey de España. En pleno consistorio entabla contra él una acusación jurídica para privarle del Reino de Nápoles, bajo pretexto de que había perdido sus derechos por no haber pagado el tributo anual debido a la Santa Sede, y predica la libertad de los italianos, prediciendo «que los españoles perderán sus posesiones y que Italia será emancipada» (34).

A su llamamiento, el Monarca francés acude al Papa y escribe: «Tendréis en vuestro lugar al Duque de Guisa, nuestro primo, portador de ésta, y que nos representará como nuestra misma persona» (35).

Felipe, que, preveyendo cuanto ocurría por noticias exactas de los hechos, había confiado el Gobierno de Nápoles al hombre más seguro de su tiempo, el Duque de Alba, a la sazón gobernador del Milanesado y generalísimo del ejército de Italia, no quiso romper hostilidades con la Iglesia, y para tranquilidad de su conciencia obtuvo de la Iglesia misma el permiso para combatir. Al efecto, convocó a Junta a varios Teólogos y Juristas

de Salamanca, de Alcalá, de Valladolid y otras ciudades (36), sometiéndolas a estudio diferentes cuestiones encaminadas a resolver si en vista de los agravios recibidos del Pontífice podría volver contra él las armas, quedando acordado que si apurados todos los medios de negociación, de la sumisión y de la súplica, éstos no dieran resultado, era lícito acudir a la defensa, tomando armas contra el Pontífice que tan injustamente le atacaba.

No bastaron las embajadas extraordinarias ni los actos de respetuosa humildad de Felipe y del Emperador, su padre, para aplacar el furor incomprensible del Vicario de Cristo en la Tierra. Agotados todos los medios por D. Fernando Ruiz de Castro, Marqués de Sarriá, Embajador en Roma, y los que empleara el de Bélgica, Garcilaso de la Vega, Señor de Batres y de Cuerva (37), enviado extraordinario, que sufrió una encerrona en el Castillo de Santangelo, así como también los que puso en práctica el cristiano caballero Duque de Alba que fueron imaginables (38) en cuanto recibió la negativa de sus proposiciones, y viendo los aprestos del Papa, se pre-

paró a la lucha siguiendo las órdenes recibidas de su Rey.

Aunque gozaba por entonces Felipe en Italia la opinión de ser en sus actos un fiel imitador de su augusto padre, de carácter paciente y sosegado en las audiencias, de pocas palabras, no escaso de ingenio y dotado de fácil comprensión y buen juicio, atento a los negocios y católico fervoroso sobre todo, suponíase que no tenía, sin embargo, aquella grandeza y generosidad de ánimo, ni la ambición y deseo de gloria que sobresalieron en el Emperador de Alemania.

Antes, por el contrario, se le juzgaba propenso a la quietud y a la apatía, ignorándose si esta inclinación sería hija de su propia naturaleza, o consecuencia de meditado cálculo, puesto que entraba a reinar con grandes dificultades, como lo era el estar la Corona abrumada de deudas, comprometidas las provincias, exhausto el tesoro y obligado a echar mano de contribuciones e impuestos para luchar con enemigo tan poderoso como el Rey de Francia, que al odio contra España unía su ambición desmesurada.

Pero Felipe comprendió que no era lícito tolerar tales ofensas, y armado con la respetable sanción de sus teólogos y la opinión favorable de su padre, que desde su retiro declaró los Derechos de España, incontestables, noticioso ya de los preparativos del Pontífice y de sus alianzas con Enrique, se creyó en el caso de no sufrir por más tiempo tamañas afrentas, y doliéndose de la determinación, que pugnaba con sus sentimientos de hijo sumiso de la Iglesia, envió sus instrucciones al Duque de Alba, quien en 1.º de septiembre de 1556 salió de Nápoles con su ejército, encaminándose a S. Germano, ciudad fronteriza de los Estados pontificios, dando así comienzo a la famosa guerra con Italia, que tanto se relaciona con el asunto histórico que nos ocupa, y que terminó con la paz pedida por el Papa, a quien le fueron devueltos sus Estados.

Rota por Enrique la tregua de Vaucelles con el envío de un ejército a Italia. comprendió Felipe II que era inminente la guerra con Francia, pues corría más de la mitad del

año 1557 cuando, mientras el Duque de Guisa cruzaba los Alpes con dirección a Italia, recibía el Almirante Coligny la orden del Rey de Francia para que, abandonando súbitamente la Picardía, de la que era gobernador, se apoderase en el Artois o en Flandes de alguna plaza fuerte, haciéndose dueño, después de varias tentativas, de Lens, población sin importancia militar entre Lille y Arras, y quedando rotas las hostilidades sin previa declaración de guerra, con desprecio manifiesto de todas las prácticas internacionales al derecho de gentes y a todo principio de lealtad y de consideración política.

Manifiesta de tal modo la agresión francesa (39), Felipe II se dispuso a reclutar su ejército, llamando a las tropas de Hungría y de Alemania, enviando a España a su Ministro Ruy Gómez de Silva para solicitar socorros de hombres y dineros e informar al Emperador de su situación comprometida.

Convencido éste de ella, desde su retiro de Yuste (40) acudió a la casa Lonja de Sevilla, a donde afluía todo el dinero de México y el Perú, ordenando se facilitase al Rey de Es-

pañá los fondos necesarios; pero la Casa-contratación hispalense no pudo aprontar un escudo. Los mercaderes interesados en los caudales que allí se custodiaban, previsores en provecho propio ante la lucha que se avecinaba, encontraron mucho más cómodo y patriótico el que las arcas *apareciesen vacías*, siendo ineficaces también por otra parte los recursos que empleara el Solitario de Yuste ante su hermana Doña Juana, gobernadora de España, para reparar semejante daño.

Se recurrió, pues, a medidas extremas, haciendo empréstitos particulares, imponiendo contribuciones, y se invitó a la Nobleza y al Clero para que contribuyeran con arreglo a sus fortunas a sostener los gastos de la guerra, llegando a alcanzar Don Felipe, por su parte, de los mercaderes de Flandes, cuantiosos recursos, con todos los cuales pudo satisfacer las necesidades preliminares de la contienda que iba a librar España.

Entretanto, Ruy Gómez, con varios capitanes, levantaba la gente, marchando a Italia D. Alvaro de Mendoza, y a Alemania, D. Juan Manrique de Lara, con igual objeto, y una

vez que en los Países Bajos dejaba todo dispuesto, y sabedor del buen resultado de las comisiones a sus emisarios confiadas; transcurridos veinte meses de su estancia en Bruselas (41), y siendo su mayor anhelo mezclar a Inglaterra en la lucha comenzada, retornó al Reino británico, donde impaciente le aguardaba su enamorada esposa, pensando en los auxilios que ella como Reina pudiera prestarle y que necesitaba, toda vez que estaba empeñado en una segunda guerra sin haber acabado la primera.

No obstante los recelos que sobre su acogida en Londres sospechaba, Felipe fué recibido de la Reina con su pasión acostumbrada, y de la Corte con todos los obsequios y honores debidos a su real persona. Aunque lo fuera nominal de la Gran Bretaña, y a pesar de la división de opiniones sobre la necesidad de la guerra contra Francia, por entender algunos que una guerra emprendida para fomentar los intereses de un príncipe extranjero—como lo era Felipe en Inglaterra—era antinacional y absurda, prevaleció la opinión del odio popular contra la nación francesa,

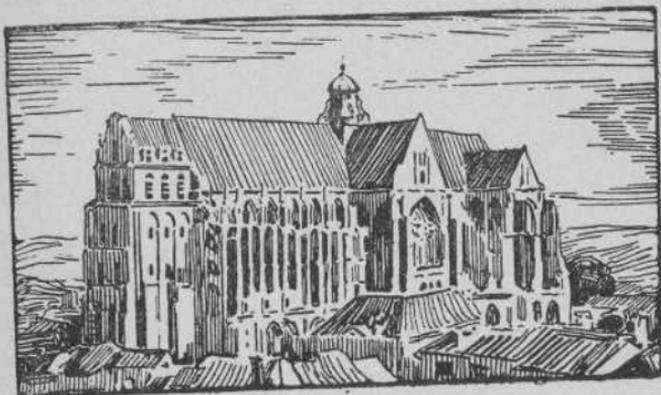
y María, que no podía negar nada a Felipe como leal y obediente esposa (42), le prometió socorros eficaces.

A ello contribuyó también y no poco la fracasada conspiración fraguada por Lord Staford, partidario de Isabel, la hermana de la Reina, para arrebatar a ésta el cetro con ayuda de los franceses, lo cual determinó —después de hecha justicia en los autores de la trama, y ante el temor de una guerra civil—, que el Parlamento accediese a las pretensiones del Rey consorte contra el de Francia, resolviendo que se enviasen con dinero inglés 8.000 infantes y 2.000 caballos al mando del Conde de Pembroke (43), y declarase previamente Inglaterra la guerra a Francia, a la usanza antigua, por medio de Rey de Armas (44) el día 7 de julio de 1557 en la Ciudad de Reims, mientras el Rey Felipe partía el día 20 del propio mes y año para Flandes. Presentáronse, pues, a la par, los desastres de la Corona en Italia y en los Países Bajos.

Allí, el Duque de Alba, había de encontrarse con el de Guisa. Volvía a ser teatro Italia de tenaces luchas para ventilar intere-

ses directos de Roma, aunque Enrique II soñara esperanzas de un botín respetable, que el de Alba desbarató haciendo frente a las eventualidades de una guerra que terminó tan felizmente para las armas españolas.

En Flandes se tocaban las consecuencias de la funesta alianza entre Enrique II y Paulo IV, que dió lugar a uno de los momentos más críticos y culminantes de la Historia de España y del reinado de Felipe II. La Batalla de S. Quintín.



IV

La Batalla de S. Quintín

La memorable batalla que se libró el 10 de agosto de 1557 es uno de los más importantes y notables sucesos que registra en sus páginas la Historia de España.

Timbre glorioso de la Corona de Felipe II la victoria de S. Quintín, cuya importancia política y social está demostrada, fué el hecho más célebre con que inauguró su reinado el hijo de Carlos V.

Regresado que hubo Felipe a los Países Bajos, se preparó cuanto antes para entrar en campaña, poniendo a la cabeza de su ejér-

cito al Príncipe del Piamonte, D. Manuel Filiberto, Duque de Saboya.

Guerrero de duro temple, inteligencia despierta, hombre aleccionado en las severas costumbres militares y en las rudas campañas del Emperador, la vida al aire libre y el constante ejercicio, salvaron su pobre naturaleza de niño, robusteciendo su organismo, que dió pruebas de resistencia cuando llegó a dormir treinta días seguidos con la armadura puesta.

Dotado de grandes facultades intelectuales, avaloraba sus naturales luces con una vasta cultura y el conocimiento de varios idiomas que por completo dominaba, al decir de sus biógrafos (45).

El historiador Cabrera lo retrata en estos términos (46):

«El Duque de Saboya, de mediana estatura, complexión colérica y adusta, «todo nervio, poca carne, en los movimientos gracia, en sus acciones gravedad y grandeza, nacido para mandar».

»Hablaba italiano, francés, español, razonablemente tudesco y flamenco.

«Era su ánimo lleno de religión, justicia, liberalidad, amigo de leer historias, libros políticos, y de fortificaciones y de máquinas de guerra ayudado de las matemáticas.»

Contaba con veintinueve años cuando se puso al frente del ejército de Felipe II, que de día en día aumentaba con nuevas fuerzas, pues se alistaban contingentes asalariados, reclutados los más entre los alemanes oriundos del alto Rhin y del Danubio, que en aquellos tiempos era la fuerza montada que mejor servía para la guerra, siempre que el sueldo no faltase—pues se corría el riesgo, si tal hubiera, de pasarse fácilmente al enemigo—, y se sumaban también en gran número al ejército las tropas de los *reiters* (47), reuniéndose de este modo todos los aprestos para la lucha y los diversos elementos de combate que esperaban tan sólo la hora de operar.

Realmente la campaña se emprendió a los comienzos del año, y aunque habían transcurrido la primavera y buena parte del estío en allegar recursos para ella, no es de extrañar la tardanza, si se tiene en cuenta que por aquellos tiempos no existían ni los medios de

comunicación, ni las facilidades de transporte para la movilización de tropas y aprovisionamiento de las plazas, y, por tanto, antes de dar principio a la batalla y empezar la lucha, se hacían precisos los aprestos de guerra y el tener a mano todos los elementos de combate.

No obstante, habían ocurrido algunas escaramuzas promovidas en las cercanías de Rocroy, en las cuales, aunque nada se aventuró entre las fuerzas combatientes, pudo dar lugar a que la plaza cayera en poder de las tropas filipenses, pues llegaron los españoles a la puerta de la ciudad acosando a la caballería francesa, que acudió a la defensa de los recolectores del forraje, produciendo las impaciencias naturales, como lo demuestran documentos fehacientes de la época (48).

Así, pues, reunido todo el ejército, vencidas las dificultades para la concentración de fuerzas y completo el contingente de tropas con los núcleos alemanes, flamencos, walones y españoles, sólo se esperaba a que el Rey manifestase su pensamiento.

Detenido en Bruselas y más tarde en Va-

lenciennes, el Consejo de Bruselas hubo de acordar el plan de Campaña el día 4 de julio, el cual fué sometido a la aprobación del Monarca, que lo sancionó en todas sus partes (49).

Según el plan, las tropas españolas debían dirigirse hacia el Sur de Champagne y apoderarse de cualquiera de las plazas fuertes de Meziert, Rocroy o Mauber-Fontaine, que defendían de una invasión aquella parte de la frontera. De este modo, si el éxito no coronaba la maniobra, el ejército podía moverse en prolongación de su flanco derecho y acudir a la Picardía, intentando por esta parte la frontera.

Se dirigieron después las tropas a las inmediaciones de Namur, en el ángulo formado por la desembocadura del Sambre, en el Mosa, estableciendo el cuartel general en Florennes y acompañando las tropas en varios pueblos de alrededor con objeto de poner en jaque a Rocroy y tomarlo (50) si la empresa no frecía serias dificultades, impidiendo el auxilio de víveres y otros recursos, molestando con acometidas y algaradas al enemigo.

Rocroy era ciudad recientemente fortifica-

da y servía de apoyo a Marienbourg y Maubert-Fontaine, y todos los esfuerzos de Nevers, que gobernaba la plaza, se dirigieron a completar su defensa, toda vez que el resto del ejército francés, temeroso de la invasión por Champagne, avenida de Flandes al interior de Francia, se había concentrado en aquella frontera con las pocas fuerzas de que podía disponer, puesto que el mayor contingente de sus tropas se encontraba en Italia a las órdenes de Guisa.

Era, pues, para las tropas de Enrique II un verdadero conflicto, ignorando como ignoraban los planes y recursos del ejército del de Saboya; y únicamente por tardías e inseguras noticias supieron que por el Mossa venían pertrechos de guerra y se hacían grandes preparativos (51).

No obstante, a pesar de haberse dirigido el Duque de Saboya a Givert, llegando el 25 de julio a Rocroy con intención de tomarlo, desistió de su propósito y tentativa ante las pérdidas que pudiera ocasionarle si se repetía el nutrido fuego con que fué recibido a la primer intentona; determinándose a seguir

el plan acordado en Bruselas y levantando el sitio dió la vuelta al valle, entre Nimes y Hault-Roche, y continuando por Chimay de La Capelle, acampó delante de Guise, pequeña ciudad de Francia en el Departamento del Aisne, aparentando sitiarla. Los franceses por su parte, concentrados en Atlogni, ante tal movimiento de los españoles, quedaron desconcertados y siguieron su marcha paralela a la del ejército de Felipe II a respetable distancia, estableciendo su campamento en Pierre-le-Pont—al propio tiempo que Filiberto en Guise—, y como punto estratégico entre Sisione y Marse estar alerta a lo que preciso fuese.

Después de cuatro días de permanecer el Príncipe de Piamonte frente a Guise, envió de repente la caballería para cercar S. Quintín, acudiendo allí al frente de su ejército el día 2 de agosto de aquel año de 1557 (52).

Era S. Quintín, ciudad importante en tiempo de paz, como centro del comercio entre Francia y los Países Bajos, bien defendida por su posición y sus fortificaciones, pero algo desatendidas a pesar del dinero y tiempo allí

empleados por Francisco I para hacerla casi inexpugnable.

Situada en el departamento del Aisne (Picardía), con bella catedral gótica, ocupaba una eminencia rodeada de valles, fertilizados por el Somme, cuyas aguas, quebrándose en distintas direcciones y mezclándose con los de varios manantiales, formaban en aquella época lagunas y pantanos alrededor de sus murallas, que constituían una defensa natural por toda la parte Sur y Suroeste de la ciudad.

Por el flanco de Levante hallábase la plaza defendida por una cortina interrumpida con grandes torreones y precedida de ancho foso; constituía por su disposición y estructura, más que una línea de defensa—en razón a no tener fuegos cruzados—sólo un blanco para los proyectiles sitiadores, como en efecto sucedió.

A la orilla izquierda de la ciudad estaba la barriada o arrabal de la isla, que se comunicaba con aquélla por una lengua de tierra, no teniendo S. Quintín, con la margen del río, otro medio de enlace que el no muy amplio puente de Ronvroy.

Un canal ancho y profundo recorría la muralla y defendía el acceso del arrabal a la ciudad, además del río y de los pantanos mencionados.

Ofrecían las fortificaciones y situación de S. Quintín una muy buena resistencia, sobre todo en la parte Suroeste, como se ha dicho, porque comprendiendo su importancia estratégica siempre la atendieron con preferencia los Reyes de Francia, excepto en la ocasión presente, en que puestos todos los afanes hacia la Champagne dieron lugar a que al presentarse las tropas españolas el día 2 de agosto delante de la plaza, solamente se encontrasen en ella el capitán Breuil, su gobernador, con poco más de 100 hombres de las tropas del Delfín, mandadas por su teniente Teligni.

Pero ni en el plan de Campaña adoptado en Bruselas en 4 de julio, ni en ninguna de las instrucciones del Rey, ni de los planes de Saboya, se habla para nada de S. Quintín; lo mismo pudo llevarse la guerra por Champagne o la Campaña que localizarla en Picardía.

¿Por qué, pues, la toma de S. Quintín?

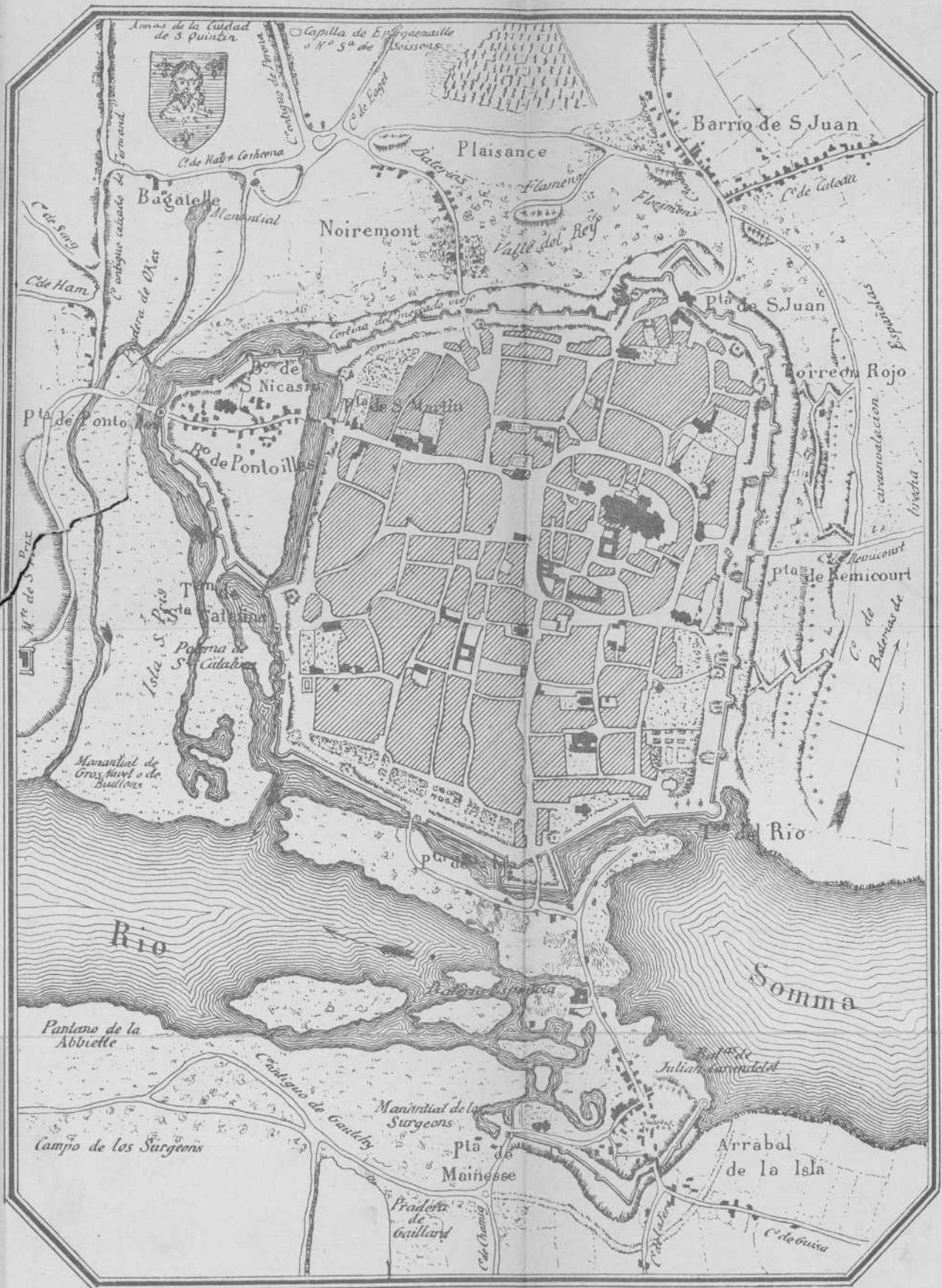
No debe descartarse la posibilidad (53) de que, al regresar Felipe de Inglaterra a Bruselas y al ver el giro que tomaban las cosas se hiciera eco de la opinión de los más experimentados capitanes y consejeros, ordenando él mismo la toma de aquella plaza para extender después el campo de operaciones sobre el interior (54) de Francia, realizando la marcha soñada sobre París por Carlos V y aconsejada en tiempos por el propio Duque de Saboya. Pero es lo cierto que Felipe II eligió decididamente este punto de la frontera, según se desprende de su carta escrita desde Cambray a la Princesa de Portugal (55), por ser la llave de la Picardía.

Llegó, pues, el Duque Filiberto de Saboya al frente de S. Quintín con su numeroso ejército y un tren completo de guerrear, acometiendo la plaza sin dar tiempo a la guarnición para reponerse de la embestida.

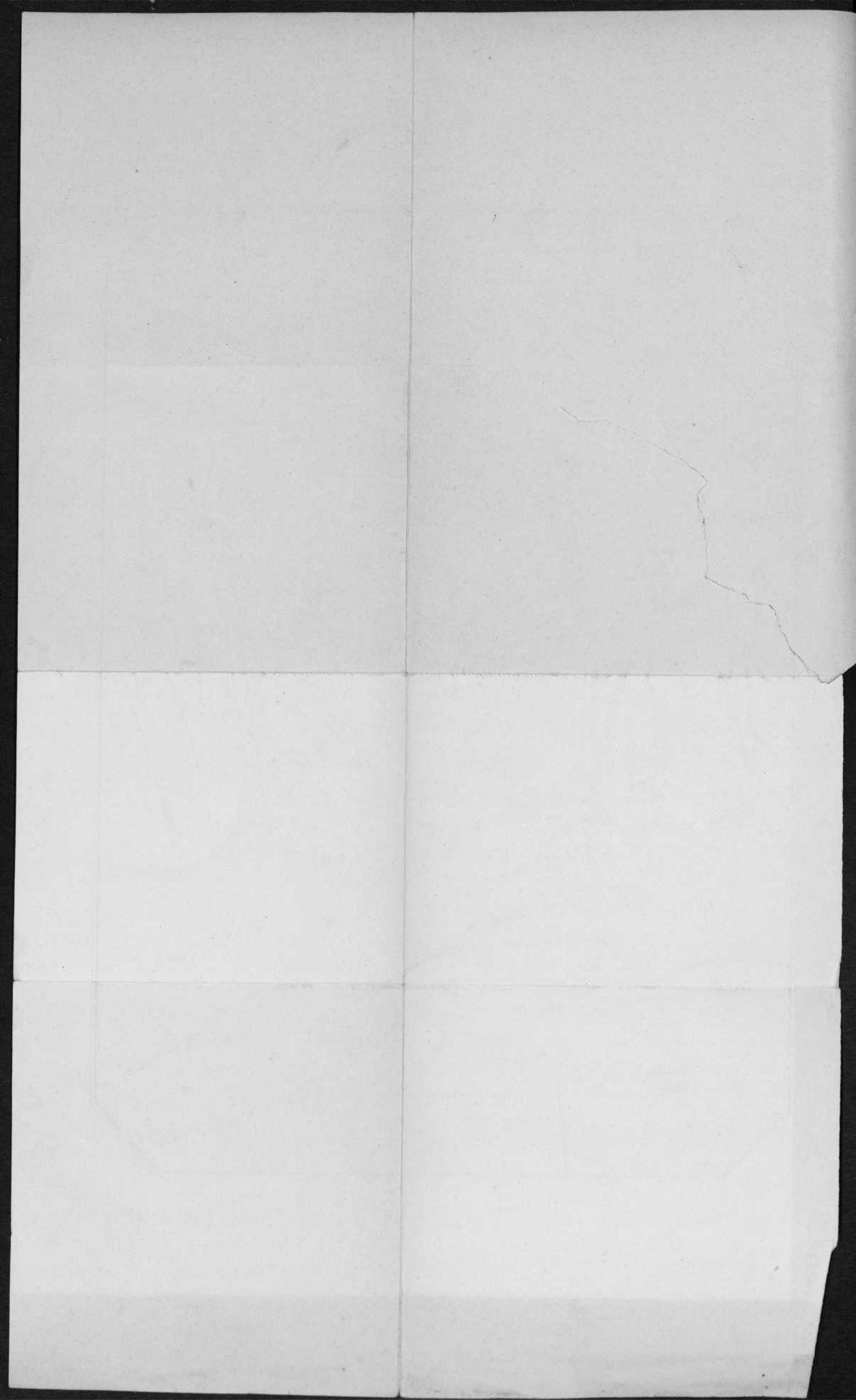
La caballería ligera y los alemanes de la banda negra (56) recorrieron todo el perímetro, y el resto del ejército se distribuyó rodeando los muros del Norte y del Nordeste apoyando sus flancos sobre el río.

PLANO DE LA CIUDAD DE S. QUINTIN

en 1557.



Copia de un calco sacado de la obra *Siège de Saint-Quentin*, que se menciona en el texto



Servía de atalaya el arrabal, sitio avanzado para asegurar el ataque, y como la muralla de Levante era el punto débil, el Duque estableció sus fuerzas en el acto, haciendo jugar las baterías desde dichos puntos a fin de neutralizar los efectos de un socorro a los sitiados.

Comprendió entonces Brueil que en pocas horas perdería la plaza de su mando, y que a pesar de sus condiciones para la defensa sucumbiría ante el ejército español, por lo cual dió aviso inmediato al almirante Coligny, gobernador de Picardía, quien suponiendo que amenazada la plaza por la situación del enemigo sobre Guise venía ya avanzando hacia la frontera cuando encontró al emisario que llevaba la funesta noticia del asedio.

Capitán experto el Almirante, hombre de audacia y firmeza de carácter, era uno de los mejores generales de su siglo, y tomando su partido y caminando de noche con cuantos pudieron seguirle, entró en el recinto de San Quintín con sólo 500 hombres, pues el resto pereció en la refriega, entre otros, el teniente Teligni.

La presencia de tan hábil y enérgico caudillo devolvió la tranquilidad a los moradores de S. Quintín, que se prepararon para resistir al enemigo. Víveres para tres meses y la confianza de que el grueso del ejército francés acudiría con tiempo en su auxilio, fueron suficientes motivos para levantar el espíritu a los contristados habitantes que tenían perdida toda esperanza.

Coligny organizó el servicio interior, hizo varias descubiertas para demostrar que contaba con recursos suficientes. Su presencia infundió la fuerza moral consiguiente a sus prestigiosos militares, haciendo comprender a los defensores que habían de agotarse los recursos antes de que la ciudad cayese en poder del sitiador, por interés propio y el de la patria, y llevó el convencimiento o sus defendidos de que una resistencia prolongada facilitaría la llegada de las tropas del Condestable, no lejanas.

A pesar de todo, no se le ocultaba a Coligny el riesgo que corría y aceleradamente pidió socorros a su tío Montmorency. Este, que con el ejército francés venía avanzando desde la

Pierre-le-Pont hasta La Fere—pueblo distante más de tres leguas de S. Quintín—, envió al Mariscal St. André con infantería, mandada por el coronel D'Andelot, cuñado de Coligny, y 500 caballos a las órdenes del Duque de Enghiem, cuya fuerza, dirigida desde Ham por un práctico del terreno, había de marchar por el camino de Savy a cruzar los pantanos y llegar a la ciudad por el Barrio de Pontoilles.

Entretanto el Condestable y Coligny procedieron, el día 5 de agosto a simular un ataque con la caballería.

Pero la previsorá perspicacia del Duque de Saboya le hacia vigilar. Conocedor de la estrategia, cubría todas las avenidas de la ciudad, presumiendo que por la dirección de Ham vendría el socorro de la plaza, y esto, unido a los oportunos informes que recibiera de un desertor inglés, fué la causa de que aquella noche salieran las tropas y caballos, el Conde de Mansfeld y el capitán Navarrete, seguidos de los alemanes, para frustrar el plan del enemigo, que a las dos de la madrugada sufría las tristes consecuencias del en-

cuentro, pues la columna de D'Andelot fué totalmente desecha pereciendo su jefe y perdiendo en la derrota cuatro banderas (57) los franceses.

Ante tamaño descalabro Coligny no desmayó. La angustia de la derrota alentó para nuevos recursos de defensa, y adoptando medidas extremas hizo salir hasta 700 personas entre ancianos, mujeres y niños (58), aumentó las obras de fortificación y las baterías, reparó las murallas de las brechas abiertas por las voladuras de la pólvora enemiga y envió nuevos emisarios al Condestable, intimándole a meter en la Plaza el mayor número de tropas a viva fuerza, asegurando con faginas (59) y tablones el paso de los pantanos para con barcas cruzar el Somme, entrando en San Quintín por la poterna de Santa Catalina. 

Las noticias de la Empresa de D'Andelot y los emisarios que Coligny le enviara, resolvieron al Condestable a ponerse frente al ejército del que formaban parte, además de los capitanes ya citados, los Príncipes de Condé y de Mantúa, el Duque de Nevers y la mayor parte de la Nobleza de Francia, y

organizadas sus tropas en Jussy, según las órdenes que comunicó al Mariscal Saint André, se presentó delante de S. Quintín el día 10 de Agosto de 1557, a las nueve de la mañana.

Sería ocioso entrar en el detalle del número de combatientes y de las fuerzas que componían ambos ejércitos. Aparte de no allegar con su relato claridad alguna a cuanto tienen dicho, queriendo comprobarlo, los historiadores, no parece este dato necesario además a nuestro propósito.

El guarismo del ejército sitiador varía de manera portentosa. Sobre la total composición de las fuerzas beligerantes se observa en todos los cronistas e historiadores opinión disconforme, dando lugar a errores, que en estos conjuntos dependen, sin duda alguna, del espíritu de partido o de nación, y, por tanto, se disminuyen o exageran.

Tan es así, que historiadores respetables, como San Miguel, Prescott, Fornerón, Lafuente, Fernández Montaña (60) y otros muchos, todos ellos han tenido que recurrir a las relaciones del Cronista Cabrera de Cór-

doba, hombre de confianza de Felipe II, que si bien no llegó a ser Secretario de Estado, por causas de las que él mismo se lamenta, sus aseveraciones revisten gran autoridad, supuesto que fallecido el Monarca desempeñó el cargo de Greffier de la Reina Margarita de Austria, permaneciendo constantemente en la Corte de Felipe.

Por otra parte, hay que tener en cuenta, que la cifra considerada como exacta—60.000 hombres y 80 piezas de artillería de distintos calibres—sólo aparece en documentos posteriores a la fecha del 10 de agosto, en que se libró la batalla, y, por tanto, no es posible confirmar su exactitud, y de ello es prueba evidente que el Documento tenido como auténtico y veraz (61), que, aunque anónimo, hace presumir de su contexto que el autor fué testigo ocular de los sucesos, no trae más cifras intercaladas al relatar los hechos, y otro documento (62) que por la misma razón debe considerarse de la misma autenticidad, contiene cifras y contingentes de ejército que en nada concuerdan con las que expresa el único relato hasta hace pocos años conocido.

Por eso, al omitir tal detalle estadístico, que no está claro, parece natural atenerse tan sólo al documento fehaciente (63) y que no deja lugar a dudas, por ser de fecha inmediata a la del día de la Batalla, puesto que lleva la del 11 de agosto de 1557.

En este documento acláranse dos extremos interesantes: Primero, que el Rey llegó a San Quintín el día 12 de agosto y el 13 al Campamento, y no el 11 como se ha supuesto, toda vez que él mismo lo anuncia en su carta de esta fecha: *que mañana me juntaré con mi ejército sobre S. Quintín*; segundo, la confirmación de que fué idea exclusiva de Felipe II el sitiar a S. Quintín: *ya sabéis como habiéndose junctado la gente de mi ejército que aquí tengo, hordené que se pusiese sobre San Quintín...*, dice en la expresada carta; decisión que ya comunicó en otra letra escrita desde Cambray a la Princesa de Portugal (64).

El pensamiento militar de Felipe de echarse sobre la frontera de la Picardía fué de tal importancia, que el éxito superó todas sus previsiones, y eligió la plaza de S. Quintín, por ser indudablemente el centro mejor de

la línea defensiva en el Norte de Francia, que una vez en poder de los españoles encontraría en éstos poca resistencia para enseñorearse del interior, como aconteció.

Determinado el Condestable a socorrer a viva fuerza la plaza y concentradas sus tropas, dirigióse inmediatamente a ocupar las alturas que dominaban por el SO. las márgenes del Somma. En su ejército, lo mismo que en el de Saboya, figuraban gran número de alemanes asalariados, gascones, ingleses y gran contingente de veteranos franceses, resultando un heterogéneo conjunto que era muy frecuente en los ejércitos de aquella época.

Su plan estratégico era abastecer de víveres la plaza ante el apuro en que S. Quintín se hallaba, y para ello proyectó a viva fuerza pasar el río a la vista enemiga, sacrificando en ello gran número de soldados. A pesar de lo poco afortunado del reconocimiento, eligió como centro de sus proposiciones las alturas de Gauchy, desde las cuales se propuso cañonear al Campamento español, para que mientras tanto D'Andelot y los suyos, protegidos por estos fuegos, vadea-

sen el río en las barcas que al efecto pudieron reunir.

Había, no obstante, que asegurar el movimiento, y para ello apoderarse D'Andelot por orden de Montmorency de un molino que había en los altos de Gauchy, defendido por dos Compañías españolas al mando del capitán Julián Romero, cuya fuerza guarnecía, a su vez, el arrabal de la Isla.

No era este el verdadero apoyo del flanco derecho del ejército de socorro, porque las tropas francesas se exponían a ser envueltas por el enemigo; pero el Condestable, mal informado o muy seguro de su proyecto, supuso que los españoles llegarían tarde, porque el único paso sobre el río, el puente de Ronvroy, a su juicio, sólo permitía dos hombres de frente, y mientras esta operación se verificaba había introducido en la plaza el socorro suficiente, y estando ya a gran distancia nadie le molestaría en su marcha.

Roto el fuego, vió Saboya que se le dejaba franco el puente, y ordenó que la caballería ligera, al mando del Conde de Egmont, pasara el río para oponerse al movimiento en-

volviente de las tropas de Enrique que se apoderaron del molino, y en tanto los Arcabuceros de Felipe causaban la dispersión entre los franceses, haciendo zozobrar las barcas ocasionaron la muerte de los numerosos soldados que, cayeron al río, quedaban estancados en los pantanos, causando el plomo de las balas españolas innumerables bajas. D'An delot penetró en la plaza, mas fué tan sólo con un cuerpo de 400 hombres (65). Al propio tiempo, casi simultáneamente, los jinetes españoles habían chocado con los ligeros de Francia apostados en la Neuville al mando de Nevers, para contener el ataque de los sitiadores, y aunque en un principio pudo rechazarse la embestida, el número de escuadrones del de Saboya creció de tal manera y fué tan rudo el empuje de los españoles, que Montmorency resolvió emprender la retirada, y creyendo a S. Quintín con el socorro necesario, pretendió ganar el bosque de Montescourt antes de que el Duque pudiera atacarle con sus tropas.

Pero era tarde. El desacierto cometido había de tener sus consecuencias.

Aunque cuando no muy ancho, el puente de Ronvroy servía para dar paso a diez y seis hombres de frente, y por si no bastaba, habilitaron otro puente construído con tablas, maderos, carros y barquillas, los capitanes Navarrete, Schwendi y Owerfsen (66), que colocó en la orilla opuesta mayor número de tropas del que nunca pudo imaginar el Condestable (67), las cuales impidieron desde el primer momento la retirada de su ejército por la antigua Vía Romana hacia Jussy, no sin que antes la caballería de Nevers y de Condé intentaran en balde rechazar el ataque de los jinetes españoles.

Porque éstos, avanzando tenazmente, continuamente, con ímpetu irresistible, rompieron los escuadrones franceses, y arrojándolos sobre la retaguardia del Condestable causaron el desconcierto de sus tropas, puestas ya en verdadero desorden.

Pero el viejo soldado de Enrique II tuvo todavía confianza en su empresa. Viendo cerca el bosque de Moutescourt, más allá del pueblo de Essigni, refugio de sus huestes, quiso garantizar hacia tal punto la retirada;

mas la fortuna le fué adversa. El bosque estaba ocupado por españoles.

El Condestable había caminado de error en error. Si poco hábil estuvo en la elección de posiciones al presentarse ante S. Quintín, menos avisado se mostró con esta tardía retirada, demostrando una impericia imperdonable, dada su historia militar, al emprender su marcha sin observar ni proteger los flancos. Rara vez se comete en la guerra un error solo, y el Duque de Saboya, que supo aprovecharse del primer descuido de su adversario, valióse también del segundo que padeció, disponiendo que la caballería española atravesase los valles de Harli, La Neuville, Urbillers y Benay, y a cubierto—por la topografía del terreno—de las tropas francesas, rebasara el flanco izquierdo del ejército de Montmorency, y colocándose a su retaguardia, ocupara el bosque de Montescourt.

Tarde reconoció el veterano Condestable su descuido, y resuelto ya a resistir o perecer ante la vida o la muerte, dispuso la batalla dando la dirección de la vanguardia en su flanco derecho al Reingrave con sus negras

corazas y piezas de campaña, encargándose él de la retaguardia para contener la acometida española, no sin preguntar antes a Doignon, veterano oficial de su séquito:

¿Qué haremos? A lo cual le respondió: *No lo sé; hace dos horas os lo hubiera podido aconsejar* (68). Ya no era tiempo de reflexionar, sólo de combatir, con la ayuda de Dios, porque el instante era decisivo.

El Conde de Egmont, respondiendo a su bien sentado prestigio militar, hizo de sus fuerzas de Caballería tres divisiones y al dar la señal de carga se precipitó en todas ellas sobre la Caballería francesa, que recibió con firmeza la embestida, empeñándose la más ruda pelea, cuerpo a cuerpo, hombre contra hombre, caballo contra caballo, hasta que aparece en el Campo la infantería española al mando de Aremberg.

Entonces fué cuando la caballería francesa, falta ya de resistencia, no pudo por más tiempo y comenzó a perder terreno. Rotas sus filas, la retirada degeneró en derrota, y los *reiters* alemanes, la caballería negra, completó con sus pistolas la dispersión general.

Los veteranos tercios franceses y los gascones, que eran la flor y nata de la infantería, no desmintieron su fama y sus cuadros hicieron frente denodadamente — con el mismo denuedo que Coligny defendió luego S. Quintín— a las tropas españolas, imponiendo impenetrable muro a la Caballería.

El Duque de Saboya tomó el mando del centro, en tanto que Egmon y los Condes de Mansfeld y de Hoorne defendían el ala derecha, y el Duque de Brunswick, con el Conde de Aremberg, la izquierda.

Las dos alas cayeron sobre el ejército francés; el Reingrave y sus alemanes se rindieron pidiendo cuartel; la contienda tomaba proporciones horribles, y en tanto Filiberto descargaba su artillería contra los formidables baluartes de la tropa francesa, que a su vez era destrozada por la Caballería de Egmont las lanzas de los piqueros fueron inútiles y los jinetes blandieron sin conciencia sus espadas, hicieron correr como arroyos por aquellos valles la más noble sangre de la Nación francesa.

El desgraciado Condestable, decidido a

morir, se lanzó en lo más recio de la lucha para no tener que dar cuenta a su Rey de semejante hecatombe; pero, herido en un muslo, fué hecho prisionero, recibién-dole el de Saboya con la dignidad que merecía su elevada jerarquía y gran infortunio (69).

Desde tan trágico instante, nadie pensaba en pelear ni defenderse. Todos emprendieron la fuga arrojando sus armas. Los caballos atropellaban a los infantes, los cañones y bagajes estorbaban el paso a los fugitivos, y la matanza estuvo a la altura de la frenética pasión de la lucha y embriaguez de la victoria, que se decidió por las tropas españolas al cabo de cuatro horas de encarnizado combate, siendo Rodrigo Zapata de León, llamado el Capitán de la bandera de la Sangre, el que plantó la enseña española en los muros de S. Quintín.

El sol ocultaba sus rayos, y próxima la noche, vencedores y vencidos, rendidos de fatiga, dieron tregua a esta sangrienta lucha, que preparó de antemano la capacidad del Rey Prudente y fué consumada merced a la inteligencia militar del Duque de Saboya, aunque

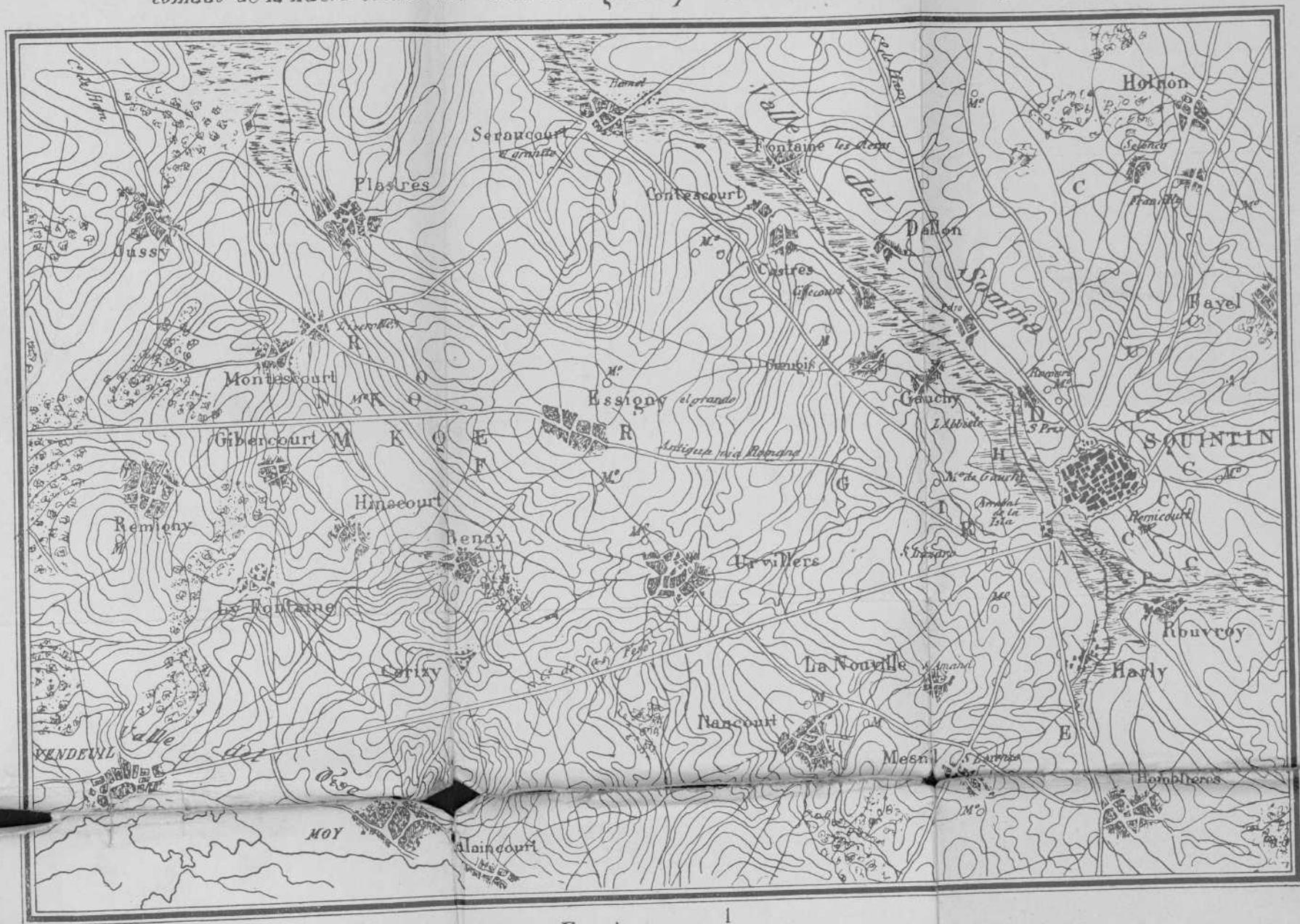
él mismo tratara de rebajar su mérito (70), siendo el papel que desempeñaron sus tropas de suma importancia, tanto en la Batalla misma como en los hechos de armas que la precedieron.

Ellos se apoderaron del Arrabal de la Isla; ellos, los que derrotaron a D'Andelot en su primera expedición; ellos, en fin, los que de nuevo consiguieron el triunfo cuando el supremo esfuerzo, cuyo éxito deplorable fué preludio de la catástrofe de que Francia tuvo que lamentarse.

Las causas de este triunfo, continuación de otros que tan alto pusieron el valor de las Armas españolas, lo atribuyen unos a la energía de los soldados capitaneados por el Duque Filiberto, y otros a la indisciplina y terror que se apoderó del ejército francés, originando la confusión que ocasionó la matanza entre ellos, como dicen varios testigos presenciales de aquella bárbara hecatombe (71), en la cual tan variables como las cifras que se han dado a los combatientes resultan las de muertos y prisioneros que figuran en los historiadores consultados.

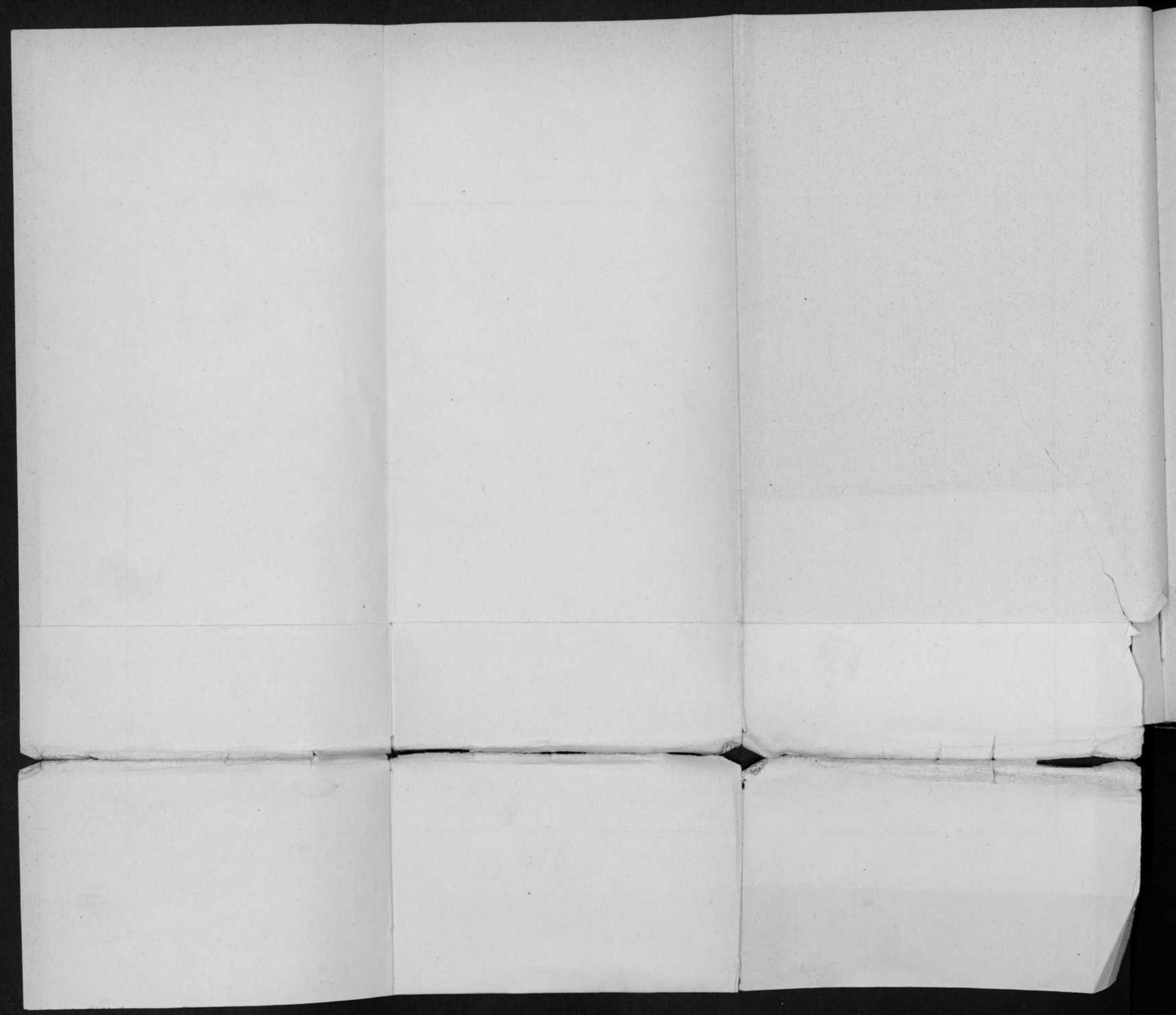
Croquis para la inteligencia de la Batalla de S Quintin en 1557

tomado de la nueva edición del Sitio de S. Quintin publicado en dicha Ciudad en 1859 por Mr Ch Gomart



Escala $\frac{1}{80000}$

Copia de un calco sacado de la obra *Siège de Saint-Quentin*, que se menciona en el texto



En este punto hay que atenerse a los más autorizados, entre los que se cuenta Cabrera de Córdoba (72) entre los españoles, y la obra editada por Gomart (73) de los textos extranjeros, y, sobre todo, a los documentos, que han sido fuente (74) de todos los cronistas y escritores en esta suma de datos que para nada influyen a mi juicio en el efecto moral y positivo de la gloriosa jornada de S. Quintín, que el arte portentoso de Jordán inmortalizó en los muros de la monumental escalera escurialense, y los hijos de El Bergamasco (75) en los paramentos de la Sala de Batallas del famoso Monumento cuatro veces secular.

Con la natural satisfacción y júbilo consiguiente, recibió la transcendental noticia Felipe II, a la sazón en Cambray (76), mandando echar a vuelo las campanas de la ciudad, partiendo el día 11 de agosto al Campamento con todo el contingente de la tropa inglesa.

Y en tanto los restos del ejército francés llegaban a La Ferè desalentados y sobrecogidos entre la pérdida sufrida y la prisión del Condestable herido, no dudando que el Du-

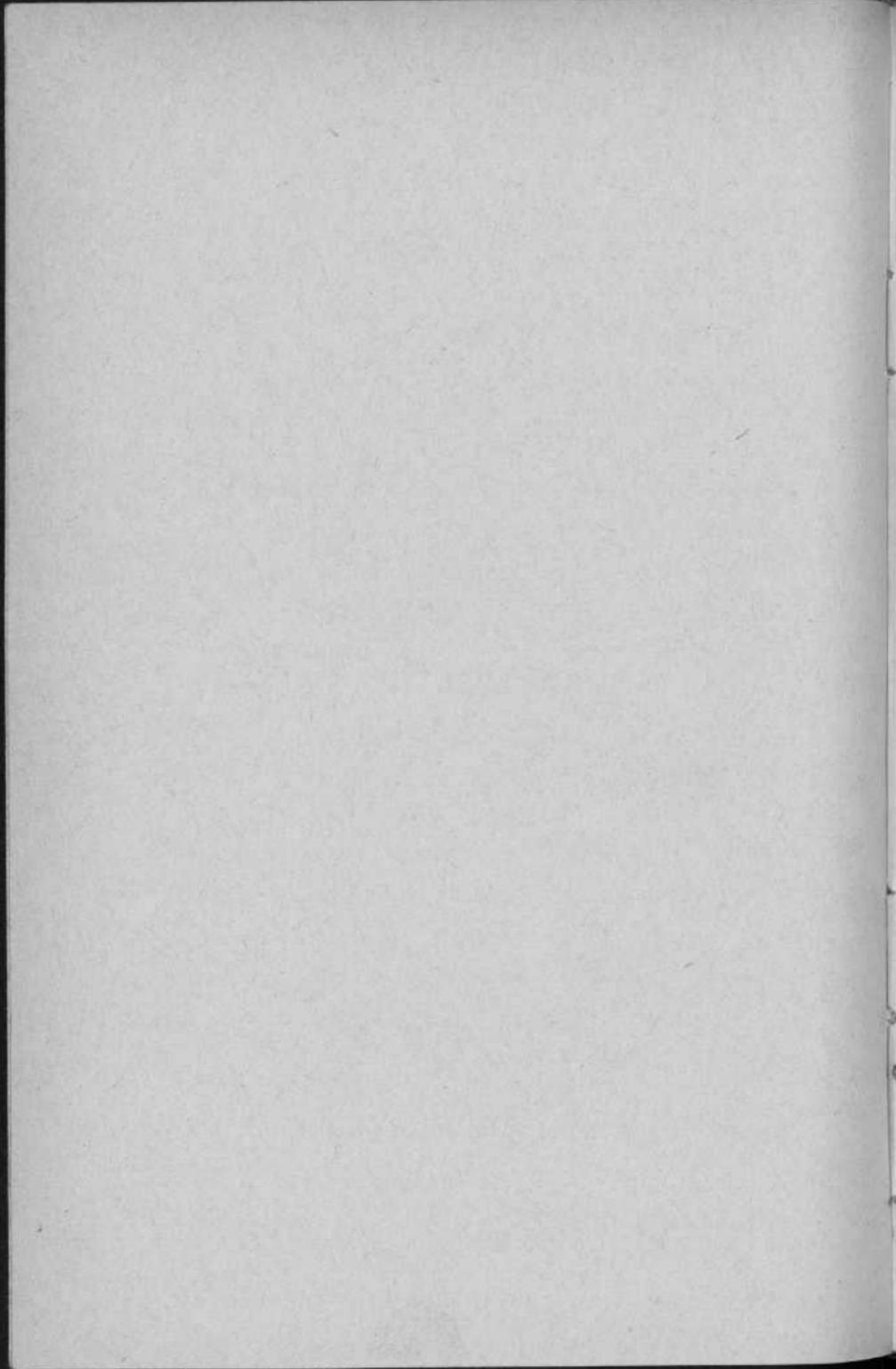
que de Saboya se haría dueño sin obstáculo de la capital de la Monarquía francesa.

No pocos historiadores censuran a Felipe II porque no aprovechó la victoria hasta el extremo de apoderarse de París. El Monarca español consideró este paso como atrevido. Hecho cargo del mando de su ejército, temió, ante el patriotismo del pueblo francés, sufrir algún descalabro, como los acaecidos a su padre durante las repetidas invasiones que intentara en Francia, y optó, obrando con la precaución que guiaba sus procedimientos, por proceder con menos pretensiones y, por tanto, con menos peligro. La toma de París hubiera sido, desde luego, comprometida y difícil; en cambio, no lo era la de S. Quintín, por lo cual se decidió a continuar el sitio de la plaza, que a los pocos días era tomada por asalto con todos los honores y crueldades consiguientes (77).

A la batalla de S. Quintín siguió, por tanto, la toma de la Ciudad, hecho que ya no tuvo tanta importancia, porque no era posible que la plaza resistiera el empuje de tan poderoso ejército como lo era el de Felipe, animoso

y entrenado con tan reciente victoria. Coligny la defendió heroicamente, haciendo honor a su reputación militar, cayendo prisionero con D'Andelot y otro hijo del Condestable.

Así terminó esta memorable Campaña. En vez de lanzarse el hijo de Carlos V sobre la aterrorizada Francia, lo que pudo ser ocasión oportuna quizá para bien de nuestra regeneración social y religiosa, se contentó el Rey de España con este triunfo, que, unido al de la Batalla memorable, atemorizó al Rey francés y preparó moralmente el tratado de paz de Chateau-Cambrai, renunciando al éxito total de su victoria, llegando de tal suerte la batalla de S. Quintín a nuestros días como recuerdo imperecedero de la Historia, traducido en el glorioso monumento de S. Lorenzo el Real de la Victoria, conocido vulgarmente con el nombre de Monasterio de El Escorial.





V

El Monasterio de S. Lorenzo el Real de El Escorial: su valor artístico y su expresión histórica

Consecuencia inmediata de la victoria de S. Quintín fué la fundación del colosal Monasterio de S. Lorenzo el Real de El Escorial, situado en las proximidades de la villa del mismo nombre, en la Diócesis y Arzobispado de Toledo, según el Rey Prudente declara y manifiesta en su *Carta de Fundación y Dotación*, otorgada en 22 de abril del año 1567 (78).

Mucho se ha fantaseado acerca de la voz «Escorial», habiendo incurrido todos los auto-

res que se han ocupado del que andando el tiempo fué Real Sitio en la vulgaridad de suponer que Pedro Hoyo, secretario de Su Majestad; Juan Bautista de Toledo, famoso y entendido arquitecto, y Fr. Gutiérrez de León, prior del Monasterio de S. Jerónimo de Madrid, con otros religiosos que le acompañaron, al decidirse al cabo de tres años de exploración buscando el sitio en que había de edificarse el histórico Monasterio, se determinaron al fin por el llamado *de la escoria*, al pie de Guadarrama, denominado así a causa de la inmediata Herrería, nombre con que hoy se conoce la parte de monte bajo que sirve de solaz a la colonia veraniega y es propiedad del Real Patrimonio.

La Herrería, que ya describió el P. Si-güenza (79), y que también menciona el Monarca fundador (80), era una dehesa poblada, dice el escritor jerónimo, «de diversas plantas y de mucho pasto y verdura», cuyas plantas no eran ni son otras que el *esculus*, árbol glandífero, cuyo fruto es la bellota, abundante en España y conocido con el nombre de *quejigo*, *carbajo* ò *carvallo*, y en castellano

antiguo, *mashoyo*, especies de robles parecidos a la encina, árbol característico del que se encuentra poblada la Herrería y todo su contorno, siendo éste y no otro el verdadero origen de El Escorial, si ha de darse crédito—y hay motivos para dárselo—al doctísimo Padre Fr. Martín Sarmiento (81), uno de los más ilustres escritores del siglo XVII y sabio benedictino (82).

Además, conviene saber a los que pretendan seguir creyendo en la etimología de El Escorial—de cuya voz nadie se hubiere acordado de no haber fundado Felipe II el Real Monasterio y Palacio de S. Lorenzo en el lugar y sitio que así se llamaba—, que tampoco tiene aplicación en este caso, fijándose en el nombre de Herrería, porque ésta, antiguamente también se llamó *La Herren*, nombre que equivale en castellano actual a prado o tierra donde se pueda sembrar (83), todo lo cual conviene con la vegetación de aquel contorno.

Pues en esta comarca, término que fué de la ciudad de Segovia con los demás heredamientos, apeos, prados y otras posesiones,

según Regia declaración en el repetido documento (84), quedó emplazado el Monasterio de S. Lorenzo el Real de la Victoria, del que se colocó la primera piedra el 23 de abril de 1563, día en que la Iglesia reza de S. Jorge, y cuyas obras quedaron terminadas el 13 de septiembre de 1584.

¡Catorce años más tarde, al apuntar la aurora de aquel día, extinguió sus fulgores la más grande Monarquía que al mundo iluminó con sus destellos en un período de cuarenta años!

Discordes y desorientados han andado y todavía caminan los autores acerca del móvil el motivo, o la idea que influyó en el ánimo del Rey Felipe para la fundación de la severa y majestuosa maravilla que se asienta en la falta de los Montes Carpetanos.

Porque cuantas suposiciones han hecho o han querido hacer los historiadores sobre existencia de un voto, expiación de culpas impuestas por el Pontífice en satisfacción de remordimientos por los atropellos y herejías cometidos por las tropas en S. Quintín ante la destrucción de cierto convento de S. Lo-

renzo (85), acendrada devoción del Rey por este mártir español, que, nacido en Huesca murió abrasado en unas parrillas, por persecución de Valeriano, el día 10 de agosto del año 285 de la era de Cristo, con cuya fecha coincidió la memorable Batalla; simpatías por la orden Hieronimiana, que dió hospitalidad a su egregio progenitor, afirmaciones todas que se han tenido por verídicas (86), quedan rebatidas y expresamente puestas en claro con sólo leer la *Carta de Fundación y Dotación del Monasterio*, tan rápidamente mencionada, de la cual se desprende que expiación o voto, agradecimiento al Todopoderoso, o satisfacción de ultrajes cometidos, la fundación filipense pone de relieve una fe acrisolada, una piedad sin límites y la posesión de un santo temor de Dios, del que el hijo de Carlos V dió evidentes pruebas a toda hora, incluso en los últimos momentos de su vida, estando manifiestas y expresadas en tan notable documento (87) todas las circunstancias a la vez, entre ellas la de la devoción a S. Lorenzo.

Difícil es escudriñar las causas de la devoción que Felipe tuviera al Santo mártir. Ar-

canos son estos del sentir espiritual imposibles de penetrar y comprender; pero aun dando por supuesto, como algunos han pretendido y pretenden, que tal devoción no existiera, la victoria en la guerra es don de Dios, y nada de extraño tiene que aquel Rey de España, piadoso y creyente, al conocer el triunfo de sus tropas, se encomendase al Santo del día, ofreciéndole aquel hecho de armas. Y que al llegar a S. Quintín en medio de la embriaguez de la victoria, a la vista de los cadáveres, ante el estruendo del cañón, la gritería de los combatientes, las ruinas de la plaza y los desastres de la guerra, levantase los ojos al cielo en acción de gracias y con espíritu de fe acendrada, estimulado por las arraigadas creencias de su catolicismo, concibiese la idea de perpetuar la memoria de tan señalado triunfo con un Templo, donde de día y de noche se rindiesen alabanzas al Dios de los Ejércitos, que de tan señalada manera había coronado su primera campaña como Rey por mediación de aquel Santo, en cuyo día se dió la batalla decisiva que procedió al asalto.

Resuelto el agosto iniciador a poner en práctica la idea que en S. Quintín germina, recibió en Flandes, donde le detuvieron las luchas religiosas que tomaban alarmante aspecto, la triste nueva de la muerte del Emperador, acaecida en Yuste el 21 de septiembre del siguiente año. Aquel desgraciado suceso da mayor amplitud y vida a su proyecto, y cumpliendo la voluntad suprema de su egregio padre, unió a su idea la de erigir con el Templo un mausoleo digno de los venerandos restos del más grande Monarca de aquel siglo (88).

Tan pronto como los grandes asuntos de Estado se lo consintieron, abandonó el Rey Felipe los Países Bajos, dejando por gobernadores de los mismos a su hermana, la Duquesa de Parma; y regresando a España con la presteza y decisión de su enérgico carácter, dió órdenes precisas para buscar emplazamiento.

Tres años, según se ha dicho, tardóse en la elección de sitio, que el propio Rey fué varias veces a reconocer, midiendo el pro y el contra para la realización de su proyecto

en el lugar elegido; y decidido a ello, encomendó la traza al insigne arquitecto, ya notable en su tiempo, Juan Bautista de Toledo, cuyo talento era fama y del que había noticias en la Corte (89), decidiendo que fuese el Monasterio residencia de monjes jerónimos en agradecimiento a los de Yuste (90).

Pequeña y miserable por entonces la villa de El Escorial, según dice cual testigo ocular Fr. Juan de S. Jerónimo (91), y de cuyo pueblo no tenían noticias los escribanos y alguaciles de Segovia, como asegura el P. Sigüenza (92), el Monasterio vino a dar nombre a la comarca que por orden expresa del Monarca había de llamarse en adelante Real Sitio de S. Lorenzo (93). A la sombra del vasto monumento se formó durante los trabajos de edificación su vecindario, que más tarde, en los sucesivos reinados de los Austrias y Borbones, progresó grandemente, llegando a su apogeo en los tiempos del Rey Carlos III.

Emancipado en lo civil y lo eclesiástico de la villa de El Escorial a principios del siglo XIX, en que quedó instalado el servicio parroquial (1806), constituye en nuestros días

una populosa residencia con medios de vida propios—a pesar del desacierto de un Gobierno, conservador por cierto, de suprimir un centro de importancia (94), muy frecuentada en el estío por numerosas familias de la Corte, siendo centro de atracción de eterna fama por viajeros y turistas, que constantemente acuden a admirar el majestuoso Monasterio y las maravillas de Arte que atesora.

Se ha dicho de manera contundente (95) que el edificio está mal emplazado porque se encuentra orientado con arreglo a liturgia y ésta se hallaba en desuso en la época, como lo estaba, en efecto, aunque los cánones nunca variaron: de opinión.

En primer lugar hay que dejar sentado que, conocedor Juan Bautista de Toledo de los fuertes vientos reinantes en el Sitio y para evitar que azotasen de frente las fachadas, así como para colocar al Mediodía las celdas del Cenobio, dispuso la orientación del edificio con algo más de un grado hacia el Oriente (96).

En segundo lugar, y aunque este detalle de importancia no se hubiese tenido en cuen-

ta, a pesar de lo meditada que fué la elección de sitio por el Rey y sus vasallos, siendo Felipe II fiel observador de los preceptos y cánones de la Iglesia (97) y su liturgia, es lo seguro que quisiera seguir la tradición ya rota por las corrientes reformadoras de la época.

No fué, por tanto, caprichosa la disposición en planta que proyectó Toledo, con arreglo a la cual se comenzaron las obras, en las que Fr. Antonio Villacastín, que había dado pruebas de su pericia en el arte de construir al edificar la habitación en Yuste a Carlos V, servía de ayudante como obrero mayor; ejercía de maestro de cantería Pedro de Tolosa; Giussepe Flecha, italiano, era el aparejador de carpintería, y Juan Paz vino de sobrestante o pagador. Realizábase todo con actividad inusitada, gracias a la multitud de operarios y buena dirección de los maestros, cuando la obra estuvo a punto de suspenderse apenas preparada a fines de 1562. El Rey Prudente se encontró tan escaso de dineros que paralizó de repente los trabajos, y gracias a un recurso ideado por el contador del

Rey, Andrés Almaguer, hombre despierto y avisado, *que dió noticia a S. M. de cierto arbitrio, del cual se sacaron dineros para proseguir la obra de este Monasterio, los cuales duraron hasta que S. M. señaló el dinero que se había de gastar, pudieron continuarse sin interrupción* (98).

En este momento aparece en la Historia del edificio Juan de Herrera, a quien el Rey, para dar impulso a las obras o preveyendo lo que ocurrir pudiera, envió al lado de Juan Bautista de Toledo, con el sueldo de cien ducados anuales, a guisa de entretenimiento (99).

¿Cuál fué la causa de esta intervención del nuevo arquitecto, que fué luego lustre y prez de la Arquitectura española y a quien la fama pregona como autor del Monumento Escorialense?

Ni el P. Sigüenza en su *Historia* mencionada de la Orden, ni Fr. Juan de S. Jerónimo, ni tampoco el P. Villacastín en sus *Memorias*, ni menos cuantos han escrito acerca de El Escorial, han hecho manifestación alguna que aclare el silencio en que permane-

cen los motivos o causas por las cuales Toledo abandonó la obra comenzada.

El hecho comentado ocurrió en 1563, a poco de colocarse la primera piedra y echados que fueron los cimientos. Cuatro años después, fallecía el insigne arquitecto. ¿Sería por motivos de salud ya quebrantada su retirada de las obras? ¿Despidióle el Rey por diferencias de criterio? ¿Molestaría al eximio autor de aquellos planos trazados con arreglo a las indicaciones de Felipe II el que el Rey, variando de parecer, tratase de ampliar el edificio y, consultado con otros arquitectos, se resolviera en favor de la solución práctica de Villacastín?

Las causas permanecen en el misterio, siendo extraño que cronistas como los Padres jerónimos, que tan de cerca siguieron la marcha de las obras, no anotasen tan importante detalle, cuando dejaron consignados otros tan nimios e insignificantes. Pero sea de ello lo que quiera, es lo cierto y positivo, que con la intervención de Juan Herrera comienza una nueva época para las fábricas escorialenses que prosiguieron con toda rapidez, estable-

ciendo los destajos y la obra de piedra en las canteras, métodos que produjeron algaradas y motines, pero que fueron resueltos acertada y prudentemente por el Rey, secundando el perspicaz talento y claro ingenio del arquitecto Herrera (100). Porque si grande fué la influencia de la edificación del Monasterio en el campo de las Artes, no lo fué menos para el de la Sociología, dando margen a organizaciones obreras (101) y origen a las leyes sociales del Contrato del trabajo, establecidas con verdadero criterio cristiano y espíritu humanitario, a pesar del carácter déspota, inhumano y cruel que han atribuído al segundo de los Felipes sus constantes enemigos; opiniones ya por fortuna desvirtuadas y desmentidas por panegiristas muy dignos de elogio.

Hoy, que un empacho de cuestiones sociales nos invade, las «Instrucciones» del Rey Prudente en la fábrica y obra de S. Lorenzo el Real, podrían servir de norma para evitar más de cuatro de las contiendas que se suscitan por la intransigencia de los patronos, la ignorancia de los obreros y el desconoci-

miento casi siempre que han tenido los Gobiernos (102). Pues conviene saber que en la magna obra de S. Lorenzo el Real, no faltaron las Instrucciones y advertencias necesarias, porque siendo como era norma invariable del Rey Felipe darlas siempre que acometía la ejecución de algún negocio, no habían de faltar en la grandiosa empresa que señaló su reinado.

Con ellas a la vista se viene en conocimiento del poco coste del Monasterio, a pesar de la impugnación hecha por algunos historiadores a la erección de la sublime fábrica, y además de que tan colosal empresa se ejecutase en la más completa de las armonías, a pesar de los miles de laborantes de tan diversas artes y oficios. Alguna instrucción existe (103) extensa y comprensiva de todas ellas, que puede citarse como Código de previsión y estudio para la organización del trabajo, que llevaron a cabo el arquitecto Herrera y un lego, el nunca bastante ponderado Villacastín, de manera perfecta y acabada (104).

Mas continuemos con el Monasterio.

Corría el año 1774 y hallábanse las fábricas adelantadas con arreglo a los planos de Toledo, ya modificados por Herrera (105), pero de la Iglesia apenas si estaban enrasados los cimientos. Quiso el Rey que además de que fuese el Templo la parte más amplia y majestuosa del edificio—y lo trazado no estaba conforme con su idea culminante—, se levantara la Iglesia bajo un plan completamente nuevo en su forma, por lo cual no le satisfizo el diseño que a su tiempo proyectó Juan de Toledo. Así, pues, llamó a concurso a los más notables arquitectos de la época, que esforzaron seguramente su competencia, ambiciosos de tomar parte en aquel Monasterio, gloria del siglo XVI.

Nada dicen los historiadores jerónimos, ni los documentos existentes en la Biblioteca del Real Monasterio dan luces de quiénes pudieran acudir al llamamiento del Rey Felipe. Es de suponer que Jacobo de la Porta y Dominico Fontana, con algunos otros que por entonces tenían bien sentada su fama en la Ciudad Eterna, contribuyesen, en unión de Pacciotto d'Urbino (106) a los deseos del Mo-

marca español, siendo elegido el proyecto de Pacciotto, que tuvo que reformar Herrera, convirtiendo en cuadrados los ábsides circulares, no sólo porque *no sentía las curvas*, dado su estilo y arquitectura, sino porque hubieran roto la unidad del conjunto que se admira en todo el edificio, y además hubieran alterado el plan del fundador (107).

Comenzaron los trabajos con actividad inusitada, y a principios del año 1578 presentaba El Escorial magnífico y sorprendente aspecto. Al decir de sus cronistas, el Monasterio erguía majestuoso y sublime ante el agreste panorama; en su derredor bullían a todas horas miles de operarios de todos los oficios empleados en su construcción; España entera y todos los dominios españoles rindieron su trabajo a la excepcional empresa filipense, y por si esto no fuera bastante, artistas de gran fama y artífices notables producían las obras que habían de admirar al Mundo y a la posteridad, y todos los Conventos de monjas se ocupaban en coser y bordar las ropas y ornamentos para el culto.

Y en medio de graves ocupaciones y fati-

gas—por entonces (1580) ocurrieron los graves sucesos de Portugal a raíz de la muerte del Cardenal D. Enrique, Monarca lusitano; el Rey en Badajoz estuvo a la muerte, que llevó al sepulcro a la Reina Doña Aña—, Felipe II no se olvidaba de su Monasterio.

El Prior, que a la sazón lo era Fr. Julián de Tricio, y Juan de Herrera, dábanle cuenta detallada de los adelantos de la fábrica, de la cual se cuidaba Villacastín con imponderable esmero, viéndose terminada felizmente el 13 de septiembre de 1584, en que se sentó el postrer sillar del edificio, o séase a los veintidós años y cinco meses de comenzada la edificación, según reza un curioso documento de Fr. Antonio Villacastín (108).

Inauguróse el Templo el día 9 de agosto de 1586, y se hizo la consagración el día 30 del propio mes de 1595, después de ultimadas todas las obras casi en sus detalles, instalada la Biblioteca, construídas las dos Casas de Oficios anejas al Monasterio (109) y llevados al Panteón los restos (110) de diez y seis cuerpos reales que, depositados provisionalmente también, existían en otro lugar del Monasterio.

Se ha dicho y sostenido que la obra de Felipe II, obra fría y sin vida, desnuda de la expresión y ornato que hablan a un tiempo al alma y a los sentidos y a la cual dió forma Juan de Herrera, no vale la pena de ser visitada como Monumento de Arte, calificándola de modelo de mal gusto, perteneciente a una época de decadencia que nada tiene de original ni de nueva, sin tener en cuenta, ni recordar, que franceses e italianos, andando el tiempo, se empeñaron en sumir para sí la gloria de la traza de tan excelsa maravilla.

Algo tendrá El Escorial para que tal sucediese. Crítico de Arte ha habido (M. H. Le Bas)—a quien D. Juan Agustín Ceá Bermúdez contestó debidamente en su carta de 30 de septiembre de 1819 (111) — que ha supuesto, de acuerdo con Milizia, que Galaezo Alesi, Palladio, Vignola, Vicencio Dante, Tibaldi y Luis Fox, arquitecto parisién, habían intervenido en la traza de la obra que sólo pertenece a Juan Bautista de Toledo y a su discípulo Juan de Herrera; y es corriente entre personas de cultura artística, eminentes

literatos y escritores, sostener que la Basílica escurialense dista mucho del espíritu cristiano que engendró aquella arquitectura peculiar y propia, porque inspirada en las líneas y formas de los templos que sirvieron para el culto de Júpiter y Venus, no podía ser apropiada al Templo del verdadero Dios, y despreciándola por completo, porque no ostenta ojivas ni botareles, aseguran que sus formas arquitectónicas son opuestas y contrarias a lo que exige y demanda la doctrina del Evangelio.

¿Qué tiene de notable ésta que llaman *Octava maravilla*, que tan sólo presenta un promontorio colosal de metros cúbicos de cien-ciento granito, cuyo exceso de resistencia es aplastante?

Todo el Arte, toda la fantasía, todo el ingenio de composición, son rectas horizontales y verticales, arcos y bóvedas semicirculares. Cúpula semiesférica, pechinas y cimborrio que remata en lo más alto de crucero. Repetición constante de los mismos elementos forman el conjunto. Visto un pilar, vistos todos.

Cuestión de tiempo y jornales de cantero

y albañil, rutina en el trabajo, falta de imaginación en la idea. ¿Qué asombro se presenta en la obra de Toledo y Herrera, después de lo hecho por Miguel Angel en San Pedro de Roma?

Y en cuanto al exterior, la monotonía es completa, tan sólo interrumpida por algún elemento de mal gusto.

Así hablan sus detractores, que no son pocos, y contra tal manera de pensar existen bastantes entusiastas para quienes cuanto el Arte ha producido, es El Escorial la obra más acabada, monumental y perfecta.

Calumniado por unos y adulado por otros, no bien juzgado ni defendido su carácter y sus condiciones por la mayoría de los que han escrito y escriben de Arquitectura, no se han tenido en cuenta que son muchos los factores que entran en la composición de las obras de Arte, y que todos ellos influyen con sus valores en la formación del conjunto.

El Monasterio de S. Lorenzo el Real de El Escorial requiere más consideración y más detenido estudio del que se hace en una mera visita juzgando por la impresión del momen-

to, y no admite comparación con los monumentos románticos ni medioevales pertenecientes a otros orígenes, a otros tiempos, a otras condiciones y circunstancias de ejecución, muy distintas por todos los estilos a las en que fué erigido y edificado el Monasterio escurialense.

Es querer comparar una historia con una crónica, o un poema encantador y sublime con un discurso dogmático y académico. ¿Fué lo mismo la grandeza de Jaime I que la del Rey fundador de El Escorial?

Así, pues, criticar El Escorial sin más que contemplar la rigidez de sus líneas y la severidad de sus formas, en su mole considerable—que da de sí para dos o tres de los templos ojivales—; despreciar sus muros y sus pilares lisos porque no presentan la esbeltez y la flora característicos de los siglos medios, es desconocer el carácter y la fisonomía propias que los monumentos todos deben de tener, de acuerdo con las ideas, con las edades y etapas de la Humanidad, que tan ligada ha caminado y caminará siempre con la Arquitectura.

Las obras de Arte en general, y muy especialmente las de la Arquitectura, y si ésta pertenece al género monumental más todavía, se deben tanto o más que al genio e inspiración de sus autores en la inmensa mayoría de los casos, casi siempre al ambiente en que germinan y se desenvuelven, tanto físico como político y social; por algo se ha dicho siempre que la Arquitectura es la más humana de las Bellas Artes.

Para juzgar, pues, de una obra de esta naturaleza, es preciso hacerlo en presencia de todas las circunstancias que la rodean y con todos los antecedentes de su origen, puesto que la belleza ha sido y será siempre relativa y concreta para el hombre, que no puede apreciar su carácter abstracto fuera del caso de la belleza infinita.

El Escorial es lo que es. Verdadera encarnación del espíritu fuerte y profundamente religioso del Monarca, su magnificencia es un hecho, como es símbolo de los esplendores de un siglo de Santos y de héroes. Y contra el apasionamiento de los que siguen a César Cantú y a Justi, al juzgar la grandiosa mani-

festación herreriana, puede oponerse el razonamiento que toda forma arquitectónica es buena si se adapta a su tiempo y a su época.

Cuando los cristianos empezaron a edificar sus templos públicos, adoptaron con poca diferencia las formas de las que entonces existían. Algunos pasaron del culto gentilico al del único Dios de los cristianos. Soberbios y magníficos fueron los templos de la antigüedad, y en nada les cedieron los ojivales levantados en los siglos medios.

A mediados del siglo XVI, y cuando daba principio El Escorial, se terminaba la gran Basílica de S. Pedro de Roma. El Renacimiento comenzaba a sacudir las hojarescas platerescas que le sirvieron de cuna, y el Arte, resurgido de las cenizas del Capitolio, se reproducía en soberbias construcciones que iniciaron el camino tan gloriosamente recorrido por los ilustres émulos de Miguel Angel.

Felipe II, apasionado de la Arquitectura romana, en los tiempos en que Bramante y San Gallo colocaron la piedra primera de la Gran Basílica pontificia, encontró en Toledo y Herrera los genios capaces de comprender

y llevar a la práctica su grandioso proyecto; y como las construcciones del Arte antiguo representaban entonces la última palabra del progreso arquitectónico, nada tiene de extraño que, educado Juan Bautista de Toledo en Italia y al lado de Buonarrotti en los principios de las grandes masas, y Juan de Herrera trabajando trece años al lado de Toledo en la escuela de a *mayor masa menos accidentes*, sintieran la influencia del estilo que predomina en El Escorial.

El artista, y sobre todo el arquitecto, se debe a los tiempos en que vive a la razón que impera en ellos: a las doctrinas y ciencias de su siglo; pero, además, el arquitecto, se halla ligado de una manera fuerte a la voluntad del señor a quien sirve, a su gusto, deseos y carácter; y como Felipe II concibió construir El Escorial por sí solo y para sí —que no era su pensamiento el de erigir una Iglesia, sino también un Monasterio, una Biblioteca única en el mundo, el Panteón de los Reyes y los aposentos reales—, y todo ello sin limosnas, sin tributos al Orbe cristiano y sin aprovechamientos ni despojos de

otros edificios; hombre ilustrado, docto en las Bellas Artes, conocedor de la filosofía, sabio en política y tan sutil diplomático como reservado y prudente, dijo solemnemente, conociendo el alcance y la amplitud de la palabra *Basilica* (112): «Yo haré la casa del Señor y la mía juntas en un mismo edificio; la primera, con su claustro y celda para los monjes que sirvan al coro y los altares; la segunda, con alojamiento modesto para mí y para mi servidumbre, y haré todo esto, según mi voluntad, con mis propios recursos, acabando las obras en breve plazo para venir a ocupar los aposentos y rezar en el coro de su Iglesia con los monjes, no dejando la construcción empezada para que otros la terminen y vengan a confundir su nombre con el mío, que debe ser el único que resuene en las bóvedas y ámbitos de tan soberbio monumento, levantado en acción de gracias al Todopoderoso por la victoria alcanzada el día de S. Lorenzo en la Batalla de S. Quintín, perpetuando así la memoria de este hecho glorioso de las armas españolas».

Y él se dió su programa, lo meditó bien,

y El Escorial fué para Felipe II la ocupación, el pasatiempo, sus diversiones y placeres; compartiendo su vida entre la fábrica y las atenciones de Gobierno.

El Escorial es lo que es. Es la personificación de un Rey a quien nadie osaba contradecir en sus opiniones. Acostumbrado a mandar y a ser obedecido, a imponer su voluntad dentro y fuera de España, que vencía con su astucia, su diplomacia y sus ejércitos todo enemigo y toda dificultad.

Por eso encontró en Juan Herrera al hombre que necesitaba. Servidor desde muy joven como soldado y a las órdenes de Carlos I en la pequeña Corte que el Emperador reunió en Yuste, cuando murió éste, encontróse Herrera en Valladolid, el 8 de septiembre de 1559, al regresar de Flandes Felipe II, y allí trazó y dispuso los arcos de triunfo y los ornatos con que la ciudad recibió al Rey cuando, acordada y ya en marcha la construcción del Monasterio, fué nombrado a los treinta y tres años, ayudante de Juan Bautista de Toledo.

Militar y arquitecto, Herrera era ante todo

un siervo del Monarca—como entonces lo eran todos los españoles—, y particularmente los que andaban tan cerca de su poder y de su Corte. Era, pues, el arquitecto un criado del Rey—quizá por ello y con carácter más independiente abandonara Toledo el cargo—, y solícito a los deseos del señor, se acomodó a recibir los distintos dibujos que para la reforma del Templo pidiera Felipe a Italia, sufrió de buen grado las discusiones, consultas e ingerencias del lego Villacastín (113); admitió la traza de la escalera principal de *El Bergamasco*, y obediente en todo a las órdenes terminantes de su Monarca, llegaron por lo mismo a compenetrarse, reflejando ambos su común sentir en el Monasterio de S. Lorenzo el Real de El Escorial.

Mas esto no es razón para rebajar la fama de Juan de Herrera, como se ha pretendido, llamándole *Hombre de cartabón y de plomada*, por inteligencia tan preclara como la del insigne Menéndez y Pelayo, una de las mentalidades españolas de nuestro siglo, siendo

ésta, que alguien calificó de gráfica frase (114), una equivocación del insigne polígrafo, que en materia de Arte no tuvo nunca criterio que pueda considerarse autoridad.

Juan de Herrera no pudo más ni debió hacer más en S. Lorenzo de El Escorial; tuvo que someterse a la necesidad de la época, desterrando todo elemento del Arte gótico, que no sentía, y eligió un estilo apropiado a cada uno de los casos, dando majestuosa severidad al Templo, conjunto de sencillez austera a las fachadas, e impuso sobre las fábricas la esfera con la cruz, símbolo de cristianismo, como protesta al estilo pagano que adoptó y como indicación de que el cristianismo estaba por encima de la forma artística y de cuanto allí legó para fama del Arte y de la Historia, que fué su personalidad y su escuela, como lo acreditan más tarde Francisco Mora y Juan Gómez de Mora, su sobrino, que sobresalieron entre cuantos en España propagaron la manera de hacer y de sentir del arquitecto de Felipe II, que se identificó con su Rey.

Por esta razón el Monasterio de S. Loren-

Joy fui la Desead De Monf' le
pne's Table Aucaq tout la noblesse
de france



MERIDIES

VIC



zo es Felipe II y reflejo fiel de su carácter, de una época, de una personalidad que duró tan sólo lo que tuvo que durar aquélla.

Pero pretender que El Escorial hubiera sido ojival o plateresco resultaría anacrónico en extremo. En aquellos días de recuerdos clásicos, enemigos de aquel romanticismo en que a las danzas, músicas y torneos sucedieron los autos de fe en la pública plaza, no había otro remedio que amoldarse al ambiente que se respiraba, a la voluntad del señor, a la Arquitectura reinante en el último tercio del siglo XVI.

Bien está reconocer prioridad y bellezas en otros estilos y época de Arquitectura; pero negar a El Escorial y a Juan de Herrera la admiración y respeto, desdeñando su obra por el estilo adoptado, pertenece a un género de exclusivismo tan condenable como el que tuvieron los admiradores apasionados de una escuela mutilando y restaurando por su parte las obras de los siglos anteriores.

Juan de Herrera cumplió como bueno, armonizando su época con el lugar en que se levanta el edificio y con los materiales que

debían emplearse—el granito deleznable de las próximas canteras que no se presta a tallas ni calados—. Fué fiel a su criterio, puesto que *no entendía otra Arquitectura* (115), y contribuyó a engrandecer una orden de composición, un género personal de Arquitectura que se ha denominado por todos *Herreriana*.

El Escorial es lo que es. Su primera impresión es de grandeza. A medida que se observa y se examina aparece la obra acabada y magnífica donde la sencillez compite con la severidad de formas, y dondequiera que la vista se detenga se encuentra la majestad de lo grandioso, llegando a la impresión de lo sublime, supuesto que es la idea lo que avasalla a la forma, carácter esencial de la sublimidad, como es sublime Miguel Angel en su *Moisés*, figura emblemática del enviado de Dios para regir al pueblo hebreo, y cuya idea, como en El Escorial, está resuelta por la Magnitud, lo mismo que acontece con el *Parsifal* de Wágner y todas las manifestaciones de lo Sublime.

En todo el edificio, en lo principal como en lo accesorio, en las partes grandes como

en las pequeñas, apréciase el mismo carácter, manifiéstase desde luego la unidad de estilo, y toda la composición escurialense produce la impresión moral de su Rey fundador. Exacto ejemplar de lo que puede la voluntad humana.

El Escorial es la más genuina imagen del carácter y modo de ser de Felipe II (116), y hay que confesar contra, la opinión de Justi y otros escritores, que entre todas las obras que planteó el Rey Prudente—algunas de tan vasta concepción como poco conocidas—, *su Monasterio*, como en la décimosexta centuria se decía, siempre inspirará reverencia y admiración a cuantos serenamente, friamente, contemplan la grandeza del hijo de Carlos V.

Y espectáculo interesante y singular. Mientras en España se construía tan santuoso Templo, en Francia, en Alemania y en los Países Bajos se despojaban y destruían muchos edificios religiosos, verdaderas joyas del Arte.

Quizá pensase Felipe II en esta idea y redoblase su entusiasmo por verla terminada con ánimo de aparecer reparador de los ul-

trajes que recibiera el catolicismo en la empuñada lucha religiosa, por la cual contendían las naciones.

La fama de la construcción de El Escorial era notoria, no sólo bajo el aspecto religioso, sino para el exclusivamente artístico; porque a la obra de S. Lorenzo el Real que levantó la memorable Batalla de S. Quintín acudieron, llamados por el Rey, de dentro y fuera de España, los más preciados artistas, los más esclarecidos genios de aquel tiempo, que habían de dejar el sello imperecedero de su fama en aquella sorprendente maravilla, tesoro inapreciable de las Artes, que florecieron en España durante tan señalada centuria.



VI

Las Artes en España como consecuencia del suceso histórico de S. Quintín

No siempre los efectos de la guerra han de ser horrores y desastres, y aun cuando éstos se notasen y aquélla dejase su sangriento rastro en la nación francesa y los campos de S. Quintín, para España, el glorioso hecho de armas que dió origen a la fundación escurialense, que se eleva sublime como emblema del poderío de Felipe II, contribuyó a la consolidación de la fe católica y al progreso y esplendor del Arte en todas sus múltiples manifestaciones (117).

Es un hecho sabido evidentemente, com-

pletamente demostrado, que el siglo XVI estaba elegido por la mano invisible del Todopoderoso, y por mediación de Europa, para realizar el progreso humano y difundir la gloria de Dios civilizando al mundo.

Ya desde los tiempos de los Reyes Católicos veníase preparando para conseguirlo. Los triunfos y victorias sobre la morisma tras titánica lucha de siete centurias, en la que el estandarte agareno y la media luna fueron humillados por el León de España y los Pendones de Castilla. Los grandes exploradores: Colón, Vasco de Gama, Magallanes, Elcano, Legazpi y Urdaneta, que surcan los mares, y cruzando el Estrecho dan vuelta a la Tierra, dejando tras de sí la estela de la civilización cristiana. Y la Europa del siglo XVI llena de prolífica vida, realiza la gran obra del progreso, transmitiendo al mundo en todas direcciones y en alas de la Imprenta o por los hijos de Cristo su saber y poderío, el esplendor de sus Artes y los beneficios de la Religión.

En esta obra gigantesca, a España corresponde entonar el himno del triunfo con más

derecho que a ninguna otra nación, y hoy, que merced a Gracias Providenciales, se vió libre de la mundial contienda y puede enseñorearse de la Divina prerrogativa, despreciando a los que un día la compadecieron al verla pobre y deshonrada por el pandillaje y la impiedad y devoraron los restos de su antiguo poderío; hay que concederla y no puede negársela que entonces, como ahora, hizo por la Humanidad lo que no hizo nación alguna; que fué Señora del mundo y el cetro de ambos hemisferios, la victoria en todas las luchas y la palma de todos los certámenes de la inteligencia, siendo el brazo de Dios, que realizó como ningún otro pueblo el plan Divino en la Tierra, por medio de sus guerreros, de sus artistas, de sus sabios, de sus Réyes y de sus Santos.

Y es lo cierto que toda la rebeldía y confusión que trajo consigo la pseudo Reforma en el concierto de las Naciones, destrozando Institutos religiosos, provocando guerras y causando los males sin cuento que produjeron el luto en toda la Cristiandad, sólo tuvo el auxilio del Cielo; nuestra España, la de

los castellanos Tercios, en la que nobles y esforzados capitanes que se llamaron Duque de Alba, Juan de Austria, Alejandro Farnesio y Alvaro de Bazán, tenían por Rey a Felipe II, que venció en S. Quintín y Gravelinas, en Amberes, Portugal y las Azores, dejando como arco triunfal de aquella España guerrera y creyente, en el que puede sintetizarse el poder real, la cultura patria y el Arte histórico de toda una centuria, el grandioso Monasterio, monumental mansión a la que el vulgo llama con razón sobrada «La Octava Maravilla del mundo».

Cuantos acusan y han acusado a Felipe II como enemigo del pensamiento, siguiendo las huellas de Gachard y otros historiadores, vayan a la maravilla escurialense, donde viven, para reproche y enseñanza de generaciones futuras, modelos permanentes de las Bellas Artes plásticas y suntuarias de aquel dorado siglo, y bajo cuyas amplias bóvedas residen juntas, como pocas veces lo han visto las centurias, las obras maestras del Arte y del Genio, cual Catálogo gloriosísimo puesto al servicio de un Rey que quiso perpetuar la causa de

España, y su eterna gratitud a Dios por las victorias sin cuento que le concediera; visiten aquella Biblioteca y el Archivo, ricos cual no hay otros en Europa en preciosos y artísticos documentos (118), que han servido y no poco para ir desentrañando la historia auténtica de la cultura patria, falseada durante más de tres centurias por la envidia, la ignorancia, el apasionamiento o el fanatismo, y digan luego si aquel Mecenas del siglo XVI pudo ser enemigo de las Artes ni de las Ciencias.

Ya, por fortuna, y lo que hace no muchos años se hubiera calificado de absurda idea de presentar a Felipe II como entusiasta protector de la cultura de su siglo y muy particularmente de las Artes, puede hoy defenderse a voz en cuello, gracias a meritísimos y eruditos trabajos de escritores, que dadas sus ideas protestantes, avanzadas y racionalistas; todos ellos extranjeros y con juicio de mayor excepción, por tanto, se han ocupado de esta materia, si bien dejando en la sombra la personalidad augusta de Felipe proyectada por sectarias ocupaciones, por lo cual preciso es recurrir a los autores de casa, con

objeto de presentar al segundo de los Austrias desde su verdadero punto de vista (119); no obstante declararlo entre los de fuera, como indiscutible protector y aficionado a las Artes, el mencionado Justi (120), de manera que no deja lugar a dudas, según afirma y aplaude sin reservas el erudito Fernández Montaña, cuyos trabajos y datos copiosísimos tan abundante luz han proporcionado a los estudios filipenses (121).

El más grandioso de todos los Templos que el Rey Felipe II levantara lo han ponderado, también sin excepción de las ideas, aunque con criterios opuestos, todos sus biógrafos e historiadores, tanto antiguos como modernos, y es cosa cierta que en El Escorial, en noble liza y emulación brillante, dejaron impresas las huellas de su genio aquella pléyade de artistas, cuyos preclaros nombres han transmitido a los siglos venideros tantas y tan legítimas glorias para la historia del Arte en nuestra patria (122).

Y nada de extraño tiene que así fuera.

Las guerras de Carlos V habían colocado a los literatos y artistas españoles en relaciones

íntimas y frecuente trato con los ingenios que brillaban en la culta Italia. El gusto, la tendencia cultural y la espiritualidad de la literatura italiana, habían despertado la afición entre los españoles al estudio y cultivo de las Artes plásticas y liberales, y aquellas obras obras que dieron fama a Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Rafael, Tiziano y el Corregio, y los estudios y talleres de tan excelsos artistas, influyeron de manera notable y decisiva en la formación del gusto entre nuestros arquitectos, pintores y escultores, que enriquecieron sus conocimientos, y fomentando su gusto y educación, dieron por resultado la creación de escuelas propias, que, comenzando por serlo de imitación acabaron por producir una potente originalidad.

Prueba patente de ello está en la Arquitectura.

Ya el *aticismo* de Villalpando, en la suntuosa y magnífica escalera del Alcázar toledano, dejó bien manifiesta su superioridad en el estudio y conocimiento de las contrapuestas escuelas que concurrieron al estilo plate-

resco, y entre las que descuella la que buscaba el efecto, no en la prodigalidad de labores, sino en la disposición de masas y acertada combinación del conjunto. Esto y su traducción de los libros de Arquitectura, de Sebastián Serlio, el preceptista más profundo del siglo XVI, dieron impulso a España a la implantación entre nosotros, mejorándolo, del estilo greco-romano, cuya gloria de restauración estaba reservada a Juan Bautista de Toledo, y más tarde a Juan de Herrera, quien en El Escorial, vistiendo a Vitruvio a la española, supo trocar aquella imitación de tal escuela en una original, apropiándola al culto, a los sentimientos y a las necesidades de la época.

La Arquitectura no quedó, por tanto, rezagada en el reinado de Felipe II. Los grandes monumentos de la restaurada Arquitectura estaban destinados para este período de la Historia; aunque, a través de El Escorial, el *Plateresco* en España continuase su labor llegando a los albores del *Churriguerismo*.

Prueba de ello y de lo exacto que resulta cuando dicho queda es que, a pesar de las

formas *herrerianas*, se continuaron a mediados del siglo XVI y los comienzos del XVII, en la escuela de Bramante, las Catedrales de Málaga, Granada y Jaén, y la fachada de San Esteban, en Salamanca, en estilo *Plateresco*, y en todas partes de la nación española, no sólo se terminaban edificios de la época de los Reyes Católicos y Carlos I, sino que se daba principio a otros. Francisco Villaverde construía, en 1568, la sacristía de León en estilo Dórico; Juan de Valencia, el templo madrileño de la Trinidad; Luis Gaspar de la Vega, trabajaba en el Alcázar hispalense, y Juan Alvarez, trazaba la escalera famosa del Convento de S. Vicente, de Plasencia.

Pero los tres momentos fundamentales que determinan el ciclo del Renacimiento clásico de la Arquitectura en España, y que no se suceden por turno cronológico, sino que se mezclan y pasan de uno a otro sin graduaciones acentuadas (123), el que pudiera denominarse segundo, que es en el que predomina el greco-romano, llena por completo toda la época de Felipe II, y el que tiene su representación típica, genuina y característi-

ca en el Monumento erigido para glorificar la victoria de S. Quintín, cuyos caracteres invariables son la supresión absoluta de todo ornato y la superposición de los órdenes de la Arquitectura, produciendo—juzgando ya estéticamente la obra de Herrera—cierta sequedad, que desaparece en otras partes del Monasterio, como son los sepulcros reales de la Capilla mayor, tal vez lo mejor en su género, en el retablo, y, sobre todo, en el Patio llamado de los Evangelistas, sin duda porque hay mayor libertad en la composición dentro de los principios de su escuela.

Estas huellas se dejaron sentir en las Casas Consistoriales de Toledo, en la Casa de los Guzmanes, de León; en el Arco de Santa María, en Burgos, y en otros varios edificios públicos y particulares, hasta que a mediados del siglo XVII vuelve el movimiento de líneas y la exuberancia del ornato, debido a las influencias italianas de Bernini y Borromino, particularmente del segundo, que se dejaron sentir en nuestra España traídas por el arquitecto Sebastián Herrera—que nada tiene que ver con el D. Juan—, de cuyo estilo pe-

culiar fué campeón infatigable el célebre y notable Churriguera.

No fueron sólo a sostener el prestigio del noble Arte de la Arquitectura en la época del vencedor en San Quintín los notables edificios que en su época se levantaron, ni tampoco los escritos y publicaciones con tal Arte relacionados, puesto que a la obra de Diego Sagredo, *Medidas del romano*, publicada en 1526; a la traducción de Sebastián Serlio, ya mencionada, agregó Francisco Lozano la suya de la *Arquitectura de León Alberti*; Juan de Arfe, en 1588, su tratado de *Varia Comensuración para la Escultura y Arquitectura*, y Patricio Caxesi vierte al castellano la *Regla de los cinco órdenes*, que Vignola publicara, sino que influyó grandemente, poderosamente, en el desarrollo de aquel sublime Arte la predilección de Felipe II por la Arquitectura, hacia la cual sentía afición verdadera (124).

Así se explica que con ser la obra de El Escorial tan extraordinaria y capaz de consumir toda una vida, no bastase a satisfacer los entusiasmos ni agotar la actividad del Rey

de la obra, inspeccionándolo todo y corrigiendo a veces los planos *Come un Vitruvio* (125), sino que, además, los Alcázares reales de Madrid, El Pardo y Aranjuez; el Convento de S. Felipe el Real (126), los de Santa Isabel y Loreto, y otros mil proyectos de aseo y ornato que contruyó para Madrid y otras poblaciones, justamente con las innumerables edificaciones religiosas, civiles y de beneficencia que se levantaban a sus expensas en el resto de España y en América, así como los baluartes y fortalezas que se construían en todos sus dominios, y cuya enumeración constituiría materia para un libro, embargaron su principal atención, sin desatender el despacho de los múltiples asuntos de Gobierno, que tanto interiores como exteriores teníanse a la sazón por ambos mundos.

Mas no sólo la Arquitectura tuvo su desarrollo característico en España como consecuencia de la edificación del Monasterio de El Escorial.

Simultáneamente con aquélla se desarrollaron, al amparo de la magna fundación del

hijo de Carlos V, las otras Bellas Artes que la sirvieron de complemento, y las Artes suntuarias o artístico-industriales que habían de suministrar los ricos y variados elementos para las necesidades y ornato del colosal y suntuoso monumento.

A la par que la Arquitectura, la Escultura en España, después de haber agotado los recursos de su rica fantasía en las primorosas y delicadas labores que son fama y orgullo de la última época ojival, incluso del período plateresco, abandona aquellas formas rígidas que tanto caracterizaron su espiritualismo y sigue con enérgica resolución la vitalidad y el realismo de Miguel Angel, traída a nuestra España por el cincel incomparable de Beruguete.

Por eso no fué la escultura policromada, que todavía predominaba en Castilla, la que se utilizó en el Templo escurialense.

La influencia italiana era demasiado avasalladora, y así tuvo que buscar Felipe—teniendo la suerte de encontrarlo, y eminentes por cierto—; escultores de aquella legítima estirpe que tanto contribuyó al adelantamiento

de la escultura entre nosotros después de bajar al sepulcro el famoso escultor castellano.

Felipe II tuvo para la Escultura, que florecía en Italia, el mismo respeto y miramiento que para su hermana la Arquitectura. Protegió a cuanto de notable se conocía en la época, repartiendo la obra escultórica por toda España con encargos de muy diversas condiciones; trayendo a El Escorial, por su real llamamiento, a los que habían de ejecutar en su presencia cuantas obras de aquel eximio Arte tenían que enriquecer la obra que dirigió Juan de Herrera.

Y así, Juan Bautista Monegro (?), discípulo de Berruguete (127), labró en estilo miguelangelesco las seis esculturas del Patio llamado de los Reyes, el S. Lorenzo de la fachada y los cuatro Evangelistas del patio de su nombre. Allí, León Leoni y su hijo Pompeyo, vaciaban en bronce las soberbias y majestuosas estatuas orantes del presbiterio y las figuras de los Evangelistas y Doctores que figuran en el retablo mayor, que corona el Crucificado, con la Virgen y S. Juan, en cuyos trabajos les ayudaron Vilmercado y Baltasar Maria-

no (128), trayendo el admirado Cristo de Benvenuto Cellini o Zelino que le regalara el Gran Duque de Toscana (129).

En cuanto a la Pintura, Felipe II, que como es sabido reveló desde sus mocedades excepcional aptitud para la ciencia matemática en sus aplicaciones con el bello arte de la Arquitectura, la cultivó cuando Príncipe, lo mismo que la Escultura, manejando diestramente la primera.

Sabidas son sus relaciones entrañables con el Tiziano y el aprecio que tuvo a varios artistas de los que su padre, el gran Emperador, fué entusiasta, como ocurrió con Antonio Moro, Coxie, el Rafael Flamenco y la célebre pintora Sofronisva Anguisciola, natural de Cremona, así como la protección que dispensó a los maestros españoles aventajados de su tiempo, como Gaspar Becerra, Sánchez Coello y Pantoja, con la milanesa Catalina Cantoni.

Nada de extraño tiene que ocupando sobremanera y por modo excepcional la atención del Monarca cuanto el ornato y atavío del Monasterio de El Escorial se refería, fuera

por entonces la Pintura materia de su principal preocupación, con tanto mayor motivo cuanto que en Italia, como en España, hallábase tan Bello Arte en un momento crítico de evolución, pendiente tan sólo de los impulsores que debían hacerle cambiar de rumbo.

Por esa causa se ve cumplidamente representada la Pintura española, que con más espíritu cristiano seguía por aquel entonces las huellas de tan excelso Arte, en aquella página monumental de nuestra historia.

Fallecido Gaspar Becerra en 1579, y de edad avanzada Sánchez Coello, que por entonces eran los que llevaban el cetro de la pintura nacional, interviene en la obra filipense Juan Fernández Navarrete, *el Mudo*, a quien el Rey llamó, por satisfacer a todos, por su arte con excelente reputación y ser discípulo de Tiziano, cumpliendo a maravilla su cometido en más de cuarenta cuadros que de todas dimensiones dejó en El Escorial, siendo notables entre todos ellos, los seis lienzos grandes del Claustro principal y el apostolado de la Iglesia, heredando el sobre-

nombre de «el Tiziano español» con que la fama le pregonaba.

Siguiendo a Navarrete vino Luis de Carbajal, que dejó en el Cenobio rasgos de su pincel en los Trípticos del primer ángulo del Claustro bajo, representando el *Nacimiento del Salvador* y la *Adoración de los Reyes*, y casi simultáneamente Miguel Barroso, que trabajó en el mencionado Claustro pintando la *Ascensión del Señor* y la *Venida del Espíritu Santo*.

Aunque quiso el Rey Felipe que la Pintura española dejase rastros de sus destellos, y no pudiendo venir Herrera, *el Viejo*, ni el Divino Morales, intervino *el Greco*, dejando algunos lienzos que no son los que dan fama al genial artista, cuyo temperamento no se avino seguramente con el carácter del Monumento ni el de su fundador, como lo acredita el que su cuadro, el *Martirio de S. Mauricio*, no se colocara en el altar correspondiente.

Más tarde, y cuando las obras de detalle en el Real Monasterio tocaban a su punto, Pantoja de la Cruz, pintor de cámara, nos deja de su mano peregrina, el soberbio re-

trato que se conserva en la Biblioteca y la magnífica copia del que el Tiziano hiciera del Emperador, su padre; así como otros lienzos de no pequeño valor que se conservan en el grandioso Cenobio laurentino (130).

Pero como la riqueza pictórica, según los deseos del laborioso Monarca, tenía que deslumbrar al mundo, y él mismo, como apasionado por el Arte, sobre todo por el clásico, y de detalle más que por el genial e independiente—por eso sin duda no apreció el valor de *el Greco*—, daba sus instrucciones para el arreglo y acomodo de los lienzos (131), demostrando con ellos sus conocimientos hubo necesidad de acudir a los maestros extranjeros más notables y escogidos, y desde Cincinatti, que ya trabajaba en España en el Alcázar madrileño, hasta Zuccaro y Rizi, pasando por Luqueto, Tibaldi, Carduchi y los hijos de *El Bergamasco*, Fabricio Castello y Nicolás Granelo, con Horacio Cambiaso, hijo de Luqueto y Lázaro Tavarón, todos dejaron rastro de su peregrino ingenio en los muros del Coro, la bóveda de la Biblioteca, los lienzos del Retablo mayor, las bóvedas de esta Ca-

pilla y del Coro, el Claustro bajo, la Sacristía y la Sala llamada de Batallas en los aposentos reales.

Más aún, desde 1566 comenzaron a depositarse las obras maestras de los afamados pintores de aquel siglo, y según el *Libro de Entregas* (132) de El Escorial, llegaron al número de ciento cuarenta y cuatro, que, unidos a muchos otros no inventariados, suman la cantidad que refiere el P. Sigüenza (133), entre los cuales se encuentran lienzos notables del Tiziano, Durero, Van-der Veiden-Bosco, Patinier, Piombo y cien más, que, repartidos por las diferentes dependencias del Cenobio y de Palacio, han sido trasladados de sitio, y hoy se hallan reunidos los principales, cuidadosamente conservados, en las llamadas Salas Capitulares (134), como recuerdo a cuantos dejaron reflejada su inspiración en bóvedas y muros, tablas y lienzos.

Pero no fué esto sólo. No se conformó Felipe II con proteger las Bellas Artes, haciendo gala de ello en la fábrica monumental de su reinado. Allí habían de rendir tributo de admiración al mundo todos cuantos en el Arte,

en sus grandes y pequeñas manifestaciones, tuviesen su fama conquistada; no se contentó con encargar por todas partes la compra de los mejores cuadros y de las mejores escuelas, sino que allí, en El Escorial, Fr. Lorenzo de Monserrate, Diego Rutinar y otros, bordaron ricos ornamentos; allí Castello, Fr. Julián de la Fuente el Saz, Cristóbal Ramírez y Francisco Hernández, escribieron e iluminaron misales y libros de Coro, ejecutando preciosas maravillas, alhajas para el templo y el culto; y Guissepe Flecha labra la estantería de la Biblioteca con maderas preciosas de España e Indias a la vista de los dibujos trazados por Juan de Herrera, en tanto que el incomparable Jacobo Trezzo labraba y construía el maravilloso Tabernáculo; y pintores y escultores, de todo género, llamados y escogidos por el Monarca fundador, dan gloria y esplendor a las Artes españolas, cuyo desarrollo, incremento y poderío se deben al Monumento erigido como consecuencia de la famosa Batalla de S. Quintín, en la centuria más grande de la Historia patria.

Todavía quiso el Rey Felipe II dejar rastro indeleble de su amor a las Bellas Artes, y otro de los méritos que contrajo para con ellas, pasado el silencio por muchos de sus más fervorosos panegiristas, es la protección dispensada al eximio Palestrina, el reformador de la música religiosa en Italia, y con ello el arte musical.

La música religiosa ha ejercido en el progreso del Divino Arte influencia decisiva, y este dato, de interés sumo en su historia, es importantísimo y de no escaso valor al tratarse del Monarca español, que unió al progreso de las Artes el acontecimiento más grande de su siglo.

El Concilio Tridentino había ordenado la desaparición de toda música profana en el templo a causa de los abusos a que daba lugar, que reclamaban pronto y enérgico remedio, como eran la costumbre de que las voces, en lugar de seguir las frases de la liturgia, usasen otras distintas, causando la confusión consiguiente, y el empleo de aires profanos vulgares y hasta lascivos, entre los que predominaban las tonadas provenzales (135).

Justo es consignar que los españoles salieron por los fueros del Arte, defendiéndolo como elemento valioso del esplendor del culto y medio de despertar entre los fieles los sentimientos de piedad y devoción usado por la Iglesia desde los tiempos más remotos, por cuya razón España se conservaba exenta de la corrupción y decadencia a que la música religiosa había llegado en Francia y en Italia.

El insigne Maestro Victoria, a la sazón en Roma, y Maestro del Colegio Germánico, presentaba composiciones en el más depurado gusto, como son los *Coros de Semana Santa*, que merecieron no sólo el elogio del inmortal Palestrina, contemporáneo de aquel Maestro abulense, sino que fueron solicitadas por todos los Pontífices. Designado el insigne Maestro italiano para la reforma de la música por el Cardenal Borromeo, ejecutó su célebre Misa del *Papa Marcelo*, que ha pasado a la posteridad con este título, y que se publicó más tarde bajo los auspicios de nuestro Monarca Don Felipe, a quien el compositor italiano en agradecimiento le dedicó después muchas de sus escogidas composiciones.

Heredado de Carlos V el gusto y afición a la música, Felipe II protegió y patrocinó regiamente, espléndidamente, el arte musical dentro y fuera de sus Estados.

Palestrina, Victoria, Morales, Cabezón y cuantos se dedicaban a la corrección del Canto religioso, como consecuencia de la reforma que planteó el primero de todos ellos, encontraron decidida protección en el Rey Católico, deseoso de no alterar el Canto gregoriano, cuyo ritmo y liturgia regía desde Cisneros para Toledo y toda España, instaurándolo en El Escorial, ahuyentando de la Real Capilla la influencia armónica extranjera que existía y arraigando la de los genios españoles mencionados, juntamente con los del incomparable Salinas, *el Ciego*; Clavijo, su sucesor en la Cátedra salmantina, y muchos más, llegando a establecer en el Real Monasterio la Capilla más notable de la época, a lo cual contribuían los magníficos y bien construídos órganos del Coro y del Crucero, unidos al severo y excelente canto religioso de la venerable Orden Jerónima (136).

Ya no resuenan en el majestuoso Templo los armoniosos ecos de la salmodia escurialense, que se hizo célebre en el mundo eclesiástico, ni las funciones religiosas, incluso las de la Semana Mayor, presentan la sublime magnificencia de antaño.

Ni suenan en el espacio los característicos tañidos de aquel maravilloso campanario, lo mismo en las solemnes fiestas de la Iglesia que en los días de duelo por los Monarcas españoles, en los cuales la campana *Favordon* era la nota lúgubre y sonora, cuyos ecos se ahogaban en Abantos y Machota...

Limitados los PP. Agustinos que hoy cuidan del Templo y el Monasterio al ejercicio de su parca liturgia, no tiene el culto divino la resonancia del que se daba en la época Hieronimiana, sin duda porque faltan los medios materiales para ello, pues, inservibles los órganos, un mal armonium es el que deja oír sus notas bajo las bóvedas del Templo filipense, para cuyo esplendor nada escatimó nunca el gran Monarca fundador. En cambio, las Ciencias y las Letras adquieren recomendable culto bajo el régimen y custodia de los

doctos hijos del Obispo de Hipona, tanto en el Colegio y Universidad que regentan como en la Biblioteca, de cuyo estudio y conservación asidua dan buena cuenta los interesantes y continuos estudios, que relacionados con la fundación, publican los PP. Agustinos constantemente.

Bien haya el memorable suceso histórico de S. Quintín para hacer resaltar la vida de Felipe II, llena de trabajo y de lucha, de ejemplos reales en la práctica de la religión, y, sobre todo, para admirar en tan grandioso Monumento testimonio de todas estas cosas, y en el que por su amor al Todopoderoso se hallan depositadas para orgullo de España, las joyas inmarcesibles de las Artes españolas (137).

Esa es la gloria que buscó Felipe II, y por eso fué España grande y poderosa.

Vuelvan los ojos a El Escorial los que todavía tienen para Felipe II imprecaciones y menosprecios y cuantos al juzgarlo con apasionado odio han desfigurado torpemente,

malévolamente, su retrato. Al representarse el Monasterio en los felices días de su opulencia, tendrán que reconocer su error y confesarse ante el ánimo esforzado del Monarca y la inmensidad de riquezas que atesoró en el Monasterio y representa tamaña fundación, testimonio elocuente de su fe y de la decidida protección que dispensó a las Artes, que tanto florecieron con el glorioso Monumento, fundado en la Batalla de S. Quintín.

Hoy España ha perdido el ideal por esa gloria. Rotos los lazos que la ligaban con ella, carece de unidad, de creencias sólidas, de sentimientos y aspiraciones, y se adoran otros dioses distintos del Dios de Felipe II y del que presidió nuestro siglo XVI.

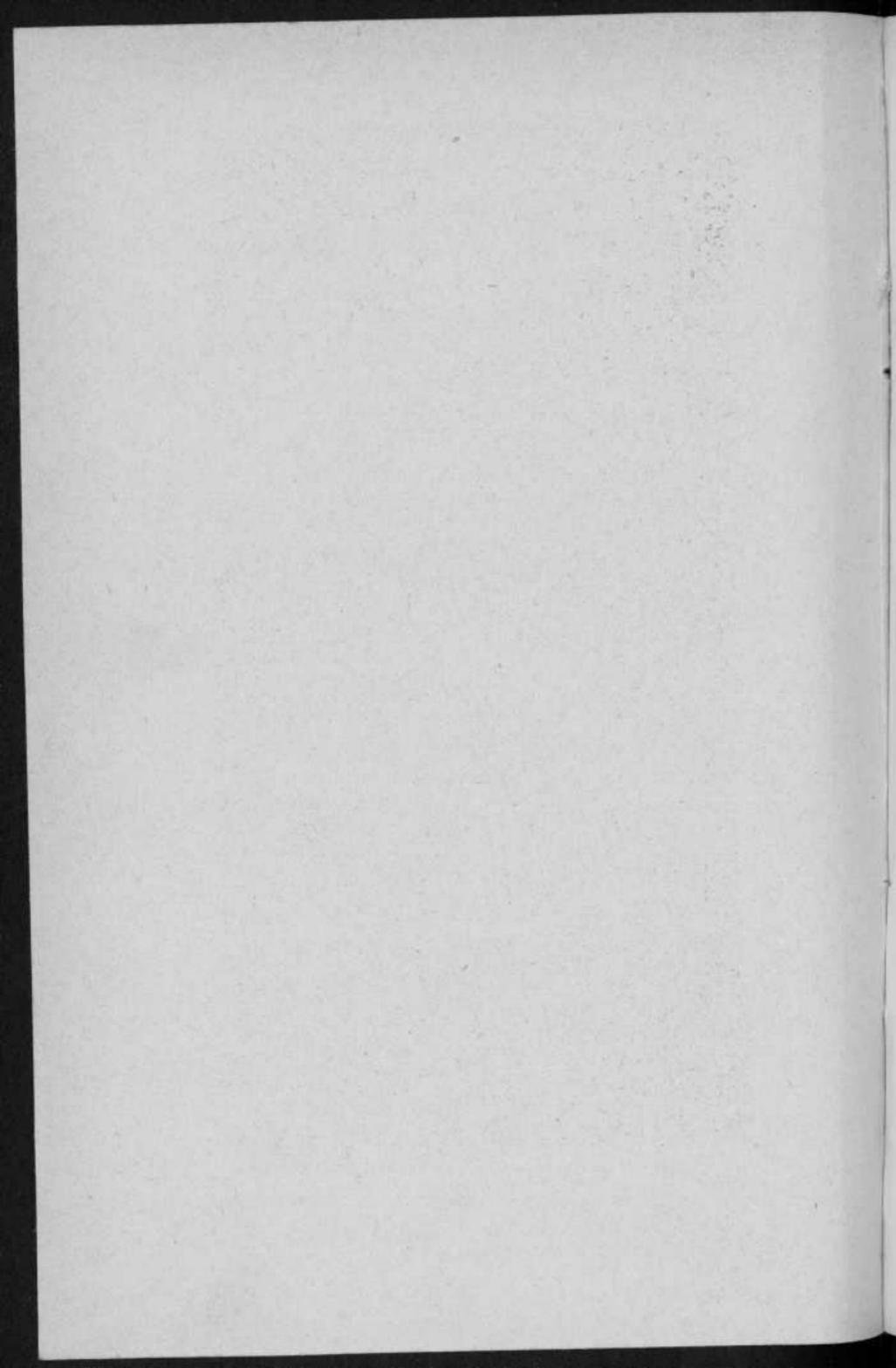
Hace falta volver el corazón y los ojos a los antiguos grandes ideales, únicos que pueden regenerarnos.

Entregados a torpes sentimientos y bastardas ideas para falsear las prácticas del Evangelio, y extinguida la luz que debe iluminar las conciencias de las clases directoras, hallábase perdido el secreto de nuestra vida nacional, desvirtuada la ciudadanía, relajada su

disciplina social, hollada la enérgica majestad la España de antaño y agostada la fe.

Ante tan cruel y desconsoladora perspectiva de pavorosas desdichas que nos amenazaban a pasos de gigante con un desastre nacional, ha despertado a la hora presente nuestro León dormido, y han surgido héroes que, como los de S. Quintín y Lepanto, sabrán defender la Religión, la Patria y la Monarquía.

LAUS DEO





Biblioteca de El Escorial

(Juan Pantoja de la Cruz)

Retrato de Felipe II, anciano





Notas y adiciones

(1) Fr. P. Sandoval: *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V.* En Pamplona, Bartolomé Parrís, 1614, pág. 472. (La primera edición es de Valladolid, 1604.) Dice: «que mortificó su cuerpo de tal manera en los últimos días de su vida que después de su muerte, se encontraron unas disciplinas ensangrentadas que Felipe II conservó y transmitió a su hijo». Igual aseveración hace Robertson, *Historia del reinado de Carlos V*, traducida por D. Félix Ramón Alvarado, Madrid 1821, t. IV, pág. 302.

(2) Además de Cabrera de Córdoba, Sandoval y García de San Miguel, entre los modernos, Gachard. *Relación flamenca contemporánea*, publicada en las «Anales Belgiques», pág. 75 y sigs. Prescott, Gebhardt, Fornerón y Lafuente.

(3) Grabado en cobre, de Hocemberg, reproducido

en la obra *Historia de Felipe II*, por H. Fornerón, traducida por D. Cecilio Navarro y editada por Montaner y Simón. Barcelona, 1884, pág. 29. También en la *Historia de España*, de Lafuente, editada por la misma casa en 1888, t. IX, pág. 111, y en la *Universal*, de G. Oncken, *La Europa Occidental en tiempo de Felipe II*, pág. 100.

(4) Las noticias acerca de esta fecha han sido contradictorias entre todos los historiadores. Cabrera de Córdoba, en su *Historia de Felipe II, Rey de España*, Madrid (edición publicada de R. O.), 1876, t. I., página 36, y uno de los cronistas más autorizados aseguran que fué el 28 de octubre cuando Carlos V hizo renuncia de los Estados de Flandes, y el 10 de enero de 1556, fecha que corrobora el P. Sigüenza en su *Historia de la Obra de S. Jerónimo*, parte tercera, libro 1.º, página 188, Madrid, en la Imprenta Real, 1605: «De los reinos de Castilla. Indias y Maestrazgo de las Ordenes Militares, ante Francisco de Eraso, Comendador de Moratalaz y Notario mayor, y la de la Corona de Aragón, ante Diego de Vargas, Escribano de Cámara.» Sandoval, obra cit., tomó los datos de Cabrera. Otros historiadores barajan las fechas del 25, el 27 y el 28.

Después del acta judicial publicada en la *Colec. de doc. para la Historia de España*, t. VII, pág. 524 (copia sacada del legajo de los papeles de Estado, núm. 615 del Archivo de Simancas), y de cuanto se dice en los *Papiers d'Etat du Cardinal de Granvelle*, t. IV, pág. 486, no cabe lugar a dudas de que la fecha fué el día 25.

(5) Archivo de Simancas, Estado, leg. 117, donde constan interesantes cartas de ambos personajes.

(6) En este punto, como siempre que de fechas se trata, discrepan los historiadores. García de S. Miguel, *Historia de Felipe II, Rey de España*, Madrid, 1894, tomo I, pág. 218, supone que llegó a mediados de noviembre, fijando la partida de Bruselas en septiembre.

En el libro de D. Manuel Foronda, *Estancias y viajes del Emperador Carlos V*, Madrid, 1914, in folio, página 661, se dice: «3 febrero 1557, miércoles en Jarandilla y Monasterio de Yuste. S. M. parte al punto para el Monasterio donde dormirá esta noche». (Carta de Luis Quixada a Juan Vázquez, fechada en Jarandilla, a las tres de la tarde del 3 de febrero de 1557.) Gachard, t. II, pág. 157, y t. I, pág. 117.

«3. S. M. llegó a las cinco de la tarde. Se apeó del carruaje, y en silla fué llevado a las gradas del Altar, de donde, acabada la función religiosa, pasó a visitar el Monasterio y tomar posesión de su alojamiento.» (Miguet, *Charles Quint, son abdication, son sejour et sa mort au Monastère de Yuste*, París, 1854.

«3. S. M. llegó aquí anoche.» (Carta de Luis Quixada a Juan Vázquez, fechada en Yuste el día 4 de febrero.) Gachard, t. I, pág. 118.

(7) Según el P. Sigüenza, obra cit., parte tercera, libro 1.º, pág. 187: «Que esto fuese cosa muy pensada parece claro, porque doce años antes desta determinación había enviado S. M. a considerar la casa, el sitio, el cielo, la disposición del Monasterio de S. Jerónimo de Yuste,

hombres doctos y prudentes y le llevaron entera relación de todo...» Añade el P. Sigüenza: «que partió el Príncipe (Don Felipe), antes de que saliese para España a casarse en Inglaterra con María Tudor, para el Monasterio de Yuste, conforme la instrucción de su padre, y lo que había concertado con el general, llegó allá para la fiesta del Corpus...» «Después de comer miró la disposición del sitio de la casa y de la huerta, entendiéndolo bien lo que su padre pretendía.»

(8) Además, el Emperador había escrito al prior y monjes, diciéndoles: «Deseo retirarme entre vosotros a acabar mi vida; y por eso querría que me labrasedes unos aposentos en S. Jerónimo de Yuste, y por lo que fuera menester acudiréis al secretario Juan Vázquez de Molina, que él procurará dineros, para lo cual os envió el modelo de la obra...» (Sigüenza, Hist. cit.)

(9) Véase Ms., inserto por Gachard, *Retrait et mort de Charles Quint au Monastere de Yuste*, t. II página 475, y atribuido a uno de los Monjes.

(10) Véase la correspondencia referente a este asunto (Arch. de Simancas, Estado, leg. 117).

(11) Sandoval, obra cit., y Arch. de Simancas, Estado, leg. 117.

(12) En la obra *Estancias y viajes del Emperador Carlos V*, pág. 665, se reproduce una vista del Monasterio de Yuste en el siglo XVI, muy interesante, tomada de una estampa existente en la Biblioteca Nacional, Sec. de Estampas.

- (13) Obra cit., *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V.*
- (14) Leti (Gregorio), polígrafo italiano, 1630-1701, *Vita dell Invictissimo Imperatore Carlo V.*
- (15) *Historia de Carlos V*, libro XII.
- (16) *Historia de la Orden de S. Jerónimo*, obra citada, parte tercera, libro 1.º, cap. XXXVI y XXXVIII.
- (17) Arch. de Simancas, Estado, legajos 117, 119, 128, 130, 514, 595 y 883.
- (18) *Historia de España*, obra cit., 1888, t. IX.
- (19) *The Cloiser Life of the Emperor Charles the Fifth*, 1852, in 8.º
- (20) *Estudio sobre Felipe II*, por Maurenbrecher, Philippson y C. Justi, traducidos del alemán por D. Ricardo de Hinojosa, Madrid, 1887.
- (21) *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II*, 2.ª edic., Madrid, 1891, 2 tomos,
- (22) *Philippe II, Roi d'Espagne*, París, 1912.
- (23) Sandoval, *Hist. cit.*, pág. 467.
- (24) Lafuente, Hinojosa, obras citadas., y otros historiadores han supuesto que el Duque de Alba fué portador a España de este documento.
- Bratli, *Philippe II, Roi d'Espagne*, París, 1912, página 88, dice: «en una conferencia celebrada la mañana del 25 de octubre de 1555 (día de la abdicación), Carlos V dió verbalmente las últimas instrucciones a su hijo, que tanto habían de servirle para el gobierno del Estado». Si Felipe II acudió al llamamiento de

su padre desde Inglaterra, donde estaba, y llegó a Bruselas en septiembre de 1555, mal pudo venir a España Alba con aquella misión en fecha anterior.

Bratli, después de alabar el documento, considerándolo de importancia suma, se lamenta de que el texto español, muy buscado entre Príncipes, diplomáticos e historiadores españoles, se haya perdido. Asegura que se sacaron tres copias en italiano, que se dieron a conocer durante los siglos XVI y XVII, de las que la Biblioteca Real de Copenhague posee tres ejemplares, que llevan el mismo título. Bratli, autor cuya seriedad y estudio debe reconocerse, hace detallada relación bibliográfica de este documento (pág. 88 dicha y notas 242 a 245; págs. 179-180), siendo muy sensible realmente que no exista en nuestros archivos copias auténticas de este importante pergamino, si es que se hizo público, siendo una conferencia reservada entre padre e hijo. Sandoval, en la obra citada, libro XXX, lo inserta íntegro; pero considero como más exacta la versión contenida en la obra de Granvela, también citada, t. III, págs. 267 y sigs.

(25) Pretender insertar una bibliografía de cuanto a Felipe II se refiere, sería pretencioso después de la publicada por Bratli, ob. cit., págs. 239 y sigs. No puede darse nada más completo ni que demuestre más perfecto trabajo de investigación que el que por sí solo avalora la bien escrita obra del erudito académico correspondiente de la Real de la Historia de Madrid.

(26) La paz firmada en Vaucelles el 5 de febrero de 1556.

(27) Cabrera de Córdoba, *Historia de Felipe II*, Madrid, 1876, t. I, cap. VI, pág. 25, donde se reproduce el discurso pronunciado con tal motivo por el Rey Felipe. Prescott (William Hickling), historiador americano, en su *History of the Reign of Philip the Second King of Spain*, pone en duda que los ingleses entendieran al Rey.

Sepúlveda, *De Rebus Gestis Pilippi II & MDLVI y MDLXV*, nada dice del particular, pero contiene un relato exacto e interesante. Todo ello demuestra que la aseveración de Cabrera, sin que peque de inexacta, pueda ser algo artificiosa.

(28) Friedmann, *Les depeches de Giovanni Michiel, ambassadeur de Venise en Anglaterre (1554-1557)*, 1869, página 115, donde se transcribe la descripción de la despedida de ambos esposos y las intrucciones que el Rey había dado a los Ministros, referidos por Pole, así como la conversación sostenida con éste por el Monarca.

(29) Watson, *Historia del reinado de Felipe II*, tomo I, traducción de la obra inglesa de dicho autor por Z. R., Madrid, 1822, pág. 23.

La primera edición del texto inglés apareció en Londres, 1777; después hizo la 2.^a edic., en 3 vols., en el Brasil, por J. J. Tournessen, en 1792.

(30) Su favorita Diana de Poitiers, Duquesa de Valentinois, antigua dama de la Corte de Francisco I,

de cuarenta y ocho años y seductora belleza. El Condestable, Anna de Montmorency. El Duque de Guisa, Francisco de Lorena, y el partido de la Reina Catalina de Médicis. Saint Prosper, *Historia de Francia*, t. III.

(31) Es notable en su historia militar el plan de campaña que llevó a cabo contra el Duque de Alba en 1556. Cleonard, t. III, págs. 342 y sigs.

(32) Saint Prosper, *Historia de Francia*, obra citada; *Guerra de Paulo IV contra Felipe II*. (Biblioteca Corsini Ms., vol. 759, fol. 33, Roma.)

(33) Clérigos regulares de S. Cayetano, que tomaron este nombre del Obispo de Teati, cargo que desempeñó Carraffa.

(34) *Relacion Ven.* Bernardo Navajero, Arzobispo de Verona, «Perderebbero li estati et saria l'Italia liberata». V. *Monarquía española*, por el Canónigo D. Pedro Salazar de Mendoza, Madrid, 1770, vol. 2.º, libro IV (el texto ms. se conserva en la Biblioteca del Cabildo de Toledo). También Naméche (Alexandre Joseph), *Le regne de Philippe II et la lutte religieuse dans les Pays-Bas au XVI siecle*, 8 vols., Paris-Lovain, 1885-1887.

(35) Ms. Bib. Nac. Fr. 3.124, fol. 12.

(36) Sandoval, *Historia de Carlos V*, fol. IX, página 84: «Sé que el Emperador y suhijo el Rey consultaron con todos los hombres doctos de la cristiandad, si era lícita esta guerra, y vistas las causas determinaron, como parece por sus firmas (que están en el Archivo de Simancas, Estado, leg. 117), que el Emperador

y el Rey, su hijo, tenían muy justificada su causa, y el Papa, no, y que era lícita y justificada la guerra que contra él hacían.»

(37) Sobrino del insigne poeta, que falleció en octubre de 1536 a consecuencia de la herida que recibió en la cabeza al regresar a Génova con el Emperador Carlos V, después de la funesta expedición a Francia. Sandoval, ob. cit., t. IX, págs. 86 y sigs., y Cabrera, obra cit., libro II, pág. 57.

(38) Víctor Gebhard, *Historia general de España y de sus Indias*. Madrid, Barcelona-Habana, 1863-1866, comentada, anotada y arreglada por D. Antonio del Villar, t. V, pág. 199. F. Montaña, *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II*, Madrid, 1891, t. I, páginas 520 y sigs.

(39) Todos los historiadores (y entre ellos los extranjeros que se citan) atestiguan que la agresión vino de Francia. Gebhard, ob. cit. Mignet (F. M. Marie), *Antonio Pérez et Philippe II*, París, MDCCCXLV, página 250. Watson, ob. cit., t. I, págs. 34 y 36.

(40) Envió a Yuste a su íntimo consejero Ruiz Gómez de Silva, Conde de Melito, y más tarde Príncipe de Eboli, a fin de recabar de S. M. I. que saliera de su retiro y se pusiera al frente de las tropas, pidiéndole a su padre socorro y ayuda, no sólo con su parecer y consejo, que es el mayor caudal que puede tener, sino con la presencia de su persona y autoridad, saliendo del Monasterio a la parte que más cómoda sea a su salud. V. Mignet, ob. cit., pág. 252, y *Revista britá-*

nica, 1853. *Estudio histórico: Carlos V en el claustro.*

(41) Agosto 1555, marzo 1557, para recoger las Coronas de su padre y negociar la Tregua con Francia.

(42) Ms., *Record Office*, «Col Cotton Titus B.», número 57. Véase también Fornerón, *Historia de Felipe II*, traducida por Cecilio Navarro, edic. ilustrada, Barcelona, 1884, pág. 31.

(43) Recibió 7.000 libras y algunas joyas para pagar ciertas tropas alemanas. *Memorias de la R. A. de la Historia*, t. VII, Carta de Feria, de 21 de noviembre de 1558.

(44) Herrera, *Historia general del mundo de quince años de tiempos del señor Rey Felipe II*, Valladolid, 1606, tomo I, cap. XIII, pág. 290.

(45) Gachard, *Notice sur le Duc MM. Philibert de Savoie*, Bruxelles, 1855.

(46) Cabrera, ob. cit., lib. IV, cap. I, pág. 169.

(47) Especies de tropas ligeras que usaban cinco o seis pistolas, cuyo armamento les permitía mayor movilidad en los choques, muy superior al de las masas de caballería pesada, que al primer encuentro se hallaba embarazada y descompuesta al querer emplear de nuevo aquellos desmesurados lanzones que llevaba.

(48) Cartas de D. Bernardino de Mendoza al Rey de Bruselas, fechas 22 y 25 de junio. En la de 22 de junio se dice: «A mí paresceme que era ya tiempo de mirar donde se juntará la masa del campo y proveer las vituallas para poder proceder adelante, aunque sea

caminando por la frontera de Francia, por tierra de los enemigos».

Y en la de 25 de dicho mes se agrega lo que sigue: «El tiempo está muy adelantado y para entender V. M. estos negocios convendría estar presente, y aquí no veo tanta diligencia ni habilidad que no hayan menester ayuda. V. M. lo mire, porque cada hora se pierde mucho». Arch. de Simancas, Sra. de Estado, leg. 514.

(49) *Memoires de Granvelle*, t. V, pág. 115, Bruxelles, 1877-1896, 12 vols. Carta del Obispo Arrás al Rey Felipe II comunicándole el plan de Campaña acordado en Bruselas por los del Consejo de S. M. C.

(50) Este propósito no deja lugar a dudas. En la carta de Mendoza, de 22 de junio, dice: «En lo que toca a la Empresa de Rocroy, se tiene aviso cierto que tiene artillería y cinco banderas; dice el Duque de Saboya que si no es cosa que pueda llegar en ocho días que no lo emprenderá...»

(51) *Memoires de Rabouin*, t. VII, lib. IX, pág. 133.

(52) Gebhard y otros historiadores fijan la fecha de julio, pero documentos de tan entero crédito como las relaciones manuscritas de la Bib. de El Escorial, insertas en la *Col. de Doc. para la Historia de España*, tomo IX, págs. 486 y sigs., y *La Ciudad de Dios*, número 111, correspondiente al 5 de junio de 1900, página 180, aseguran que fué la fecha de 2 de agosto de 1557, y a ello debe darse crédito dado lo autorizado de su origen.

En el primer documento se dice: «y por la orden

que tenía se fué sobre S. Quintín, a donde llegó a los dos de agosto de este año...»

En la reciente relación inédita que dió a conocer el R. P. Guillermo Antolín, se relata: «y sin que persona supiese lo llevaba su designio fué sobre la villa de San Quintín, donde llegó al campo con la dicha gente y 26 piezas de combatir y 10 de campaña a los dos del mes de agosto...»

(53) Leti (Gregorio), *Vita del Catolico Re Filippo II*, año 1679, pág. 292.

(54) Carta de Luis Quixada a Juan Vázquez, fecha de 10 de septiembre. Arch. de Simancas, leg. de Yuste. Véase también Brantome (Pierre de B). *Œuvres complètes*, par I. A. C. Buchon, v, Paris. Société du Pantheon litteraire, 1842. Edition revue et augmentee d'prés les manuscrits de la Bibliotheque Royale avec notices litteraires.

(55) Arch. de Simancas Sra, de Estado, leg. 514

(56) Así llamados por llevar toda la armadura y arneses de color negro.

(57) Cada bandera suponía un contingente de más de 300 hombres. En las fotografías de los frescos existentes en la Sala de Batallas del Palacio de S. Lorenzo el Real, se ven los cuadros, y en su interior las banderas, dispuestas como regía en la táctica militar de entonces. Estos frescos fueron pintados por Granelo y Fabricio, hijo de El Bargamasco.

(58) *Siege de Saint Quentin et Bataille Saint Laurent en 1557*. In 8.º, avec un plan de la Ville de Saint

Quentin en 1557, une carte géographique de la Bataille Saint Laurent, un fac-simile de la vue (a vol d'oiseau) de la prise de Saint Quentin, par Gerome Cook, peintre de l'Espagne sous Philippe II et plusieurs gravures sur bois, 1559.

(59) Término militar. Haces de ramas muy apretados que se emplean en la Ingeniería militar para revestimientos.

(60) Obras citadas.

(61) *Relación y asalto de San Quintín*. Ms., Biblioteca de El Escorial, IJ-U-3. *Col. de Doc. para la Historia de España*, t. IX, Madrid, 1846.

(62) *Una relación inédita de la Batalla de S. Quintín*. Rev. *La ciudad de Dios*, núms. 3.º, 4.º y 5.º de 1900. Por el P. Guillermo Antolín, O. A. Ms., existente en la Bibl. de El Escorial, tomos de la Col. de Páez de Castro, sig., que allí se indican.

(63) Arch. de Simancas. Sra. de Guerra. «Mar y Tierra», leg. 66, *Carta del Rey Don Felipe II dirigida con fecha 11 de agosto a Suárez de Figueroa*, su embajador en Génova, incluyéndole la relación oficial de la Batalla de S. Quintín. Relación oficial que se menciona en la que consta el número de presos (que concuerda con el documento inserto en la *Col. de Doc. inédita* ya citada), y carta de Figueroa a la Princesa Gobernadora.

(64) Documento ya citado. Arch. de Simancas. Secretaría de Estado, leg. 514. La fecha del 12 de agosto se confirma en la Relación inédita de la Batalla

de S. Quintín ya citada, publicada en la revista «*La Ciudad de Dios*, núm. 4.º, junio 1900, pag. 246. «A las 12 llegó el Rei a una legua del campo con los 4.000 ingleses...», etc.

«Viernes 13 del mes de agosto llegó S. M. a este campo con toda la dicha gente...», etc.

(65) Según la obra citada, *Siege de Saint Quentin*, el ejército francés se componía de 20.000 infantes, 8.000 caballos y 18 cañones de varios calibres.

(66) *Histoire de Emmanuel Philibert, Duc de Savoie*, par Demonpleinchamp.

(67) Todos los historiadores están conformes en que aquel ejército de Felipe II era muy superior al de el Rey francés.

(68) Obra cit., *Siege de Saint Quentin*, pág. 52.

(69) *Colección de Doc. ined.*, t. IX, ya citado. Ms., de El Escorial, IJ-U-3.

(70) *Notice sur le Duc Emmanuel Philibert de Savoie*, par Ms. Gomard, membre de la Academie Royal de Belgique. Extr. Du XXII, núms. 11 y 12 des Bulletins, pág. 21: «La Batalla había sido ganada sin grandes esfuerzos de su ejército, porque su infantería y su caballería no hicieron más que perseguir fugitivo, matar y hacer prisioneros, dado el sobrecogimiento de terror de las tropas francesas.»

(71) Relaciones inéditas citadas.

(72) Obra citada.

(73) *Siege de Saint Quentin*, obra citada.

(74) Relaciones inéditas citadas y Doc. del leg. 66

del Arch. de Simancas, Sra. de Guerra, «Mar y Tierra», ya citado.

(75) El P. Fr. Andrés Jiménez, *Descripción del Real Monasterio de S. Lorenzo*, 1761, pág. 415, ofrece un catálogo de los principales pintores y artífices que estuvieron en El Escorial llamados y nombrados por el Rey Prudente, entre ellos está Juan Bautista Bergamasco, natural de Bergamo y discípulo aventajadísimo de Miguel Angel. Fué el que trazó la escalera principal (P. Sigüenza, obra cit., pág. 715), y padre de Granelo y Fabricio, autores de los lienzos que se admiran en la Sala de Batallas.

Pero en contra de estas autorizadas opiniones está la expuesta por el docto académico D. Narciso Sante-nach en la obra *La Pintura en Madrid desde sus orígenes hasta el siglo XIX*, edición costeada por la Sociedad Española de Excursiones, en 1907, pág. 31, donde habla de Juan de Castelló, *el Bergamasco*, que bajo la dirección de Becerra ejecutó el decorado de la torre del Mediodía del Alcázar de Madrid. Asegurando que éste fué el padre de Nicolás Granelo y Gabricio Castelló, que llevaron a cabo obras de interés en varios sitios reales por mandato del Monarca.

Véase todo ello en el *Inventario real de los bienes hallados en el Guarda Joyas del Rey Don Felipe II y nuestro Señor que tanta gloria halla*, que se conserva en el Arch. de Palacio y que cita el Sr. Sentenach.

Dedúcese de todo ello que *el Bergamasco* se llamó Juan B. Castelló, como el iluminador de los libros de Coro,

y que el que confundió a ambos, tomando a éste por aquél. fué Cea Bermúdez en su *Diccionario*. Fernández Montaña trató de aclarar la confusión, pero no lo consiguió, porque supone una cosa que no es, es decir; que *el Bergamasco* no se llamó Castelló, siendo así que es éste su apellido, según se desprende del inventario citado.

El Juan Bautista Castelló de que habla Ceá Bermúdez no vino a España para pintar frescos ni lienzos, sino para iluminar los libros del Coro, y era natural de Génova (V. obras de Jiménez y Sigüenza referidas; Fernández Montaña, *Felipe II, el Prudente, Rey de España, en relación con Artes y Artistas, con Ciencias y Sabios*, Madrid, 1912, corrobora estas noticias, pág. 81.

La descripción de la Batalla de S. Quintín que hace Jiménez es curiosa e interesante, mereciendo el honor de la transcripción:

«No es de inferior manejo y bizarría la pintura que ilustra la Faxe de nueve pies y medio, contenida entre las dos agraciadas cornisas que corren por las cuatro Bandas, la que dijimos sirve de zócalo y asiento a la gran bóveda, dándole gentileza a la altura de esta grandísima Caxa. Muéstrase en ella, con alto magisterio y estilo franco, la memorable derrota de las armas francesas sobre S. Quintín, que fué la primera Batalla y victoria del Rey Felipe Segundo recién ceñida la Corona de España, y fué también el primer motivo para fundar esta maravilla.

«Es mucho de ver en esta Batalla desde la parte que cae el Mediodía, y mira al Norte, lo bien representado

de la pelea, la valentía de los Capitanes y Cabos, el esfuerzo de los Soldados, todos mayores del natural; lo furioso y brioso de los caballos, el choque fiero contra el ejército enemigo, el fuego, el humo espantoso de la Artillería, mosquetes y carabinas, que llenan de horror el aire; la mortandad, la turbación de los Escuadrones franceses, el desorden de su Caballería, la Infantería puesta en fuga, el alcance, la prisión del Condestable Memoransi (A.) General y de su hijo, con muchos de la Nobleza de Francia; la presa de los despojos y Banderas, y a la parte que cae Occidente, el incendio de las Torres de la plaza, el asalto, la toma, el estrago y la fuga precipitada de algunos vencidos; y, últimamente, en el trozo de la Faja que ocupa la parte del Norte, que es lo que se mira delineado en la inmediata lámina (B), se ve un gran número de Banderas y prisiones, a pie y a caballo rendidos; a Filiberto, Duque de Saboya, Capitán general, en esta primera empresa de Filipo, que manifiestan su infortunio en los semblantes, al paso que los vencedores se ven gozosos y alegres.

(A) Es Montmorency.

(B) Al texto acompaña una lámina grabada en madera, cuyo dibujo ejecutaron Lázaro Gómez, natural de Badajoz, vecino de Madrid, que dibujó la parte de Arquitectura, y Juan Ramírez de Arellano, de Zaragoza, y vecino también de Madrid, que copió la parte de Pintura.

«Está organizada esta Batalla con mucho arte, y aunque es un conjunto grande de figuras, todas se miran bellamente graduadas en una Plaza de tan linda respiración, que se gozan sin confusión alguna. Los soldados y generales se muestran con mucho espíritu y viveza en sus acciones, y los caballos están expresados con gran valentía en sus agraciadas posiciones, escorzos y briosos movimientos, de modo que nuestra bien Jordán en este militar historiado su bello gusto e invención singularísima para estos marciales choques.» (Del mismo libro, pág. 168.)

Hablando de las pinturas que decoran la Sala de Batallas, y después de describir la que Don Juan II dió a los moros de Granada, que es la Batalla de Higue-ruela, por el lugar donde se dió y las causas para pin-tarla en este sitio, dice:

«Al otro lado de los macizos, entre las ventanas, que son ocho, corresponde pintar también al fresco la toma de S. Quintín, la Batalla que se dió el día de San Lorenzo, en que se demuestra otro género de malicia, no con ballestas ni adargas, como lo del Rey Don Juan, sino con pica, coseletes, arcabuces, artillería y fuegos, todo muy variado y divertido.»

(76) Felipe II no estuvo presente en la Batalla ni dirigió el combate, como con espíritu adulador supo- nen algunos historiadores. Tampoco dejó de acudir por ineptitud ni falta de dotes bélicas como pretenden sus detractores apasionados. Aparte de que para demostrar el valor ni pericia militar sea preciso que los Príncipes

y Monarcas acudan a los campos de batalla, es cierto que Felipe no acudió desde el primer momento. De ello da cuenta el Monarca (Carta a la Princesa de Portugal, Arch. de Simancas, Estado, leg. 514, ya citado), en la que expresa claramente no pudo estar en el campo de batalla porque «no habían llegado los ingleses y sin ellos no creyó debía pasar». Además, en otra carta de 11 de agosto (leg. de Yuste), le dice al Emperador: «Mi pesar de haber estado ausente supera todo cuanto V. M. puede suponer».

(77) En la relación Ms. de El Escorial ya citada (*Col. de Doc. inéd.*, etc., t. IX), se relatan con todo detalle. El cuadro debió ser horroroso, lo que demuestra que en la guerra en todo tiempo ha sido cruel y sanguinaria.

(78) Este interesantísimo documento, cuya lectura ilustra más que la contemplación y estudio del Monumento escurialense, ha visto la luz pública gracias a la labor constante y erudita de los PP. Agustinos que custodian hoy el Real Monasterio y su riquísima Biblioteca.

El P. Julián Zarco Cuevas, asiduo y docto rebuscador, viene publicando una serie de *Documentos para la historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, de sumo interés por su contenido, y las oportunas notas que ilustran el trabajo. El cuaderno segundo, publicado en 1917, contiene, además de la Memoria sobre la erección y fundación de S. Lorenzo el Real (que existente en el Arch. de Simancas,

«Obras y Bosques» Escorial, leg. 2, publicó la *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XXVIII, Madrid, 1856), el documento del Rey fundador hasta el presente inédito, pues ni el P. Si-güenza en su *Historia de S. Jerónimo*, tercera parte, Madrid. Imprenta real, año 1605 (en 1881 se ha publicado una edición manuable esmeradamente arreglada por D. Miguel Sánchez Pinillos), ni Cabrera, obra citada, ni más tarde D. Antonio Rotondo, *Historia descriptiva del Real Monasterio*, Madrid, 1865, pág. 7, han publicado más que unas líneas de la introducción

(79) Historia citada. Discurso II.

(80) *Carta de Fundación y Dotación*, cit., párrafo primero.

(81) Tomó el hábito en el Monasterio de S. Martín, de Madrid, después de haberse graduado doctor en ambos derechos en Alcalá de Henares. Fué excelente predicador, alcanzando con sus sermones tanta fama como con sus escritos. Murió en 1770. Véase *Diccionario Biográfico Universal*, por D. J. R., París, 1855.

(82) El ya citado P. Zarco publicó en *El Independiente*, periódico local del Real Sitio de El Escorial, correspondiente al 15 de julio de 1916, la reproducción de un artículo del mencionado padre benedictino, que a su vez apareció en *El Averiguador Universal*, de 15 de septiembre de 1882, págs. 260-263.

Es un interesantísimo trabajo, en el que el P. Sarmiento deduce lógicamente la etimología de la voz *Escorial* o *Escorial*, que no deja lugar a dudas.

(83) Art. cit. del P. Zarco.

(84) *Carta de Fundación y Citación*, citada.

(85) En las adiciones del Ms. de las Memorias del P. Villacastín se dice: «Alonso Sánchez, guardarropa del Rey Don Philippe II, que se halló en lo S. Quintín decía que fué un Monasterio de Monjas el que arruinaron con la batería...»; más adelante: «Y prometió (*y no hizo voto*) el Rey de España, de hacer otro Monasterio de S. Lorenzo mejor que el que se batió en S. Quintín, sin embargo que aquél se les reparó a las monjas con muy grandes mejoras»,

(86) Hablando de este punto, el P. Sigüenza, obra citada, supone terminantemente que el Rey Felipe, entendiéndolo claro el patrocinio de su Santo, propuso edificarle un templo, sin descender a otros particulares, aunque nunca hizo voto de ello, «como algunos sin saberlo bien han osado afirmar y sacarlos en público».

Pero contra tan respetable opinión, está una carta coetánea, sin autor ni fecha, de una *Memoria sobre la Erección y Fundación de Sant Lorenzo el Real*, Arch. de Simancas, Obras y Bosques «Escorial», leg. 2. Documento ya citado y que se publicó en la *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XXVIII, págs. 564-67; en la cual, después de hablar de la «Scriptura de Erección, Fundación y Dotación de Sant Lorenzo el Real», y de dictar varias prevenciones para otorgarla, se dice:

«El voto que S. M. hizo. Si S. M. no lo quiere

poner ni declara bien puede, porque en las escrituras, avísemelo V. M. (vuestra merced).»

Por otra parte, el cronista Herrera (*Historia general*), obra citada, en el año 1557, dice hablando la Batalla de S. Quintín: «Tomáronse veintisiete piezas de artillería, y porque se encendió fuego en la Ciudad por algún caso fortuito, o que lo hicieron los soldados, se mató luego, aunque ni se puede remediar, la Iglesia de S. Lorenzo, a cuya honra por la pasada victoria que en su día consiguió el Rey Católico, votó una Iglesia, y lo cumplió real y espléndidamente junto a la villa de El Escorial, etc...», de donde se deduce que Herrera estaba más en lo cierto que Sigüenza.

Además, en la Real Biblioteca de El Escorial, existe un Código, cuya sig. es L-I-15 (f. 173 r. y v.), con letra del siglo XVI, y que publicó el P. Villalba (Luis) en su estudio acerca del P. Sigüenza y su obra preliminar de la *Historia del Rey de Reyes*, t. I, fol. CCCIV, que acredita la existencia del voto real con motivo de la Batalla de S. Quintín, comenzado y discutido.

Parece, por tanto, confirmarse que existió el voto, aunque el Monarca no lo expresase claramente en su Carta de Fundación.

(87) Este interesante documento, desconocido de muchos que de El Escorial se han ocupado, se guarda en el Arch. del Real Palacio de Madrid; consta de 36 hojas de pergamino, más las de guardas y otras dos finales sin foliar. Su tamaño es el de marca española, dejando margen en la caja de la escritura de 23 por

15,5 centímetros. Se halla manuscrito en letra imitando a la imprenta, ejecutado con bastante perfección. La letra inicial es roja, fondo de oro; las demás, en oro sobre fondo rojo, azul y morado. La encuadernación es de baqueta, con adornos geométricos en negro, con filete de oro. Véase la obra citada del P. Zarco Cuevas, O. A., *Documentos para la historia del Monasterio de S. Lorenzo el Real de El Escorial*, 11, Madrid, 1917.

(88) Véase la *Carta de Fundación*, referida.

(89) Todos los autores (León Pinelo, Baltasar Porrreño y Alvarez Baena) están de acuerdo con Gil González, *Teatro de las grandezas de Madrid*, pág. 222, en que Juan B. de Toledo fué madrileño, y en su *Noticia de los arquitectos y Arquitectura*, t. II, sustenta igual opinión y sus datos biográficos guardan exacta semejanza. (Dicha opinión es de Llaguno.)

Trabajó como aparejador en la Basílica de S. Pedro en Roma, con Miguel Angel, y más tarde fué director de las Obras reales en el Virreinato de Nápoles, nombrado al efecto por Carlos V a propuesta de D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca. Allí edificó el palacio de los Virreyes, la Iglesia de Santiago, la *Strada* que el Virrey D. Pedro le mandó hacer y que lleva el nombre de *Strada de Toledo*, el Castillo de S. Erasmo y otras varias obras.

Trasladado a España por R. O. de 15 de junio de 1559, Felipe II, teniendo en cuenta sus servicios y su habilidad reconocida, le nombró arquitecto mayor, con 500 ducados al año.

Ya en España, dibujó los planos del Castillo de Acaeca, la Casa de Oficios y Caballerizas Reales de aquella villa; trazó las reformas que Felipe II proyectó en Aranjuez, dirigía obras en Madrid y en El Pardo y algunas casas particulares, y, además de sus viajes de inspección, seguía al Rey en sus jornadas como aposentador Real, y cuanto de Arquitectura se ejecutaba por orden del Monarca llevaba el visto bueno de Toledo.

Se le han atribuído, entre otras obras, las Descalzas Reales de Madrid, y esto aunque lo dice el Maestro Juan López de Hoyos en la *Relación de las exequias de Isabel de Valois*, 1568; Llaguno en su obra cit., página 81, y también D. Elías Tormo en su libro *En las Descalzas Reales, estudios históricos, iconográficos y artísticos*, fas. I, Madrid, 1915-1916, hay que resistirse a creerlo, porque el tal edificio no presenta caracteres muy marcados del clasicismo que poseía Juan Bautista, en lo cual hay que convenir con Lampérez, *Historia de la Arquitectura cristiana española*, Madrid, 1909, tomo II, pág. 634.

Pero no debe olvidarse que la Iglesia del Monasterio que fundara la Princesa Doña Juana de Portugal fué renovada por D. Diego de Villanueva, en 1756, y no sería extraño que entonces sufriera también alguna transformación la fachada de Toledo, cuyos diseños sí fueron suyos, mejorando los de Antonio Sillero, que comenzó las obras en el estilo de transición, un tanto indefinido, que se denota en la primera portada de la plaza a que da nombre el Monasterio.

Juan Bautista de Toledo, arquitecto eminentísimo, que además fué escultor, filósofo y matemático, trazó los planos del Monasterio de El Escorial por orden expresa de Felipe II. Hizo el replanteo y dirigió las obras hasta que éstas alcanzaron altura de las primeras hiladas, siendo, por tanto, el *autor* de los planos, pero no el de la fábrica, cuya gloria corresponde, como habrá ocasión de probar, a Juan de Herrera, razón por la cual se le considera como *inventor* de ella en el sentido de que la dió forma y desarrollo, como así fué en efecto. Por eso se le da aquel título al retrato que se conserva en el claustro alto del Monasterio, sobre la puerta contigua a la que sirve de ingreso a la Biblioteca.

Falleció Juan Bautista de Toledo según los datos más autorizados (R. C. de 25 de septiembre de 1567, mandando pagar a sus testamentarios lo que se les adeudaba), el 21 de mayo de dicho año, siendo enterrado en la Parroquia de Santa Cruz, de la Villa y Corte.

(90) *Memorias de S. Jerónimo*, publicadas en la *Col. de Doc. inéd.*, t. VII, 1845.

Estas Memorias existen manuscritas en la Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial, y es el texto más autorizado y de más valor histórico que puede consultarse para el estudio de los primeros tiempos del Cenobio filipense, hasta el punto de que el propio P. Sigüenza se confiesa deudor a Fr. Jerónimo de gran parte de lo que escribe.

Junto a estas Memorias figuran también las del P. Villacastín, obrero mayor de la fábrica. Las del lego Jerónimo son interesantísimas, dada la pericia e intervención que tuvo en la edificación del Monasterio.

Están cuidadosamente recopiladas por el P. Zarco Cuevas en la obra cit., Cuaderno I, Madrid, 1916, y a ellas remitimos a nuestros lectores para todos cuantos datos interesantes sean precisos.

(91) *Memorias* citadas.

(92) *Historia* ya citada.

(93) El nombre geográfico ha sido desde entonces el que se indica, vulgo *El Escorial*, si bien este nombre es el de la villa que existe a la izquierda de la línea férrea, llamado El Escorial de Abajo para distinguirlo de El Escorial de Arriba, que es el Real Sitio.

Por R. D. de 26 de junio de 1916 se autorizó a que se llame S. Lorenzo de El Escorial.

(94) La Escuela Especial de Ingenieros de Montes, que por su objeto y estudios no debió nunca salir de este Real Sitio.

(95) Lampérez, obra cit., pág. 635.

(96) El P. Sigüenza, Fr. Jerónimo, Rotondo y cuantos autores hablan de El Escorial están conformes en ello.

(97) Prueba de ello es que no contento Felipe II con que el Templo se bendijese, quiso que se consagrara, según las antiguas prácticas cristianas.

Además, cuando pensó en la instalación del Panteón, ordenó que el Altar estuviese orientado a saliente; de

modo que si para un accesorio tuvo presente la liturgia, fácil es suponer que no la olvidaría al orientar el Templo, y a ello respondió, sin duda alguna, el reemplazamiento que tiene el edificio.

(98) Reunida la Comunidad para ver de conceder una pensión a los hijos de Almaguer, en recompensa de los servicios prestados por su padre y señaladamente del que se menciona prestado al Rey, no se dice más que lo que se indica con letra bastardilla, sin que haya podido averiguarse cuál fué el arbitrio propuesto por Almaguer, o de donde salió aquel dinero que tan señalado servicio prestó al Monarca y a su obra.

Esta noticia la trae incompleta también D. José Quedo, *Historia del Monasterio de S. Lorenzo, llamado comúnmente de El Escorial*, Madrid, 1849, pág. 15.

(99) V Ceán Bermúdez, obra cit., apéndice, tit. II, folio 237, se le nombró ayudante de Juan Bautista de Toledo para que le sirviese en cosas de su profesión.

(100) Véase un artículo del autor titulado «Huelgas de antaño», publicado en el periódico *El Debate*, correspondiente al 20 de julio de 1916.

(101) La Congregación de obras y fábrica, fundada en 1.º de enero de 1576.

(102) Véase *Documentos para la historia de S. Lorenzo el Real de El Escorial*, por el P. Zarco Cuevas, O. A., Cuaderno III, Madrid, 1918.

(103) La de 1572, *Instrucción para el gobierno y prosecución de la fábrica y obra de S. Lorenzo el Real* (dada en Aranjuez, a 22 de octubre), obra cit. del

P. Zarco, págs. 33, 62; publicada también en Fernández Montaña, *Felipe II el Prudente*, etc., obra cit, página 474.

(104) Documentos en forma de contratos que se han publicado en la ya citada obra del P. Zarco, Cuaderno III.

(105) En la celda prioral del Real Monasterio estuvo conservado el modelo en madera del proyecto trazado por Juan Bautista de Toledo, que el autor de este trabajo llegó a conocer en sus mocedades.

Según dicho plan y siguiendo el primer pensamiento del Rey de establecer un Convento para 50 monjes y un sitio real para su Corte. Toledo trazó un rectángulo de 740 pies por 570, dividido en tres zonas iguales por dos perpendiculares a los lados mayores: la zona meridional para Convento, la septentrional para Palacio y la central para Iglesia, de servicio común a uno y otro. Los aposentos del Rey rodearon siempre la Capilla mayor. Largas líneas horizontales, determinadas por muros relativamente bajos, dejaban descubrir la total extensión del área edificada. Cuatro torres de buena altura en los cuatro ángulos a los lados de la portada principal, y otros dos, correspondiendo con aquéllas a los lados de la Capilla Mayor con otras, dividiendo las longitudes de las fachadas del Mediodía y el Norte, constituían el alzado del edificio.

La primera modificación del plan fué el aumento de plantas para dar cabida a mayor número de monjes, solución propuesta por Villacastín.

Retirado Juan Bautista de Toledo y encargado de las obras Juan de Herrera, éste, ante las indicaciones del Rey, que intervenía en todo, introdujo bastantes modificaciones; suprimió las seis torres mencionadas a los lados de la puerta principal y Capilla mayor y la de los centros de fachada; reformó, por tanto, la fachada principal, que es completamente suya y también la de la Iglesia, algo falta de proporciones, pero que resulta grandiosa.

La construcción general, en la que intervino en toda Juan de Herrera, resolviendo infinidad de problemas estereotómicos, que para lo poco adelantadas que la mecánica y los procedimientos constructivos estaban en aquel entonces, le acreditan de entendido en su Arte, dotado de un talento natural y de arquitecto con que la fama le pregona, y esto, sin título ni diploma alguno. Ya quisieran muchos con título realizar las obras que Juan de Herrera nos legó en El Escorial, a pesar de sus defectos, que no es ocasión de señalar, porque no se trata de un estudio crítico del Monumento.

En la obra *Tres diálogos entre Herrera y Antonelli*, que se cita más adelante (véase la nota de la pág. 139), se viene en conocimiento de la gran intervención que Juan de Herrera tuvo en toda la obra del Monasterio de S. Lorenzo de El Escorial, por lo que nada de extraño tiene se le considere como *inventor* (véase la nota 89).

La tercera modificación fué la de la Iglesia, de la

cual se habla, y la cuarta, de la escalera principal, que se menciona en el texto del relato, de la que es autor Juan Bautista Bergamaso (*el Bergamasco*), de que ya se habló en la nota (3) de la pág. 89.

Felipe II lo recibió como pintor y arquitecto suyo en 1567. El P. Sigüenza (obra cit., pág. 715), dice de la escalera principal que es una de las cosas bien acertadas y hermosas que hay en esta fábrica. (V. la obra de Fernández Montaña, *Felipe II el Prudente, Rey de España, en relación con Arte y artistas*, ya cit., páginas 80 y 81.) En efecto, la citada escalera es de una traza ingeniosa, de efecto monumental. En sus despieces se han olvidado por completo de los principios de aparejo y estereotómicos que tanto caracterizaron las construcciones grecorromanas, y presentan muchas soluciones completamente arbitrarias y contra las reglas establecidas, pero no puede negarse que la disposición general es majestuosa.

Juan de Herrera, delicado y achacoso, dejó las obras de El Escorial en 1593, sustituyéndole Francisco Mora, discípulo suyo, y a quien él mismo recomendó al Rey. Juan de Herrera murió en 1597. (V. Llaguno, obra citada, t. II y III, págs. 150 y 124, respectivamente.)

(106) Los libros españoles y cuantas crónicas del Monasterio existen hablan de *Pachote*. Llaguno, en su obra cit., t. II, pág. 121 (nota), aclara conceptos y habla de Pacciotto con documentos a la vista que parecen tener autenticidad.

En efecto, Pacciotto d'Urbino construyó, en 1565,

la Ciudadela de su nombre, famosa en toda Europa en aquel entonces. La fecha de su muerte no es conocida. (V. Elie Brault, *Les architectes par leurs Œuvres*, tomo II, pág. 21, París, s. f.)

(107) En dicho plan estaba dispuesto que se construyeran las habitaciones del Rey, en efecto, en el cuerpo saliente, detrás de la Capilla mayor. El aposento Real no fué nunca la mezquina habitación que hasta pocos años ha enseñaban como tal. El Rey se alojó con modestia, para lo que a su real persona correspondía, y en relación con la suntuosidad y magnificencia del Templo y sus dependencias, cumpliendo sus deseos.

Concienzudos estudios realizados detenidamente por el entendido conservador de la Real Armería, D. José Florit (ya fallecido), siguiendo las iniciativas de nuestro Monarca Don Alfonso XIII (q. D. g.), secundadas por el Sr. Marqués de Borja (de grata memoria), Intendente que fué de la Real Casa, ha permitido apreciar el modo y forma como pudieron estar las referidas habitaciones y las dependencias que las componían (Salón de Audiencias, Comedor, Sala de Embajadores, etc., etc.), que eran seis, con un patio central. (Véase la interesante obra de Jehan Lhermite, *Le pas-setemps*, publié d'après le manuscrit original par Ch. Ruelens, 2 vols., Gant, S. Gravenhage, Autwerpen, 1890, el primer tomo; el segundo editado por E. Ouverleaux et I. Petit. Conservateur à la Bibl. Rey de Belgique, 1896.)

Lhermite vino a España cuando Felipe II tenía sesenta y tres años, y fué criado suyo en 1590. Escribió estas Memorias cuando regresó a Amberes, en 1602. El autor los llama *Passetemps*, pero en realidad son Memorias de un gentilhombre de la Cámara de los Reyes, y constituyen la relación de sucesos diarios e impresiones personales, formando un conjunto de recuerdos. Escritor sincero y natural, escribe con lenguaje peculiar, cuanto ha visto y oído, con los errores de dicción propios a los recuerdos de diez y ocho años, retenidos en la memoria.

En la pág. 86 del t. II, se inserta una carta de Villacastín a Lhermite, dictada a Fr. Juan de Olmedo por estar ciego, fechada el 4 de marzo de 1600 (tres años antes de su muerte), en la que le da cuenta detallada de cómo llevó a cabo la fábrica escurialense, siendo de sumo interés el primer párrafo que se transcribe:

«... y pues V. M. (vuestra merced) va a su propia patria, es bien que lleve algunas cosas de la grandeza de esta casa que contar allá, y así digo que el año 1563 se comenzó esta casa y fábrica de S. Lorenzo el Real, y se acabó el año 1597. Gastóse en este tiempo en la dicha fábrica *seys millones y medio* por la muchedumbre de oficiales y peones y caretas que anduvieron en ellas unos años más y otros menos, por ser el edificio grande y suntuoso y pulidamente labrado, según la traza de los edificios romanos, en que hubo años que andaban 1.500 oficiales cada día de ordinario,

etcétera...» En cuyo documento constan de manera fehaciente los años que duró la edificación con todos sus detalles y el coste total de las obras.

Para cuantos han combatido ideas y sentimientos del Rey Felipe II, dudando de sus virtudes, la obra de Lhermite puede sacarles de dudas y convencerles de la paciencia del Rey, t. II, págs. 116-118; de su piedad y creencias, págs. 121 a 127; de sus prácticas religiosas, 128 a 135, y de la prudencia del Rey, pág. 140.

La obra está ilustrada con planos interesantes, y entre ellos los del Monasterio, ejecutado por Juan de Herrera, reproducción de la obra. *Sumario y breve declaración de los diseños y estampas de la fábrica de San Lorenzo el Real de El Escorial*, sacado a luz por Juan Herrera, arquitecto general de S. M. y aposentador de su Real Palacio. En Madrid, por la viuda de Alonso Gómez, 1589. (Es uno de los volúmenes más raros de la Bibliografía española.)

Don Manuel Gómez Moreno tenía en su poder, con encargo de venderla, y así lo propuso a la Junta de Ampliación de Estudios, una Colección del plano de Herrera referentes a El Escorial y a otros trabajos suyos.

Enterado el Sr. Florit, Conservador de la Real Armería, por D. Elías Tormo, de la existencia de dichos planos, propuso la adquisición al Intendente Sr. Marqués de Borja, y sabedor de ellos S. M. el Rey Don Alfonso XIII (q. D. g.), que tanto se interesa por cuanto con el Real Monasterio se refiera y pueda re-

dundar en provecho de la cultura nacional, mandó que se comprasen.

La colección se hallaba encuadrada y constaba de 80 planos. Los que se referían a S. Lorenzo fueron desglosados, y son los que hoy existen conservados en las dependencias reservadas de las habitaciones de Felipe II en El Escorial.

El resto de la Colección en la que figuraban planos referentes al Palacio de Carlos V en Granada, un proyecto de puente, el Alcázar de la Casa de Campo y otros, se conservan en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid.

Entre dichos planos de El Escorial pudiera haberlos de Juan Bautista de Toledo, por la distinta disposición de partes del edificio, con arreglo a la ejecutada. Tampoco sería extraño que alguno de los diseños de la Iglesia fuese de los Arquitectos que acudieron al llamamiento de Felipe II cuando se pensó en reformar la parte del Templo trazada por Toledo.

De todos modos, la adquisición y conservación de estos planos es interesante para la Historia del Real Monasterio, y no lo es menos la obra de reconstitución de las habitaciones de Felipe II, de cuya labor e iniciativa debemos congratularnos cuantos al cultivo del Arte y de la Historia nos dedicamos.

De la planta, alzado, cortes de edificio y del retablo, sepulcros y tabernáculo, hizo Juan de Herrera diseños geométricos y en perspectiva, que estuvieron en el Palacio de Madrid, salvándose del incendio que hubo

en 24 de diciembre de 1734. Más tarde se vendieron públicamente en la Villa y Corte. Por estos dibujos grabó Antonio Perret, en Amberes, diez láminas, y con este motivo compuso e imprimió Herrera la obra que se cita más arriba.

Un ejemplo completo de los grabados y el sumario están en la Real Biblioteca, y otra colección, incompleta, de ellos se conserva en El Escorial, con los dibujos de que se ha hecho mérito.

(108) El P. Villacastín relató este acontecimiento entre sus Memorias referidas, folio 87. (V. la obra del P. Zarco, cit., pág. 27.) El buen obrero, el anciano lego, que no quiso asistir al asiento de la primera piedra, prediciendo lleno de fe que Dios le guardaría para colocar la última, vió cumplido su vaticinio y deseo de que sus venerandas manos colocaran el último sillar en la cornisa de la parte del Colegio que da al patio de los Reyes.

(109) Las casas llamadas de Infantes son de época posterior. Se construyeron en tiempos de Carlos III, siguiendo el plan y estilo de las de Oficios, por el arquitecto Villanueva. (V. el arquitecto D. Juan Villanueva, *Revista de Arquitectura*, noviembre de 1919.) Tampoco son de la época del Monasterio y plan primitivo la llamada Compañía, obra como la Galería de Convalecientes, de Francisco Mora.

(110) Felipe II no pudo realizar, a causa de sus achaques, el Panteón de Reyes que se propuso, según declara en su *Carta de Fundación*, tantas veces citada,

y mandó construir debajo de la Capilla mayor una rotonda de piedra de la misma forma poco más o menos que el actual Panteón. Tenía un altar orientado a saliente (véase cómo el Monarca no olvidaba la liturgia), y al lado opuesto una tribuna para cantar las vigili-
as y responsos. En los espacios intermedios se labraron cavidades para servir de enterramientos.

Depositados los cadáveres en la bóveda de la llamada *Iglesia Vieja* del Monasterio, se trasladaron, en 3 de noviembre de 1586, no a este panteón, que al Rey pareció lóbrego y profundo y sin la suntuosidad y riquezas necesarias, sino a unas bóvedas que corresponden a la grada primera y descanso de la Capilla mayor del Templo, y allí se colocaron los restos de las personas reales en la fecha que dice Villacastín. (Véanse sus *Memo-
rias citadas*, obra del P. Zarco, t. I, cit., págs. 28 y 29 y nota 57, y también P. Santos, *Descripción breve del Monasterio de S. Lorenzo el Real de El Escorial*, Madrid, 1657. De esta obra hay varias ediciones, entre ellas una en 1698, que es la consultada, y Quevedo, obra cit., pág. 65, que inserta una carta de Mateo Vázquez sin referencia alguna, escrita por Felipe II desde El Pardo, el 18 de octubre de 1586, en la cual ordenó la traslación de que habla Villacastín.)

«Yo ya he hecho Casa para Dios; ahora mis hijos cuidarán de hacerla para mis huesos y para los de mis padres», fué la frase de Felipe II en sus últimos años y además lo dejó consignado en su última voluntad, Felipe II, en 1617, no con gran diligencia, ordenó

que comenzaran las obras, que deben su traza al italiano arquitecto Juan Bautista Crescencio, hermano del Cardenal del mismo nombre. Muerto Felipe III en 1621, se suspendieron los trabajos hasta el 1645, en que deteriorado lo que se había hecho por las malas condiciones del local, húmedo, sombrío y sin luz, casi había desistido Felipe IV de continuarlas, cuando el P. Fr. Nicolás, Vicario del Monasterio, y a fuerza de pensar en el modo de remediar aquellos males, dió con la solución que comunicó al Rey y puso en práctica el arquitecto mayor, Alonso Carbonell, saneándose el terreno, buscando salida a las aguas que lo inundaban y dándole luz por una claraboya que la recibe del patio llamado de los *Mascarones*, en el testero del Oriente y detrás de la Capilla mayor, dándose por concluido en 1654, y trasladándose inmediatamente al mismo los cuerpos reales, con solemnes funerales que presenció Felipe IV y su Corte, el 17 de marzo de aquel año.

(111) Juan Agustín Ceán Bermúdez, *Ocios sobre Bellas Artes*, Madrid, 1870, pág. 77.

(112) «Casa donde habitan los Reyes», S. Isidoro. *De orígenes*, libro V, cap. IV.

(113) Juan A. Ceán Bermúdez, *Tres diálogos entre Juan de Herrera, arquitecto de Felipe II, y Battista Antonelli, su ingeniero, sobre las grandes obras que ejecutaron y lo mal premiados que por ellas fueron*. Obra citada, pág. 125.

(114) Lampérez, obra cit.

(115) Padre Sigüenza, obra cit., pág. 107, edición

de Sánchez Pinillos: «Juan de Herrera decía que los romanos y más atrás los griegos habían hecho fábricas tan famosas y grandes labrando las piedras en las canteras, y que la *grosería* y poco *primor* de España lo había olvidado y no lo había aprobado jamás.»

Se deduce de estas palabras de Herrera que era exclusivo admirador de los griegos y los romanos, y desdeñaba las edificaciones y aparejos de la Edad Media.

(116) Fray Jerónimo Montes, O. A., *El carácter de Felipe II*, revista *La Ciudad de Dios*, número extraordinario, 13 septiembre 1898. Véanse, además, Luis Cabrera, Prescott y Fernández Montaña, *Nueva luz*, etcétera, obra cit. Porreño, *Dichos y hechos de Felipe II*, Valladolid, 1863. La primera edición es de Cuenca, 1627. Hay otra edición de Madrid también de 1863.

Existe con el mismo título *Dichos y hechos del Rey Felipe II, llamado con justa razón el Prudente*, otra obra dedicada al Sr. D. Antonio de Córdoba, caballero del Hábito de Santiago, sargento general de Batallas de su Majestad, cuyo autor no se dice, e impreso en Bruselas por Francisco Foppens, impresor y mercader de libro en 1666. Tiene diez y ocho capítulos, en los cuales trata de la persona del Rey y pone de manifiesto todas sus cualidades morales y virtudes. La obra termina con una breve descripción de los Países Bajos, muy interesante. El índice de esta obra es idéntico al que tiene la obra de Porreño; bien pudiera ser una edi-

ción fraudulenta. No figura en la *Bibliografía de Bratli*, obra cit., pero sí aparece citada en la *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España*.

También se ha ocupado este autor (Bratli) del carácter y cualidades del Rey Felipe II; véase su obra referida, págs. 71 y sigs. y 102 y sigs.

(117) Justi, obra cit., *Estudios de Arte español*, traducida por Hinojosa. (Hay otra edición de estos *Estudios*, publicada por *La España Moderna*, sin fecha y traducida por R. D. Casinos-Assens.)

(118) Véase toda la colección de la revista *La Ciudad de Dios*, que dirigen los PP. Agustinos, en cuyos 104 volúmenes publicados existen trabajos que se relacionan con El Escorial.

(119) Todas las obras citadas en el presente trabajo. Entre los extranjeros, Presscott, Gachard, Mignet, Fornerón y Justi. De los españoles, los historiadores jerónimos citados, Cabrera de Córdoba, Porreño y Fernández Montaña. *La Colección de Documentos inéditos*, los *Discursos de ingreso en la Real Academia de la Historia*, de los Sres. Fernández Navarrete, Hernández Morejón, Lafuente y Picatoste, y las *Relaciones manuscritas de los Embajadores italianos*, existentes en la Biblioteca del Monasterio de S. Lorenzo. Véanse también *Estudios científicos y militares*, y otros, por don Agustín Llacayo, Sevilla, 1878, pág. 24.

Ya se ha dicho que la Bibliografía de cuanto a El Escorial y Felipe II se refiere es abundantísima, y de la descripción del primero y estudio del segundo ape-

nas hay revista o publicación periódica que no haya dicho algo de El Escorial.

La Guía y Descripción del Monasterio, publicada en 1915 por los PP. Agustinos, contiene muy acertados juicios y una copiosa Bibliografía española y extranjera.

(120) Justí, obra cit., traducida por Hinojosa, y la traducción de Casinos-Assens, también cit. Véase esta última, pág. 46.

(121) Fernández Montaña, *Felipe II el Prudente, Rey de España*, etc., obra cit.

(122) Generalmente los biógrafos e historiadores del Rey Prudente suponen que el Monarca sólo tuvo ánimos y recursos para legar a la posteridad «aquel emporio de las Artes», como le llama el P. Damián Bermejo en su *Descripción artística del Real Monasterio de El Escorial* Madrid, 1820, pág. 361, y sabido es que fundó en Madrid la Iglesia y Colegio de Loreto, en 1581; el Monasterio de Carmelitas Descalzos, Convento de S. Hermenegildo, la Iglesia de S. Lázaro y Convento de Franciscanos Descalzos, en la villa de Arévalo; el Convento de Agustinos, en la casa en que nació en Huesca el mártir S. Lorenzo; el Convento e Iglesia de S. Bartolomé, en Valencia; el de la Santísima Trinidad en la Villa y Corte, que él mismo trazó; la Iglesia de la Compañía de Jesús, en 1577, y las muchas Iglesias y Monasterios levantados a sus expensas en América. (Véase Baltasar Porreño, *Diehos y hechos*, etcétera, ya citada; *Nueva luz y juicio verdadero*, etcétera, págs. 176 y sigs. Véase también *Cartas de Indias*,

publicadas por el Ministerio de Fomento, Madrid, año 1877.

(123) La primera etapa del Renacimiento es señalada por el predominio del estilo clásico sobre los elementos platerescos, sin desaparecer estos últimos. Ejemplos vivos de este período son la fachada de la Universidad de Salamanca, la del Ayuntamiento de Sevilla, el patio y escalera del Archivo de Alcalá de Henares, S. Marcos, de León; la fachada de la Universidad Comp.utense, la fachada y patio del Alcázar de Toledo, el patio de la Casa de la Infanta, desaparecido de Zaragoza, entre otros muchos edificios, monumentos españoles que pudieran citarse.

(124) Véase Fernández Montaña, obras citadas, y Justi, obra cit.

(125) *Relacioni degli ambasciatori veneciani*. Manuscrito existente en el Monasterio de El Escorial, ya citado.

(126) Hoy edificio del Senado. En el solar que fué cedido por el Rey Felipe II se levantó el Convento y Colegio de Agustinos Calzados, que fundó en 1590 doña María de Córdoba y Aragón, Dama de la Reina Doña Ana de Austria, cuya Iglesia (hoy Salón de Sesiones) fué obra de Domenico Teotocópuli, *el Greco*.

(127) Pudo serlo. Así lo afirma Fernández Montaña en su obra ya citada *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II*, pág. 230, t. I; pero ni dicho señor, en su otra obra también citada, *Felipe II el Prudente*, página 63, lo repite, ni Cean Bermúdez, en su *Diccionario*, t. III, pág. 167, habla de ello.

Tampoco los biógrafos de Berruguete, Sres. Orueta y Agapito Revilla, indican nada acerca del particular. (Véase Orueta, *Berruguete y su obra*, Madrid, 1917, y Agapito Revilla, *Berruguete, su obra*, etc., Valladolid, 1910.

(128) Martín Monsó, *Estudios artísticos referentes, principalmente, a Valladolid*, Valladolid, 1898-1901, página 274.

(129) Algunos cronistas e historiadores de El Escorial suponen que, no pudiendo venir Benvenuto, el Rey encargó el Cristo que se admita en la Basílica Herreriana. Esto es inexacto. Seis años después de la muerte del famoso escultor se le ofreció al Rey el Gran Duque Cosme de Toscana, en cuyo Guarda joyas se conservaba, queriendo honrar así al Monarca y a su gloriosa fundación.

(Véase sobre esto la correspondencia existente en Simancas, Sra. de Estado, leg. 1.449, y también la obra de Eugene Plon, *Benvenuto Cellini*, París, s. f.)

(130) Don Narciso Santenach, obra citada, asegura, pág. 40, que Pantoja diseñó y trazó los sepulcros para los lados de la Capilla mayor.

Tal noticia no aparece comprobada en ninguna de las historias de los frailes jerónimos de El Escorial, incluso la del P. Sigüenza, y en cuantos autores con posterioridad y tomando aquélla por base han escrito de la Octava maravilla.

Don Vicente Poleró y Toledo, en su *Catálogo de los cuadros del Real Monasterio de S. Lorenzo*, llamado de

El Escorial, Madrid, 1857, dice, págs. 114 y 115: «Pantoja, 468. El enterramiento del Emperador Carlos V», firmado 1599—es copia del ejecutado en bronce, está en la Capilla mayor del templo, al lado del Evangelio—. Alto, 6 pies y 5 pulgadas; ancho, 5 pies, 9 pulgadas y 10 lin.

«Pantoja, 474. El enterramiento de Felipe II» (firmado en 1599), sigue la descripción correspondiente de idéntica manera que el anterior.

Ambos cuadros se conservan hoy en la galería o pasillo de comunicación de las habitaciones de Felipe II; antes estuvieron en la *Iglesia Vieja*.

El motivo de estos cuadros hechos por Pantoja se ignora; pero si hubiesen sido cartones o dibujos para servir de proyectos a los sepulcros, no estarían en semejante forma y tendrían rasgos o detalles que les diese tal carácter, con tanto mayor motivo que el Sr. Poleró, al reseñar esta obra de Pantoja, dice: *es copia*; luego los sepulcros estaban hechos cuando Pantoja los copió, y así debió ser, porque si Pantoja intervino hacia 1590, para esa fecha la obra completa de *El Escorial*, incluso los sepulcros, estaba realizado. (Véase el capítulo V.)

(131) Véase la nota escrita de letra de Felipe II, existente en el Archivo del Real Palacio, 1856. Felipe II al secretario Hoyo, Escorial.» Pinturas. Hoyo, Sente-nach, obra cit. pág. 41, la transcribe íntegra.

(132) Este Libro de entregas de *El Escorial* se conserva y guarda en el Archivo del Real Palacio de

Madrid, y contiene infinidad de datos interesantes para la Historia de la Pintura española.

(133) Padre Sigüenza, véase *Historia de la Orden de S. perónimo*, ya cit., libro IV, discurso XVII, página 829, edición de Madrid, 1606.

(134) De toda la rica colección de cuadros existentes en El Escorial, más de 120 fueron trasladados al Museo del Prado.

(135) Cardenal Wiseman, *Demonstrations Evangeliques*, t. XVI, «Conferences sur les Offices de la Semaine Sainte», segunda conferencia, París, 1852, página 515.

(136) Ya en prensa este libro, es un hecho la restauración de la Orden Jerónima en España, estableciéndose en el Monasterio del Parral (Segovia).

La hermosaliturgia Hieronimiana, que parecía haberse extinguido por completo, volverá a oírse en el histórico templo cenobita a la venerable Orden encomendado.

(137) Las demás obras de Arte y muchas de detalle que se admiran en el Real Monasterio son posteriores a la época de su terminación y muerte de Felipe II.

El panteón que hoy se admira es posterior. (Véase la nota 110.) El altar y frente de la Sacristía, así como el camerín donde se venera la Santa Forma, son del tiempo de Carlos II, y también el admirable cuadro de Claudio Coello, que sirve de retablo. Durante esta época, las bóvedas del Templo, escalera principal y antesacristía, hasta entonces estucadas de

blanco con fajas y estrellas azules, fueron pintadas al fresco por el inmortal Jordán. Carlos II ha sido uno de los Monarcas que más contribuyó al esplendor de la magna obra de Felipe II, aumentando allí varias otras de arte, entre obras una estatua de S. Lorenzo y una magnífica custodia de plata sobredorada, que llamaban *El Pantallón*, de cuyos objetos se ignora el paradero, regalando asimismo notables cuadros del Dominiquino, Carreño, Albano, Velázquez y Jordán.

En el reinado de Felipe V se acometió la obra de cerrar los huecos de los claustros menores del Convento y Colegio, colocando los antepechos de piedra que hoy tiene y los cerramientos de ventanales.

En la época de Carlos III se construyó el subterráneo llamado «La Mina», que pone en comunicación el Monasterio con las Casas de Oficios y el pueblo. Se construyó el edificio llamado Casas de Infantes y Ministerios, que edificó el arquitecto Villanueva, siguiendo el orden y disposición de las primeras, así como el Hospital y el Cuartel de Guardias. En aquel período, los Infantes Don Carlos (luego Carlos IV) y Don Gabriel mandaron edificar las casitas del Príncipe o de *Abajo* y la llamada de *Arriba*, siendo en esta época cuando más auge y preponderancia tuvo el caserío de El Escorial.

Durante el reinado de Carlos IV se distribuyó y arregló el Palacio Real, interviniendo en ello el Arquitecto Villanueva; Rotondo, en su *Historia descriptiva del Real Monasterio*, y Fernández Montaña, obra ci-

tada, atribuyen a Ventura Rodríguez las obras del Palacio, pero está demostrada la intervención directa de Villanueva. (Véanse las obras de Llaguno, *Diccionario* citado; la de Quevedo y el artículo «Don Juan de Villanueva», ya citado, que se publicó en junio de 1919 en la *Revista Arquitectura*.)

De esta época son los tapices que se admiran de Goya y de Bayeu; los flamencos, de Wouwermans y de Teniers; y está enriquecido con cuadros, porcelanas y objetos de gran valor y mérito artístico, si bien muchos de los que figuran en los antiguos inventarios, excepto los tapices, están hoy en el Palacio Real y otras residencias reales. La invasión napoleónica produjo fatales consecuencias en los tesoros de El Escorial. Restituído al Trono Fernando VII y recuperados no pocos de sus objetos, el Rey se preocupó de la Basílica, que recobró su prosperidad y grandeza el 10 de agosto de 1828, continuando luego su esplendor, si bien no con la magnificencia de los anteriores reinados. De esta época son los púlpitos que se ven a los lados de la escalinata del presbiterio, ejecutados a todo coste y con más riqueza que buen gusto, pues no obstante su coste y perfecta ejecución, disuenan por completo del severo conjunto de la Basílica.

En tiempo de Isabel II y desaparecida la Comunidad en 1854, se hicieron considerables obras de reparación y restauración, encontrándose escondidas no pocas alhajas y objetos de arte. En este reinado se comenzó (1863) el Panteón de Infantes, que se terminó

en 1886, reinando Don Alfonso XII, bajo la dirección del arquitecto D. José Segundo de Lema.

La Revolución de 1868 declaró bienes nacionales los pertenecientes al Convento, cediéndolo por breve tiempo el Rey Don Amadeo de Saboya a los PP. Escolapios, hasta que en 1875 fué devuelto a la Casa Real; y Don Alfonso XII, de grata memoria, encargó de la conservación y custodia del monumento a la Comunidad de Religiosos Agustinos.

En nuestros días el Rey Don Alfonso XIII (q. D. g.), atiende solícito a la conservación y mejora del Monasterio. En su reinado se ha realizado la Catalogación y arreglo de cuadros, convirtiendo en Museo las Salas Capitulares, y se está llevando a cabo el arreglo y disposición de las habitaciones de Felipe II en forma adecuada y característica, como se ha dicho.

La acción del tiempo comienza a dejarse sentir en la vetusta fábrica escurialense. Hay cornisas que van perdiendo sus perfiles; el cornisamento del Patio de los Reyes se va desmoronando; uno de los pilares del Templo (el primero de la izquierda entrando) sigue descomponiéndose en la masa de sus sillares, ya iniciada hace veinticinco años, y el asiento general producido en todo el edificio, en la dirección de ES. al NO., se acentúa, como lo delata la torre del Colegio.

En el interior, las aguas llovedizas que han deteriorado los frescos de la Biblioteca (hoy restaurándose bajo la inteligente dirección del pintor Palencia), han dejado sentir sus filtraciones en la bóvedas del Templo.

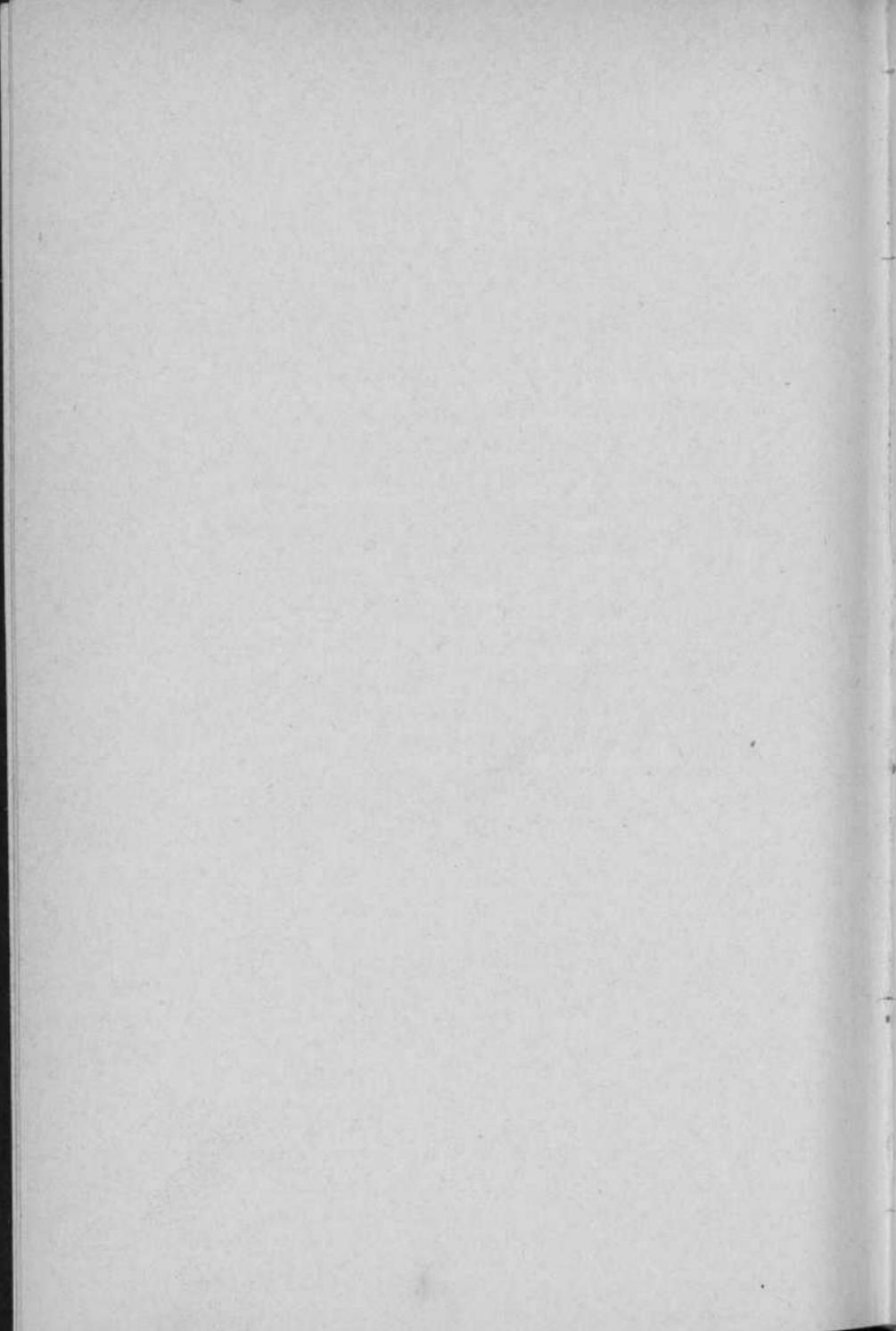
y varios de los techos de Jordán sufren las consecuencias del deterioro, hasta el punto de haber ya borrado fragmentos importantes.

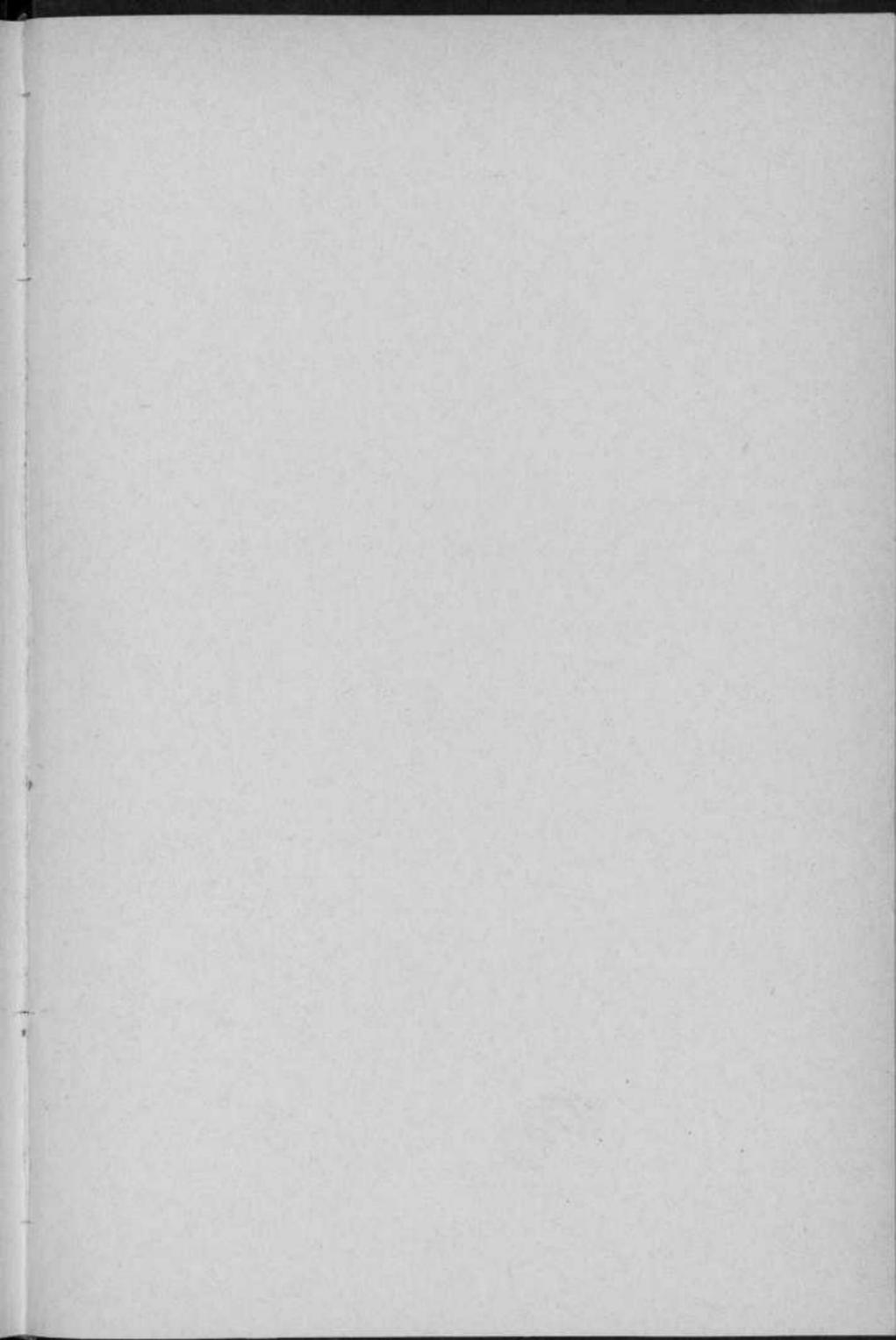
Todo ello, así como el arreglo de los órganos y otros detalles, reclama el solícito cuidado del Monumento para evitar mayores males, debiendo acometerse una restauración que pudiera llegar a ser costosa si no se previenen los males a tiempo con una asignación anual y una conservación constante del Monasterio, gloria de la patria hispana y recuerdo perdurable del hecho histórico que conmemora.

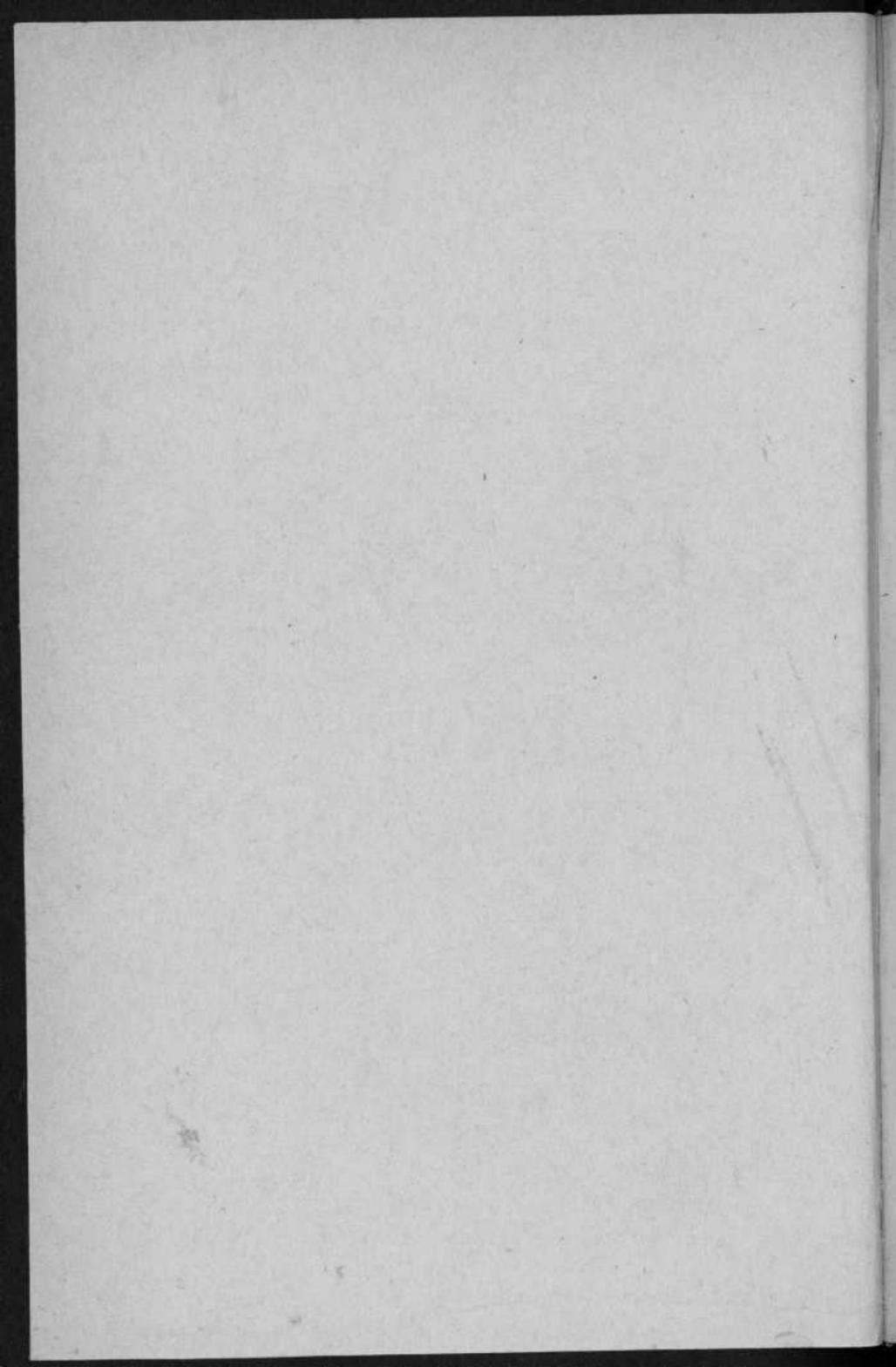


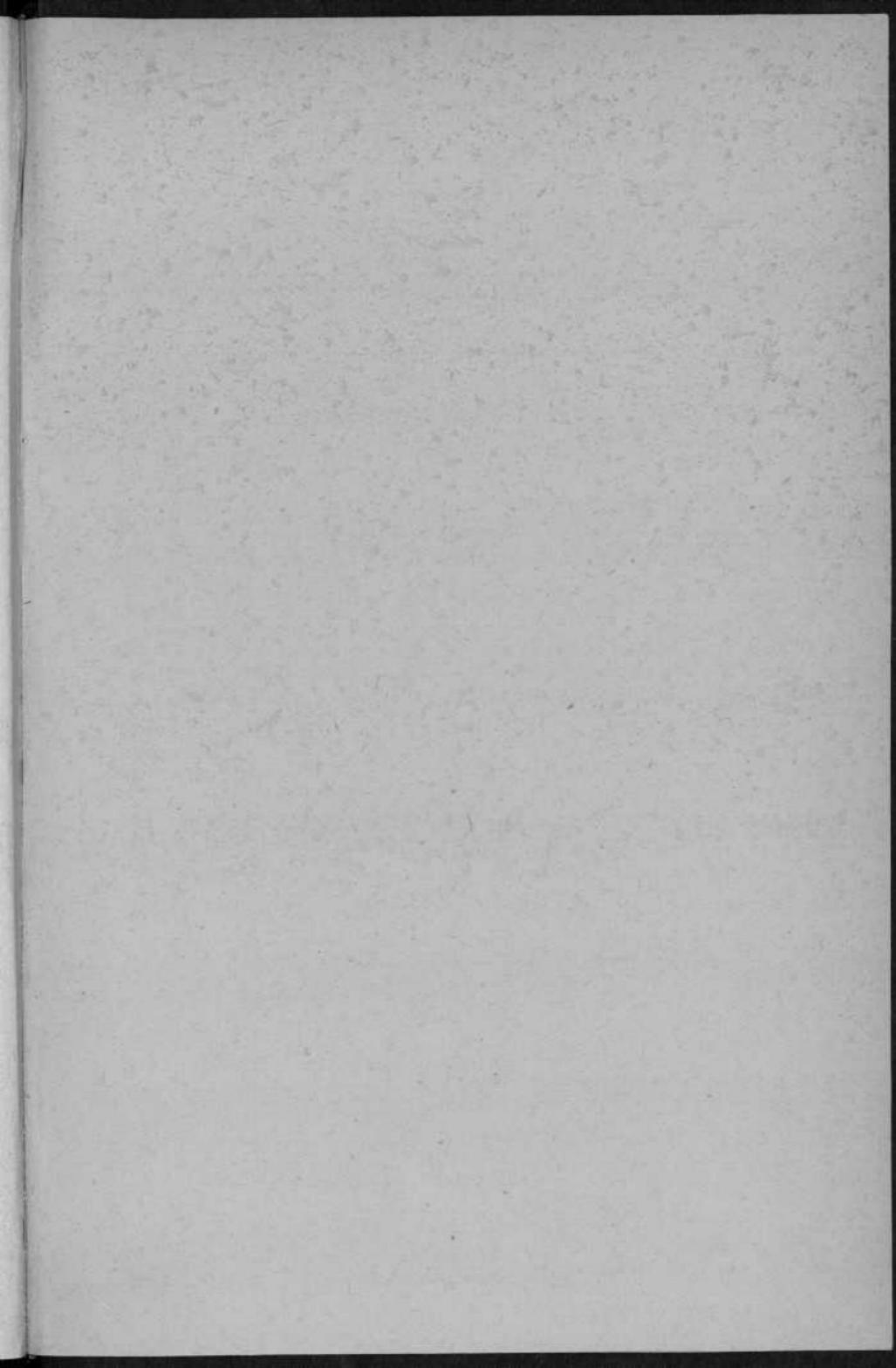
ÍNDICE

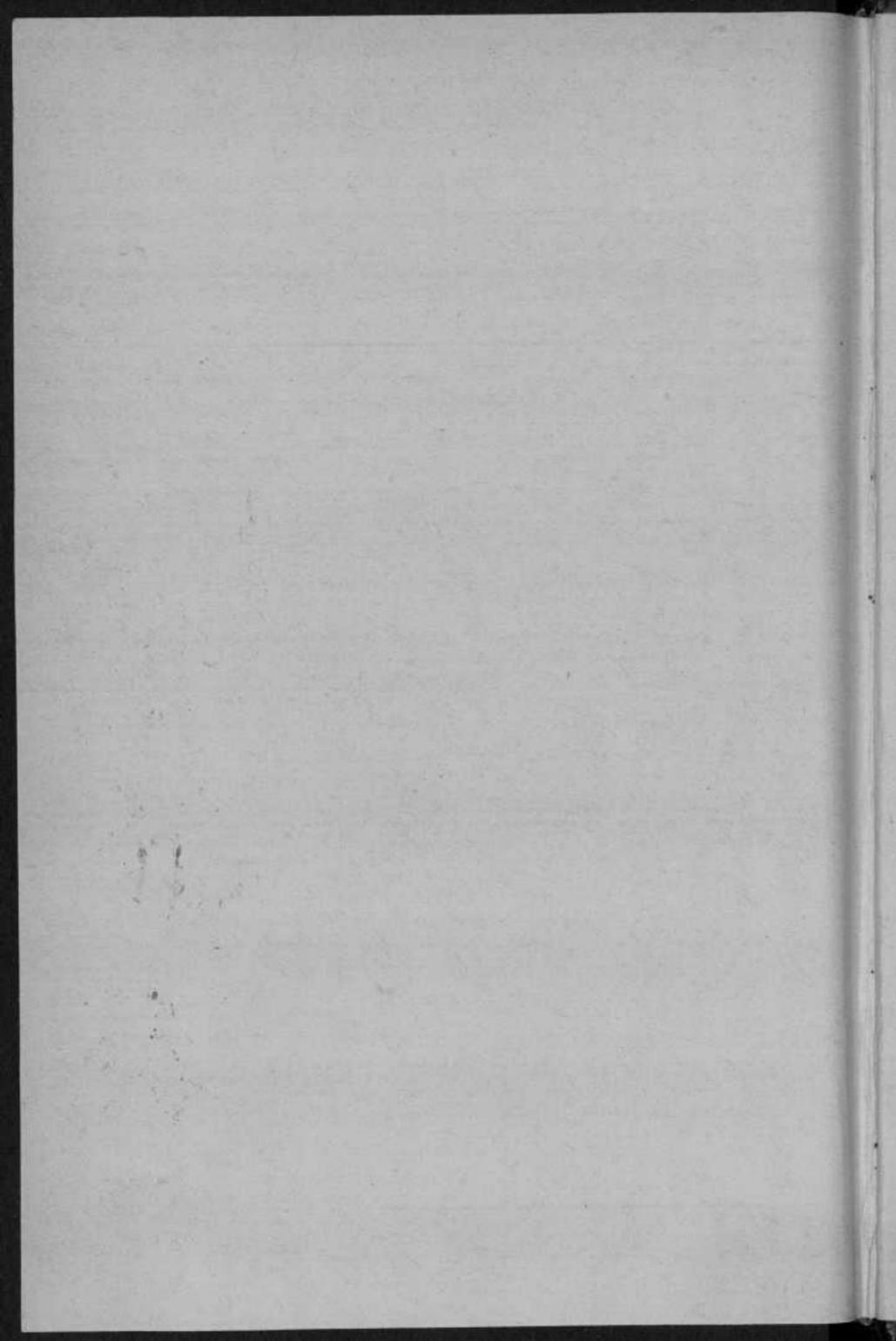
	<u>Págs.</u>
Proemio	7
La Batalla de S. Quintín y su influencia en las Artes Españolas	15
I. Abdicación de Carlos V	17
II. Poderío de Felipe II y circunstancias de su reinado	25
III. Relaciones con Francia e Italia	35
IV. La Batalla de S. Quintín	55
V. El Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, su valor artístico y su expresión histórica	85
VI. Las Artes en España como consecuencia del suceso de S. Quintín	117
Notas y adiciones	145

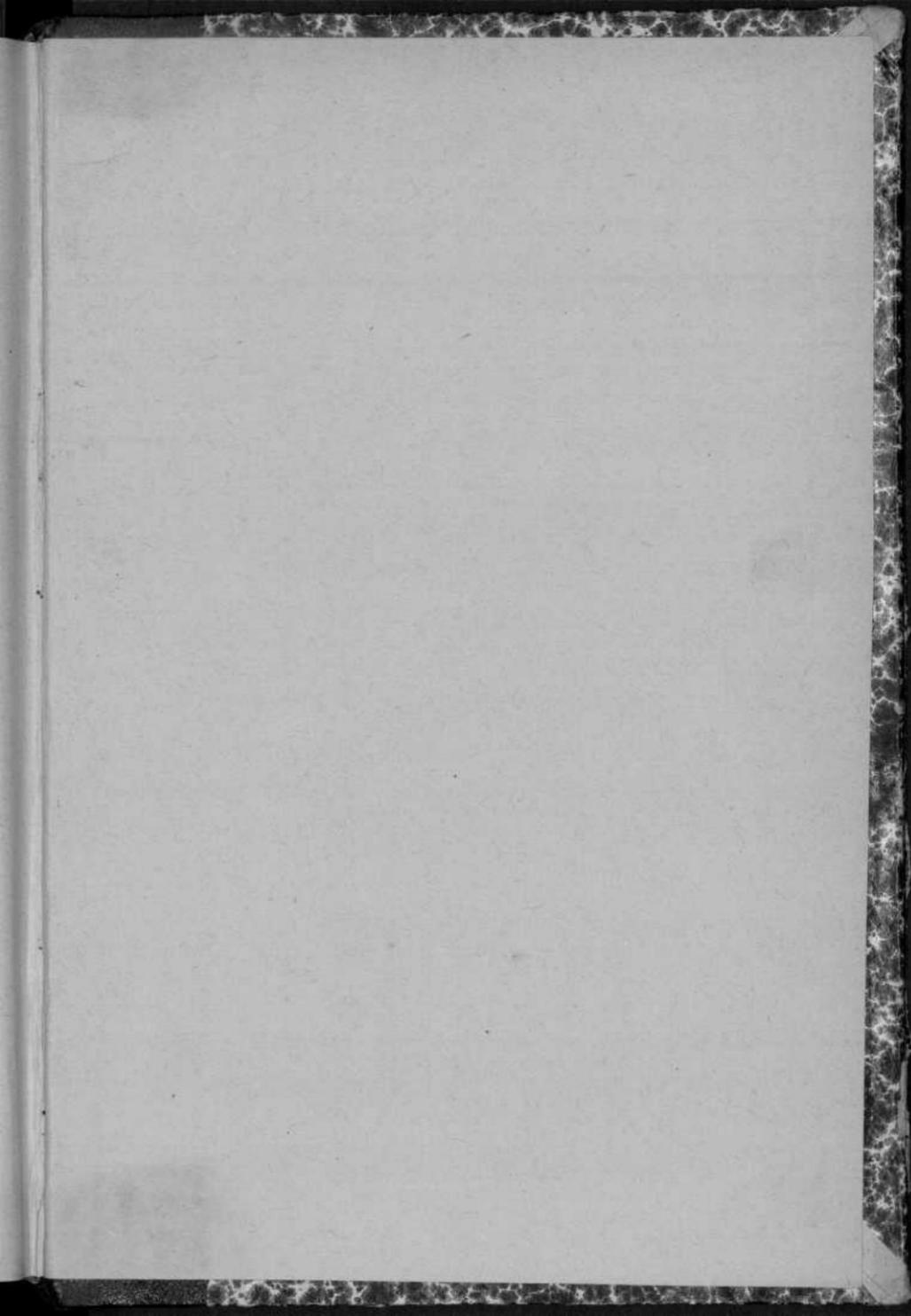


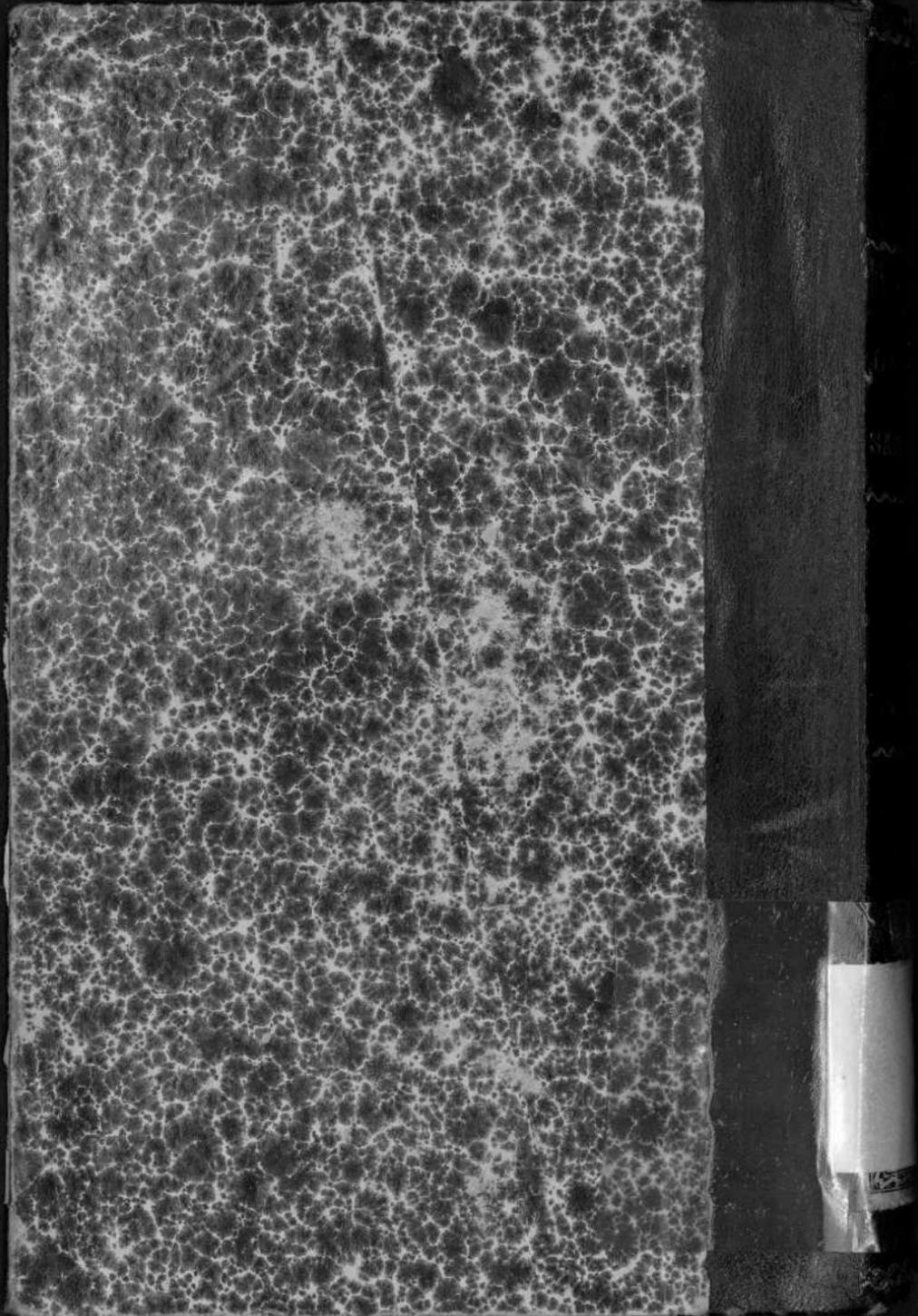












L. CABELLO

LA BATALLA
DE
SAN QUINTIN

3303
2036

PUBLICA